

Pontificia Universidad Católica del Ecuador

Facultad de Ciencias Humanas

Escuela de Sociología y Ciencias Políticas

El espacio público en Quito.

Una aproximación a la cotidianeidad de la ciudad

Tesis de grado para obtener la licenciatura en Sociología

Pablo Daniel Lloret Moscoso

Director: Dr. Miguel Chavarría Parreño

Quito, Marzo de 2014

PARA GRADOS ACADÉMICOS DE LICENCIADOS (TERCER NIVEL)

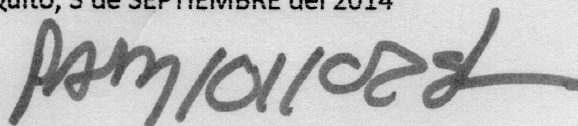
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

DECLARACIÓN y AUTORIZACIÓN

Yo, **PABLO DANIEL LLORET MOSCOSO**, C.I. 0104257308 autor del trabajo de graduación intitulado: **"ESPACIO PÚBLICO EN QUITO. UN ACERCAMIENTO A LA COTIDIANEIDAD DE LA CIUDAD"**, previo a la obtención del grado académico de **SOCIOLOGÍA CON MENCIÓN EN CIENCIAS POLÍTICAS** en la Facultad de **Ciencias Humanas**:

- 1.- Declaro tener pleno conocimiento de la obligación que tiene la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, de conformidad con el artículo 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior, de entregar a la SENESCYT en formato digital una copia del referido trabajo de graduación para que sea integrado al Sistema Nacional de Información de la Educación Superior del Ecuador para su difusión pública respetando los derechos de autor.
- 2.- Autorizo a la Pontificia Universidad Católica del Ecuador a difundir a través de sitio web de la Biblioteca de la PUCE el referido trabajo de graduación, respetando las políticas de propiedad intelectual de Universidad.

Quito, 3 de SEPTIEMBRE del 2014



PABLO DANIEL LLORET MOSCOSO

C.I. 0104257308

Índice

a) Introducción	Pág. 4
b) Lenguaje	Pág. 9

II El espacio público en Quito. Una aproximación semiológica a la cotidianeidad de la ciudad

	Pág. 15
--	----------------

a) ¿Cómo pensar y asir la noción de espacio público?	Pág. 15
b) La Capital y provincia	Pág. 20
c) La campaña por la paz de Michelle Oquendo Sánchez	Pág. 24
d) Cumbayá, Señor, Cumbayá	Pág. 29
e) Patrimonio y Turismo	Pág. 32
f) El currículum vitae de Hillary Hahn	Pág. 34
g) El Quito que queremos	Pág. 38
h) Vida cotidiana y vida excepcional	Pág. 40

III El espacio público en Quito. Una aproximación genealógica a la cotidianeidad de la ciudad

	Pág. 42
--	----------------

a) La modernidad y sus primeros destellos en Quito	Pág. 45
b) La metrópolis, sus problemáticas; y su espacio en el Anteproyecto de Odriozola para el Plan Regulador de Quito de 1942.....	Pág. 48

III Conclusiones

	Pág. 63
--	----------------

IV Bibliografía

	Pág. 64
--	----------------

V Anexos

	Pág. 65
--	----------------

Introducción

El objeto de la presente investigación tiene relación con el acontecimiento de los ciclos cotidianos de la ciudad de Quito. Busca, por medio de la aplicación de metodologías extraídas de las ciencias sociales, plantear preguntas que puedan conducirnos hacia la discusión de los fenómenos inherentes a la *ciudad* y a su acontecer; así como a las características, que bajo la noción de *espacio público*, definen a Quito y al perfilamiento de sus singularidades a este respecto.

Para comenzar, es importante afirmar que los accidentes que esbozan el *espacio público* en Quito, como aquellos que lo hacen con el de cualquier otra ciudad del mundo, nunca podrán agotarse en un análisis; y si bien este trabajo ha tomado como punto de partida el tratamiento de la ciudad en su conjunto, esto no significa que pretendamos esgrimir verdades estrictas acerca de Quito, ni que intentemos agotar las condiciones de su acontecer. Al contrario, ante la evidencia de que hemos escogido, para nuestros propósitos investigativos, un objeto tan enigmático como ambicioso; este trabajo propone la lectura de la forma que ha tomado el *espacio público* en la ciudad de Quito desde las preguntas que suscitan algunos autores que han tratado a la *ciudad* como al escaparate de la sociedad contemporánea; desde otros que han considerado al lenguaje como al omnipotente testigo, no solamente del proceso social, sino del hombre en cuanto tal; y desde aquellas que suscitan la observación y el acercamiento que hemos ensayado sobre Quito, específicamente.

Una ciudad como Quito abarca realidades significativamente diversas, por lo tanto, debido a su tamaño y condición, muchas veces resulta inútil buscar dar cuenta de fenómenos sociales que puedan atribuirse a la ciudad como si fuese alguna especie de unidad. Si pensamos en la forma concreta en la que la ciudad vive su día a día, veremos que resulta muy engorroso tratar al acontecimiento como si fuese uno solo. En realidad, si consideramos que aquello a lo que queremos responder con esta investigación compete a las relaciones sociales que se entablan en la ciudad y que pueden presentar algunas peculiaridades en su acontecimiento cotidiano (peculiaridades a las que buscamos acceder desde las herramientas teóricas), podemos observar fácilmente los límites de esta tarea. Y que pueden resumirse cuando tomamos en cuenta que el Quito *real*, el que vuelve todos los días es, fuera de la experiencia de cada uno de sus habitantes, inconmensurable. Una de las características de la *ciudad* es la de haberse erigido sobre una compleja trama de relaciones que de haberse moldeado a sí misma,

esta condicionada por su pasado, es propia de cada colectividad y en su dimensión -que difumina sus propios límites- nos enfrenta no, tan solo, el reto de reflexionar sobre la ciudad, sino el que supone pensar y discurrir acerca de la *sociedad*. La trama a la que nos referimos es singular, periódica y se encuentra en constante cambio; y sin embargo, es misteriosa por su naturalidad y obviedad. Las ciudades tienen formas específicas plasmadas en la forma que adquieren, a través de su historia, sus tramas sociales; tienen humores, condiciones, atributos y rasgos propios. Formas que quisiéramos conocer y sin embargo, siempre resulta arriesgado aventurar cualquier tesis acerca de su naturaleza: por la complejidad que la ciudad envuelve; y porque si vivimos en ella, su realidad es la nuestra propia y de tenerla tan cerca, ya ni la vemos.

Quito es una ciudad efervescente que nunca ha cesado de protagonizar la realidad de todo el país. Los cambios que se han operado en la capital, resultan en una sorprendente superposición de épocas, de grupos humanos, de visitantes, de maneras y costumbres. Es una ciudad que ha protagonizado, de igual manera, desde su primera historia, aquella de la región y aquella del continente. Si bien esto resulta obvio, anotamos estas características para que a lo largo de todo este trabajo imaginemos a la ciudad de Quito en su complejidad. Imaginémosla como si la viéramos por primera vez, en donde cada uno de sus accidentes constituiría un rasgo único y distintivo, en donde cada aspecto de su vida nos resultaría novedoso e interesante; y en donde, finalmente, podríamos, por medio de herramientas teóricas y conceptuales, aplicar nuestra curiosidad a la hermenéutica de la ciudad y reflexionar sobre puntos clave en sus estructuras simbólicas y concretas, en sus líneas y tendencias, en sus proyecciones y herencias.

Quito es una ciudad que ha mantenido una larga tradición con la música, con el teatro, con la pintura; y que ofrece, para quienes disfrutan del arte, espacios y convenciones mucho más sólidos de los que nos han develado el análisis de nuestros casos de estudio. Una ciudad de más de dos millones de habitantes reúne las condiciones y ofrece a primera vista un sinnúmero de asociaciones en torno a temas artísticos, políticos y sociales. Es patente en la urbe, por ejemplo, que la música reúne, en torno a sí, a personas que encuentran en conciertos y presentaciones, una actividad cíclica que desde la ciudad les brinda un espacio de calidad para desarrollar, no solo su gusto musical, sino, de la misma manera, un sustento para toda una actividad social que seguramente es mucho más saludable que aquella que hemos deducido de nuestras aproximaciones. Las muestras de la cultura política específica de Quito tampoco necesitan grandes ejemplos para caracterizarse: las calles de la ciudad han sido, en más de una ocasión, el

escenario que ha decidido sobre el rumbo político del país entero y por ende el de la región. Todas estas muestras atestiguan un vínculo innegable entre sus habitantes; y revelan la existencia de lazos y convenciones públicos que, en sus ciclos, o en sus intermitentes y fugaces apariciones, se han distinguido por su ímpetu y convicción.

Sin embargo, en esta ocasión, hemos escogido acercarnos a aquellas muestras y signos que denotan las debilidades y contradicciones que rodean a la pugna retórica acerca del espacio público en la ciudad; y si bien Quito, de hecho, presenta fenómenos que contradicen nuestras posiciones y conclusiones, nuestro esfuerzo se ha centrado alrededor del develamiento de una serie de factores que, hemos considerado, no permiten que las pulsiones de la ciudad se materialicen en una versión más pública de sí misma. Presupuestos acerca de la cultura, la violencia, la propiedad, etc. bajo el velo de la opinión común, tienen efectos inmediatos en la versión de espacio público que acontece en una ciudad y que se desprende de las premisas que cada una de estas nociones comporta. Nuestro interés y perspectiva tiende hacia estos signos, ya que reconocemos en ellos sedimentos del proceso social, muestras que nos permiten inferir y representar la forma que tiene la trama social de Quito.

Debido a todo lo que hemos anotado, esta investigación no pretende ser más que un ensayo, o mejor dicho una colección de repetidos ensayos por responder inquietudes acerca de la ciudad. Para este propósito, nos hemos procurado algunas herramientas que hemos encontrado dispuestas a lo largo del pensamiento de Roland Barthes, Jacques Rancière y Georg Simmel, principalmente. Estas líneas de pensamiento nos han brindado principios tanto: teóricos como metodológicos, y con ellos hemos ensayado una aproximación a Quito, que en su complejidad nos ha obligado a exponer nuestros análisis en un documento fragmentado que no pretende alcanzar a la ciudad entera, pero que trata en detalle pequeñas huellas, significados hojaldrados que va dejando el proceso social tras de sí.

Quito es una metrópolis. Es por ello que desde un punto de vista académico, la urbe resulta muy interesante pero al mismo tiempo abrumadora y sibilina. Ante esta condición, esta investigación; en lugar de delimitar un grupo social, una muestra, o una porción que pudiese representar a Quito; ha optado por considerar a la ciudad justamente en su amplitud, complejidad y heterogeneidad. En lugar de perfilar la muestra, hemos buscado perfilar los métodos y ensayar interpretaciones en torno a ciertos temas que llenan la discusión del espacio público, entendido como el sustrato que permite que las convenciones, las relaciones y los vínculos que se mantienen entre

los habitantes, se materialicen y, por ende, se caractericen. Es por esta razón que los productos de esta investigación están dispuestos como análisis o interpretaciones que giran en torno del mismo objeto, no en un excursu progresivo que develaría poco a poco la naturaleza de la ciudad; sino en una colección de miradas hacia reflejos, trazos que podemos presumir, pertenecen a la forma que han tomado algunas relaciones sociales en la ciudad. Los reflejos a los que nos referimos son aquellos que desprende la urbe ante los métodos que, como investigadores, le enfrentamos. Son respuestas a las preguntas que le hemos planteado y que hemos esbozado desde nuestra inquietud y curiosidad; y son, finalmente interesantes por sí mismos, en la medida en que constituyen una fuente de información de primera mano para comprender a Quito, pero aún más, para comprender nuestro día a día y las fuerzas que le dan origen.

Hemos anotado que esta investigación trata de extraer, mediante métodos teóricos, líneas que caracterizan a la cotidianeidad en Quito, estas líneas están enlazadas por el objeto del que buscan dar razón. Todas buscan expresar la manera en la que Quito plantea: lo común, lo público, lo convencional, lo cultural, etc. Sin embargo, están aisladas las unas de las otras en la medida en la que su argumentación, si bien apunta a la misma problemática, lo hace desde el análisis de distintos casos, y no desde el de uno sólo. Pero hablaremos de la estructura de la investigación más adelante. Por el momento, solo resta insistir en que los casos que hemos analizado en este trabajo no son una muestra proporcional de Quito, sino son una muestra de aquellos que según nuestro parecer, resultan más problemáticos y contradictorios cuando pensamos y nos proyectamos hacia lo público. Esta investigación también se apoya en la premisa de que los vínculos sociales mantenidos por una colectividad, tienen distintas formas: los hay más públicos, más compartidos, más fragmentados, fraccionados, etc. Hemos buscado recopilar algunos elementos que pudieran brindarnos información acerca de las condiciones que hacen que Quito tienda a desarrollar procesos patentes de individualización en detrimento de proyecciones hacia una versión más pública de ciudad. A lo largo de todo el presente trabajo se aboga por la *comunidad, lo público, lo convencional, lo compartido*, hemos tendido hacia estas nociones pues las hemos utilizado a manera de los *enjeux philosophiques* de nuestros análisis, a manera de aquellas nociones que buscamos presentar, argumentar y, en definitiva, abarcar y caracterizar en nuestras discusiones. Consideramos que los procesos de individualización acarrear consigo malestar: la soledad, el anonimato, la reserva, la desconfianza, todos fenómenos difíciles de aprehender desde algunas aproximaciones

tradicionales que se han hecho hacia el espacio público en Quito, pero no por ello menos presentes en el día a día de sus habitantes. De ahí que nuestro tono se haya orientado a lo largo de estos ensayos hacia la crítica de estos procesos, pero una vez más, hemos optado por esta perspectiva como un recurso metodológico.

Entonces: ¿cómo se ha planteado el espacio público en Quito? ¿qué nos dicen los recorridos de la ciudad acerca de las relaciones entre sus habitantes? ¿qué presupuestos, ideologías, convenciones guían el acontecimiento cotidiano de la urbe?

En un intento por responder a estas cuestiones, esta investigación se ha estructurado en dos partes: la primera, es una aproximación semiológica a la cotidianeidad de la ciudad. Persigue, con Barthes, la interpretación de *mitos* presentes en las insospechadas dinámicas del lenguaje, y busca dar cuenta de la relación que entablan los habitantes de Quito con ellos mismos, especialmente de aquellas que se agrupan en torno a la discusión de lo público. Y la segunda, que ensaya una aproximación genealógica a la cotidianeidad de la ciudad, mediante un análisis del primer Plan Regulador de Quito elaborado por el arquitecto urbanista Guillermo Jones Odriozola en 1942, desde la guía de un ensayo clásico acerca de la *metrópolis*, escrito por Simmel.

Las partes del presente trabajo se llevaron a término en los años 2012 y 2013 respectivamente, en el marco de una investigación elaborada por la Pontificia Universidad Católica del Ecuador y el Instituto Ciudad, titulada: “Espacio público en Quito. Distinción social y exclusión simbólica”. Gran parte del siguiente documento pertenece a los resultados de esta investigación. Así como al grupo de investigadores que la llevamos a cabo, pertenece la orientación, la discusión y la problematización de la acepción de espacio público que hemos empleado a lo largo de todo este trabajo.

Lenguaje

La esencia del hombre, su naturaleza, es un tema inagotable que ha ocupado la reflexión de la civilización a lo largo de toda su historia. ¿Qué nos hace humanos? ¿qué nos diferencia del resto de seres vivos? ¿cuáles son las singularidades que componen al hombre y, sin las cuales, este no sería tal?

Puede ser que la dificultad máxima que plantean estas preguntas, sea la que encontramos al pretender “componer” al hombre de características aisladas, que en su concurso, agotarían su naturaleza -¿porqué, a parte de fragmentar la realidad que otro recurso tiene el razonamiento analítico para responder a sus inquietudes?-. El hombre da cuenta de sí mismo desde su propia voz. Y por lo tanto, todo aquello que enuncia acerca de la realidad y acerca de sí mismo, es carnal. Pero, si volteamos las preguntas y nos contentamos con delimitar ciertos fenómenos que no agotan a la “humanidad” pero que son inherentes a ella; nos daremos cuenta de que esta voz, el lenguaje, es uno de ellos.

Aristóteles dice: “solo los hombres, estos seres vivos que contrariamente a los otros, se paran erguidos y miran delante de ellos, y emiten su propia voz hacia delante, son capaces de manifestarse mutuamente lo ventajoso y lo nocivo, y por ende, lo justo y lo injusto”.¹

El lenguaje es, por lo tanto, un atributo exclusivo del hombre, sin embargo toda la problemática que este hecho suscita, se ve matizada por el factor que hace que su explicación deba necesariamente plasmarse en el mismo lenguaje. La conciencia y el lenguaje, se ven con el rabillo del ojo, como un telescopio que se proyecta sobre todo, menos sobre sí mismo. Como una fuerza que no puede agotar sus causas, pues si lo hace, se anula a sí misma.

El lenguaje es una entidad supraindividual, empero su origen es convencional. Es por ello que entre una de sus numerosas funciones, está la de brindar sustrato al pensamiento político. Ergo, a la existencia en política. Los discursos se proyectan hacia el “lenguaje en común” y buscan la persuasión recíproca. Podríamos decir que el objeto de la política no es ni la administración, ni el poder, sino el lenguaje. Ya que al preformar la realidad, todo lo administra, todo lo puede.

Vemos que el lenguaje tiene una matriz híbrida: hablar siempre es *hablar-a*, tanto a mí mismo, como al resto. Es aquello que tenemos de más íntimo, pues es el sustrato del

¹ Aristóteles, en: Les grandes notions de la philosophie, Ellipses, Paris, 2002, Pág. 528

razonamiento. Y es, al mismo tiempo, aquello que tenemos de más social, pues el lenguaje: se depura, se moldea, se extingue y renace al seno de la sociedad. De ahí que Miguel de Unamuno, reflexionando sobre el Quijote, anote: “La representación es, pues, como el lenguaje, como la razón misma –que no es sino lenguaje interior- un producto social y racial, y la raza, la sangre del espíritu, es la lengua”.²

Fuera del lenguaje el mundo existe, sin embargo el hombre solo puede conocer lo que nombra. Mejor dicho, su razonamiento, sus emociones y sus afecciones solo pueden representarse en el lenguaje, solo pueden, progresivamente, plasmarse en él. En el pensamiento de Jacques Lacan, por ejemplo, se escinde, en base a esta certeza, una distinción: “lo real” refiere al mundo pre-simbolizado, que no se ha convertido, por medio del lenguaje, a un voltaje compatible con nuestro entendimiento; y “la realidad”, que es la metabolización de “lo real” por medio del lenguaje, por ende, mediante nuestra conciencia y razonamiento.³ Unamuno: “esas ideas, que son la realidad, son nombres, como el nominalismo enseñaba. No que no sean más que nombres, sino que son nada menos que nombres. El lenguaje es el que nos da la realidad, y no como mero vehículo de ella, sino como su verdadera carne, de que todo lo otro, la representación muda o inarticulada, no es sino esqueleto. Y así la lógica opera sobre la estética; el concepto sobre la expresión, sobre la palabra y no sobre la percepción bruta”.⁴

Habíamos dicho que el discurso, la materialización del lenguaje. Se mueve en dimensiones íntimas y sociales. Evidencia el solipsismo más puro, al tiempo que pertenece de lleno a la sociedad. Sin embargo, el lenguaje se mueve en otras dos dimensiones superpuestas: es universal en tanto forma parte de la naturaleza humana, pero su encarnación es completamente histórica. Y su formulación nunca puede escapar completamente a una época. Barthes en su libro: “El grado cero de la escritura” se propone buscar esta hipotética neutralidad primigenia del lenguaje, empero afirma que: “La lengua no es el lugar de compromiso social, mas un reflejo sin elección, la propiedad indivisible de los hombres y no de los escritores; ella permanece fuera del ritual de las letras; es un objeto social por definición y no por elección”.⁵

Este hipotético grado neutro de la escritura, llevó a escritores como Camus a ensayar una *écriture blanche* (especialmente en “El extranjero”), es decir, una escritura que se presumía libre de prejuicios al adoptar un estilo simple, conciso y puntual. No obstante,

² Miguel de Unamuno, Del sentimiento trágico de la vida, Longseller, Bs. As., 2004, Pág. 300

³ Gérard Miller, Presentación de Lacan, Manantial, Bs. As., 1993, Pág. 86

⁴ Miguel de Unamuno, Del sentimiento trágico de la vida, Longseller, Bs. As., 2004, Pág. 302

⁵ Roland Barthes, en: Claude Coste, Barthes, Éditions Points, Paris, 2010, Pág. 135

en el texto todo es susceptible de simplificación, y de llevar a término esta voluntad, el autor agotaría eventualmente la posibilidad misma del lenguaje.

Ahora bien, tras haber delimitado algunas características que aproximan la noción de “lenguaje”; debemos anotar aquí que el pensamiento contemporáneo se distingue de otras escuelas artísticas, literarias y filosóficas más antiguas, sobretudo por haber experimentado una de las últimas afrentas que el pensamiento ilustrado profirió en contra del “narcisismo de la humanidad”. Según Sigmund Freud, el hombre ha recibido tres verdades incómodas de la mano de los descubrimientos científicos que cambiaron, de una vez por todas, la forma en la que veíamos el mundo, pero sobretudo la forma en la que nos veíamos a nosotros mismos. Estas afrentas son: la “cosmológica”, que aconteció cuando Copérnico halló universal reconocimiento y la humanidad supo que la tierra no era el centro del Universo; la “biológica”, que con Darwin nos mostró que no éramos tan diferentes de los animales, después de todo; y, finalmente, la “psicológica” que bajo la autoría de Freud, proclamó: que “el *yo* no es el amo en su propia casa”.⁶

A estas tres heridas, habría que sumarle una cuarta que, de cierta manera, siempre ha estado presente y que, sin embargo, se ha evitado metódicamente en las discusiones filosóficas por considerarse como el conjuro que anularía la posibilidad misma de discutir. La última afronta que los descubrimientos, esta vez filosóficos, presentaron al patrimonio de las certidumbres humanas, fue la que, mirando de cerca al lenguaje, descubrió que las palabras no dicen lo que suponen decir. Es otras palabras, puso en relieve el hecho de que el lenguaje es un producto convencional y no entabla ninguna relación necesaria con los objetos de los cuales da cuenta. El lenguaje se presenta así como un relato siempre paralelo a “lo real”. La realidad, por su parte, esta hecha a nuestra imagen y semejanza, por existir tan solo en el lenguaje, y porque este último, solo existe en nosotros. En esta línea Michel Foucault afirma que: “el umbral del clasicismo a la modernidad (pero poco importan las palabras mismas, digamos, de nuestra prehistoria a lo que aún nos es contemporáneo) quedó definitivamente franqueado cuando las palabras dejaron de entrecruzarse con las representaciones y de cuadrangular espontáneamente el conocimiento de las cosas”.⁷

Este cambio paradigmático y, literalmente, sin precedentes, se lo debemos al pensador más radical del siglo XIX. Para Nietzsche, continúa Foucault: “no se trataba de saber

⁶ Sigmund Freud, Una dificultad del psicoanálisis, En: Obras completas, volumen XVII, Amorrotu editores, Bs. As., 1992, Pág. 39

⁷ Michel Foucault, Las palabras y las cosas, Siglo XXI, Bs. As. 1968, Pág. 295

que eran en sí mismos el bien y el mal, sino qué era designado o, más bien *quien hablaba* ya que para designarse a sí mismo se decía *agathos* (notable) y *δειλος* (cobardía), para designar a los otros”.⁸ Si bien, estas problemáticas salieron como de una Caja de Pandora, el pensamiento contemporáneo ha intentado combatir las una a una; y en la actualidad ninguna aproximación teórica puede prescindir de las precauciones que se han construido en torno al “lenguaje”, desde ese entonces.

La última gran cisma en la tradición intelectual tuvo como resultado, al menos, dos posiciones que se desprendieron de la recién inaugurada *banalidad del lenguaje*. La primera, que mostró que el loco poseía lenguaje; su condición, sin embargo, no permitía que éste estuviera investido por la coherencia. Es el entendimiento el que ha abandonado al lenguaje, pero esto no implica que haya sido el lenguaje el que ha abandonado al loco. De ahí que locos como Hölderlin hayan poseído, no solamente, lenguaje, sino que por su medio, alcanzaron la cima de la Poesía. El sufrimiento psíquico que experimenta Antonin Artaud al constatar que el discurso desprovisto de cordura sigue siendo discurso al fin y al cabo, le lleva a escribir los siguientes versos: “Abandona tu lengua, mi lengua, mierda, ¿quién habla? ¿en dónde estas? Otro, Otro, Espíritu, Espíritu, Lenguas de fuego, fuego, fuego, comete tu lengua, viejo perro. Me arranco la lengua”.⁹

Pero: ¿qué significa que el loco tenga lenguaje? ¿qué significa que, si bien incoherente, su discurso hable de los seres, de los objetos de la realidad, del mismo contexto que compartimos los cuerdos? Significa que desde su única y singular formula, ese discurso desprovisto de sentido, comparte la estructura ineluctable que origina los discursos que sí son coherentes. Y por lo tanto, que la coherencia no es más que convención y no garantiza ningún tipo de conocimiento trascendente, ninguna verdad última, ni acerca del mundo, ni acerca de nosotros mismos. Sentimos con vértigo que todos los discursos se vuelven como aquellos del loco, singulares, carnales, fatalmente humanos.

La “humanidad” del lenguaje, en oposición al carácter mecánico de representación fiel de la realidad que antaño se le atribuía, tuvo como resultado una inversión en las funciones que los intelectuales, desde entonces, le reconocieron al lenguaje. Por un lado, la lengua ya no nos permitía agotar la realidad, pues no desprendía verdades, sino relatos. Y por otro, estos descubrimientos dotaron finalmente al lenguaje de contenidos

⁸ Ibid. Pág. 297

⁹ Les grandes notions de la philosophie, Ellipses, Paris, 2002, Pág. 523

positivos, finalmente se reconoció ampliamente su carácter social, histórico, político, su valor en cuanto es el definitivo testigo de la historia de la humanidad. El lenguaje ya no se vislumbra como a una herramienta solamente, ahora se lo considera un objeto filosófico en sí mismo. Marx se aproxima al discurso para banalizar las supuestas relaciones necesarias que constituían los supuestos que originaban las dinámicas históricas. Marx no habla sobre el hombre, habla sobre lo que ha sido ya hablado por el hombre, y no proyecta su lenguaje “lo real” sino que lo lleva a escalar genealógicamente los dogmas ocultos por la obviedad característica del lenguaje.

Freud también reconoce en el lenguaje un objeto. Pero a diferencia de Marx, que había develado el carácter social (histórico), él devela el carácter psíquico, la posibilidad del discurso único, singular.

La diferencia entre un relato racional y uno irracional se establece en el grado de convención del que gozan cada uno respectivamente. El primero es tan amplio que es universal, el segundo es tan reducido que pertenece a un individuo solamente. Sin embargo, ambos comparten el mismo sustrato, tanto así que Freud tiende con el lenguaje un puente hacia las profundidades de la psiquis (de cuerdos, como de incoherentes). El psicoanálisis suspende el sentido trascendente del lenguaje pues al aproximarse a su fórmula, y ya no a su predicado, puede reunir en un conjunto a todos los hombres dotados de razón y con ellos erigir a un *Vladimir*; tomar a un solo loco por *Estragon*; y junto a ellos ser *Pozzo* esperando a *Godot*. Esperando un sentido último que ya se ha arranchado al lenguaje. Y se ha arranchado, entre otras cosas, gracias a las curiosas evidencias que trajo consigo el psicoanálisis. Tomemos, por un momento, al lenguaje, a sus sentidos y verdades, luego fragmentemoslo de tal manera que pueda atribuírsele un discurso singular a cada persona. Restemos de este discurso la lógica, la razón, la patencia, y apliquémosle una exégesis. Si tras este proceso podemos comprobar científicamente el alivio de ciertas dolencias como la neurosis, la histeria, etc. Comprenderemos el inmenso aporte de Freud y su ciencia, pero de la misma forma aceptaremos la nuda voz del hombre, el lenguaje sin designio, sin teleología.

Como habíamos anotado, tradicionalmente, la filosofía había esbozado siempre al lenguaje como un reflejo de un orden superior. Se muestra con Spinoza, por ejemplo, como el pensamiento, (para nuestros propósitos podemos cambiar la noción de pensamiento por la de lenguaje) al ser un atributo de Dios, y al tener Dios infinitos atributos, incluidos todos aquellos que forman nuestra realidad, es finalmente Dios pensándose a sí mismo. Es decir, Spinoza nos muestra al lenguaje como una evidencia

de la inteligencia universal, como principio y no como fin. Como inherente a la realidad misma. De ahí, que: en la doctrina spinoziana todo lo que en el razonamiento se opera, pertenezca, también, a Dios; por ende la lógica silogística, el entendimiento y todas sus herramientas, la consciencia, el lenguaje, etc. todas muestras y certezas, evidencias y operaciones validas y verdaderas, en tanto son atributos de Dios, o en otras palabras, en tanto todas están determinadas por sí mismas, por ello, investidas de existencia patente y coherente.¹⁰ Hegel también concluye su gran obra metafísica con una línea histórica progresiva que desemboca en la imagen de la “Idea” tomando conciencia de sí misma, es decir, con el lenguaje hablándose a sí mismo. O mejor dicho, con el lenguaje descubriendo en sus excursos, en sus relaciones y aserciones su propia e indiscutible ontología. Hemos dicho que el pensamiento contemporáneo operó una cesura en esta concepción de la realidad, sin embargo, cuando nos aproximamos a estos sistemas de pensamiento, nos damos cuenta que pensar acerca del lenguaje, es pensar acerca del hombre; y por lo tanto las problemáticas que podemos plantear en torno a su naturaleza, quedaran siempre irresueltas; como aquellas que planteamos en torno a los grandes objetos filosóficos, siempre pendientes.

Pero si, una vez más, volteamos las preguntas, y no pretendemos agotar la causística del lenguaje, pero desprendemos con la mirada genealógica, algunas de sus, recién inauguradas características, podremos dotar su representación con ciertos contenidos positivos, con detalles y funciones que habían sido presentidos, pero nunca habían sido desarrollados metodológicamente. ¿Cómo funciona el lenguaje? ¿qué necesidades suple al hombre a lo largo de todo su proceso?.

Desde la rama de las ciencias, la lingüística operó una primera aproximación a la composición positiva del lenguaje. Desde el esquema clásico de Jakobson, se definen seis funciones lingüísticas que son aplicables a todos los modos de comunicación. Si miramos de cerca al lenguaje y al fenómeno de la comunicación, veremos que su acontecimiento está marcado por un proceso que suple varias funciones: la referencial, la emotiva, la connotativa, la poética, la fática, y la metalingüística. El objeto de la lingüística es, por lo tanto, la descomposición del lenguaje en sus elementos constitutivos. Es la comprensión de los elementos que le dan origen en la práctica, así como de las funciones por las cuales existe. La unidad del lenguaje es el signo, que es, a su vez, la conjunción de una serie de elementos lingüísticos. “La función del signo

¹⁰ Baruch Spinoza, *Ética*, Editorial Porrúa, México D.F., 2007, Pág. 45

consiste en comunicar ideas por medio de mensajes. Esta operación implica un objeto, una cosa de la que se habla o referente, signos y por lo tanto un código, un medio de transmisión y, evidentemente, un *destinador* y un destinatario”.¹¹

Sí el objeto de la lingüística es el lenguaje, aquel de la filología es la lengua. Ya no buscamos, mediante esta rama del conocimiento, los mecanismos y las partes de la comunicación; sino la historia, desarrollo, y dinámica de una lengua específicamente.

Las lenguas son monumentos vivientes. Por esta razón, la lengua española ha erigido desde el año de 1726, con el “Diccionario de Autoridades”, una academia que establece la norma culta de la lengua; sí bien, esta determinación ha encontrado no pocas críticas, podemos afirmar que la filología cumple formalmente este papel. No es común que una lengua tenga una institución concreta como respaldo. Lo que sí es común, es que todas las lenguas tengan sus propios monumentos, su respaldo y riqueza se encuentran depositados en el genio y la fluidez que testifican ciertas obras clásicas. Pues es en la literatura en donde, tradicionalmente, se ha desplegado y estirado la lengua hacia sus confines. Nosotros tenemos a Cervantes, los ingleses tienen a Shakespeare, los Italianos a Dante.

Ahora bien, vemos que la amplitud del lenguaje obliga a que su conocimiento se lleve a cabo mediante un despliegue de métodos. Las problemáticas a las que buscan dar solución, definen la naturaleza de las ciencias que le apuntan. La lingüística considera al lenguaje como fenómeno, la filología como evidencia. Y ambas *positivizan* teóricamente al lenguaje, pero no consideran necesariamente, su cariz social. Es decir, al entender ciertas dinámicas del lenguaje, la lingüística y la filología, entre otras, abrieron la puerta al planteamiento de nuevas problemáticas alrededor, ya no de la naturaleza del lenguaje solamente (que ya constituía un conjunto de certidumbres), sino a la vez, desprendieron preguntas en torno a la sociedad y sus fenómenos, a la historia, a la economía y a la política.

En este cambio paradigmático se sitúa justamente el origen de la semiología. Ferdinand de Saussure la inaugura manifestando: “La lengua es un sistema de signos que expresan ideas, y por eso comparable a la escritura, al alfabeto de los sordomudos, a los ritos simbólicos, a las formas de cortesía, a las señales militares, etc. etc. Solo que es el más importante de todos estos sistemas. Se puede, pues, concebir una ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social. Tal ciencia sería parte de la psicología

¹¹ Pierre Guiraud, La Semiología, Siglo XXI editores, México D.F., 1986, Pág. 11

social, y por consiguiente de la psicología general. Nosotros la llamaremos: Semiología (de *σημειον*: señal). Ella nos enseñará en que consisten los signos y cuales son las leyes que los gobiernan. Puesto que todavía no existe, no se puede decir que es lo que ella será; pero tiene derecho a la existencia, y su lugar esta determinado de antemano”.¹²

En este trabajo hemos utilizado herramientas que se han desarrollado en este momento preciso del desarrollo de las problemáticas en torno al lenguaje. Para la primera parte de nuestra investigación hemos utilizado un método acuñado por Roland Barthes¹³, uno de los precursores de la ciencia propuesta por Saussure; precisamente aquel que utilizó en la elaboración de “Mitologías”: una colección de ensayos por interpretar verdades indiscutidas y definir sus alcances e influencias en la sociedad francesa de finales de los años cincuenta. Barthes no sólo aplico su agudo sentido hermenéutico a la develación de mitos al seno de la sociedad, sus objetos de estudio recurrentes eran: la literatura, el teatro, la política, y sobretudo el lenguaje y sus misterios. Pero detallaremos más adelante las especificidades de este método, y definiremos algunos de sus conceptos operativos, en el siguiente capítulo.

En lo que respecta al lenguaje y a sus interrogantes, solo nos resta por anotar que los descubrimientos que el siglo XX nos lego en torno a su naturaleza, tuvieron también una fuerte repercusión en las ideas que teníamos acerca de la política. Jacques Rancière se ocupa desde esta perspectiva y presenta a la política como un escenario en donde aquello que se disputa es el sentido que cobra el lenguaje en quienes con él ordenan, y quienes por medio de él, obedecen. El lenguaje es la fuerza preformadora más fuerte que tiene la esfera humana, por lo tanto, quien detenta el sentido del lenguaje, detenta todo lo demás. Quien ordena y quien obedece tienen en común, ante todo el lenguaje. El puente primigenio de las conciencias.¹⁴

¹² Ferdinand de Saussure en: La Semiología, Siglo XXI editores, México D.F., 1986, Pág. 23

¹³ Ver Anexo N°2

¹⁴ Ver Anexo N°3

El espacio público en Quito. Una aproximación semiológica a la cotidianeidad de la ciudad

El espacio público es un tema recurrente en los discursos que rodean a la pugna política y a la discusión mediática en la ciudad de Quito. Sin embargo, las dinámicas que le dan origen, que le confieren contenido, que explican su devenir y que prevén su movimiento, están en el mejor de los casos, presupuestas en estos escenarios. Fuera del halago dogmático, estático y demagógico hacia el espacio público, esta noción comprende un conjunto de relaciones que, si bien dan cuenta de la construcción de la urbe y de sus sentidos, son a menudo ignoradas y preconcebidas. Las nociones, que componen el campo semántico que circunda a la idea de *espacio público*, precisan de un tratamiento detenido pues son la clave para entender el sentido que la ciudad cobra en el imaginario de sus habitantes y por ende la naturaleza de las relaciones que se deducen de él. Este capítulo propone una reflexión acerca de la relación que se entabla entre el espacio público simbólico y el espacio público concreto. Pretende, mediante la interpretación de significados creados y convenidos por el discernimiento de la ciudad, esbozar la figura que el espacio público ocupa en Quito e inferir el papel que juega en la cotidianeidad de sus habitantes.

¿Cómo pensar y asir la noción de espacio público?

La ciudad de Quito es, en último término, la representación lingüística de la comunión entre un territorio y una comunidad. Es un significante que engloba significados infinitos que, en constante reproducción, son: creados, comprendidos e interpretados por la población como parte inherente de su propia imagen tanto individual como colectiva. *Quito* como representación no tiene un sentido unívoco pues engloba múltiples fenómenos que no se agotan en un concepto ni en una definición. La noción paradigmática de la ciudad, como la unidad moderna de representación de la sociedad, junto con la escala geográfica de medidas comunitarias (provincia, país, región, continente, etc.) cumple siempre un papel ambiguo puesto que define realidades complejas bajo la operación básica de la lengua, el nombre. A diferencia del sustantivo, el nombre, es la abstracción de una particularidad y no de una generalidad, debido a que busca representar un fenómeno solamente, siempre resalta lo distintivo, el rasgo único, lo irrepetible se manifiesta por medio de él. *Quito* estructuralmente refiere a un

fenómeno solamente, a un fenómeno que, engendrado, acontece. *Ciudad*, por el contrario, nos remite a un conjunto de condiciones hipotéticas que nunca ocurren pues son la fórmula de una generalidad; y cuando se encarnan en la realidad y se llenan de contenidos adoptan, pues, un nombre. El sustantivo, como el *imperativo categórico* de Kant, está condenado al vacío. En cambio el nombre, como la *idea platónica*, no puede sino representar su contenido. Entonces es pertinente preguntarnos ¿qué llena el nombre de *Quito*? ¿cuáles son las operaciones que le confieren significado? ¿quién y cómo se decide su contenido?

En primer lugar es preciso anotar que el nombre de la ciudad tiene tantos autores como miembros, ya que refiere siempre a una noción compuesta por la imagen que: la comunidad, el clima, el paisaje, etc. proyecta sobre cada una de las coordenadas de la topografía social. En otras palabras, aquello que condensa, por medio del lenguaje, la idea de *sociedad* tiene tantos significados como perspectivas que le apuntan. Todos tienen autoridad para hablar acerca de lo común, puesto que el sesgo, que confiere heterogeneidad al contenido del nombre; y que se origina en las posiciones determinadas que se pueden ocupar en la comunidad, es inherente a la enunciación misma y no tan solo un accidente que podría considerarse como un elemento que distorsiona su representación. Dicho de otra manera, el significado que *Quito* tiene para cada uno de sus habitantes, varía en función: del ángulo, de la perspectiva, del lugar desde donde se vislumbra e interpreta el horizonte de lo común; y de los mecanismos por medio de los cuales se elucubra el discurso que da cuenta de él. Sin embargo, esta variación no es un excedente que nubla o entorpece un supuesto significado esencial de *Quito*. Es, al contrario, una de las partes constitutivas del contenido de su significado. En resumen, cualquier aproximación al contenido, a aquello que nos refiere a la idea de la ciudad y al sentido que cobra *Quito* en la voz de cualquiera de sus habitantes, está signado por una diferencia necesaria que denuncia la existencia perenne de una perspectiva. Esto es válido, tanto para una versión elaborada en el seno de la opinión común, como para cualquier aproximación histórica o de cualquier otro origen académico. De la misma manera en la que el campo de visión de un paisaje se transforma a medida que se cambia de posición, el significado del nombre, hace lo mismo y contiene siempre la variable de la perspectiva dentro de su definición. Esta brecha irreductible entre posiciones es necesaria y no accesorio, es constitutiva del significado y plantea la heterogeneidad perpetua de la representación de la comunidad. Rancière se refiere a esta brecha cuando afirma que la igualdad no es materia de la ética,

sino es un presupuesto imprescindible en la relación que entabla cualquiera con la representación de lo común. Tiene que ver más con las operaciones cognitivas que con los mandatos morales de cualquier colectividad. En segundo lugar, resulta obvio que no es lo mismo nombrar a una calle que a una ciudad, debido a que las dimensiones y la complejidad de sus constituciones son distintas. En el caso de *Quito*, tenemos que considerar que el nombre abarca realidades, significados, interpretaciones y procesos que precisan no sólo de contenidos sino de fórmulas que den cuenta de las dinámicas de significación, de apropiación y de relación de todas estas ideas entre las diversas versiones que suscita el contradictorio evento mediante el cual una palabra puede, formalmente, nombrar bajo la misma estructura tanto a un alfiler como a un continente entero.

Tenemos entonces dos líneas principales que, en dimensiones superpuestas, deben ser desarrolladas para aproximarnos a los procesos mediante los cuales podremos estructurar la dotación de significados de *Quito*: la primera, de orden filosófico, que sustenta el presupuesto de que, ante lo común, todos tenemos palabra, puesto que, participamos de la lengua y por ende gozamos de una igualdad primigenia que escapa a cualquier clasificación y manejo histórico de los sentidos de la ciudad. Para este propósito, desarrollaremos a lo largo del trabajo algunas de las ideas presentes en las tesis de Jacques Rancière acerca de *lo específico de la política*, en donde la dotación de sentidos que se esconden tras el nombre nos remite a una lucha que se lleva a cabo en el campo de la estética en donde, aquello que se disputa, es la representación misma de lo común. Si bien estas consideraciones nos facilitaran la lectura de los fenómenos de enunciación y acontecimiento de los significados de *Quito*, es menester anotar que se refieren al marco que origina la elaboración de una versión de lo común en cualquiera de sus escenarios. Son las bases que se pretenden universales en los procesos de representación y por lo tanto nos mostraran una estructura que, más que buscar la explicación detallada de nuestro caso de estudio o de cualquier otro, diferencia aquello que ocurre en cualquier acontecimiento de significación de lo común. El basamento filosófico nos brinda el conocimiento de los límites de aquellos procesos ineluctables que definen lo público, su representación e incluso su constitución.

Sin embargo, cuando presuponemos la igualdad en las perspectivas que llevan a cabo la elaboración estética de la sociedad; y cuando consideramos que estos procesos llevan una lucha inherente al mismo hecho de pensar la comunidad desde la igualdad. No podemos sino prever el sentido ahistórico de estos enunciados, pues en la medida en que

sus presupuestos buscan la universalidad, excluyen el desarrollo puntual de estos procesos. La igualdad debe ser entendida siempre como un presupuesto, o como una utopía, nunca como un posible escenario. Si la igualdad fuese susceptible de acontecer en algún episodio histórico: asistiríamos al cumplimiento de la promesa liberal, en donde todas las voluntades se alinearían en una gran decisión que hubiera contemplado, dentro de sus contenidos, el enunciado de cada una de ellas; lo cual es ideológico. La igualdad refiere a la lucha constante y a la tensión perenne que experimentan cada una de las representaciones de lo común al constatar su eterna potencialidad. Entonces, ¿cómo ha acontecido la dotación de los significados de *Quito*? ¿quiénes han impuesto su perspectiva de lo común? ¿dónde tiene lugar esta lucha estética?

Las tesis que responden a esta problemática deben ser necesariamente de tinte sociológico, pues en una segunda dimensión, los medios mediante los cuales la versión imperante del significado de la ciudad se ha impuesto y asimilado responden al papel que han cumplido y han ocupado las versiones históricas de la representación de lo común. Un agotamiento de las preguntas mediante una respuesta teórica, debe necesariamente contemplar un enfoque multidisciplinario que incluya visiones antropológicas, históricas y sociológicas que en base a presupuestos filosóficos den cuenta de la realidad particular del significado de *Quito*. Sin embargo, y en vista de las posibilidades de esta investigación, aquello que propongo es un acercamiento, por medio del método semiológico de Roland Barthes, a ciertas nociones, ideas, opiniones y supuestos, que en relación a la ciudad y a su significado, han calado en el discernimiento público. El objeto de esta interpretación es un conjunto de *clichés*, de imágenes, de discursos y de todo aquello que sedimenta a su redor las huellas de un proceso histórico que ha sido invisibilizado por medio de la obviedad del lenguaje. Y que sin embargo constituye aquello, que en el eco de los medios y de la opinión común, delimita la versión oficial del significado de la ciudad. Son en estos intersticios, justamente, donde la mirada genealógica descubre las relaciones de poder, las líneas de tensión políticas cristalizadas en opiniones y en donde también radica la distribución orgánica de la ciudad. El espacio público está signado de entrada por este cúmulo escurridizo de supuestos, que dictan desde su evidencia, las prácticas y las relaciones que se llevan a cabo en la ciudad. El manto simbólico que implica una especie de discernimiento oficial acerca del significado de la ciudad de Quito, germina en las prácticas cotidianas y en las relaciones que los habitantes entablan entre sí mismos y su entorno. No buscamos con este ejercicio la crítica de un sistema de dominación

claramente delimitado; y que en nombre de una moral definida pueda parecernos injusto, buscamos por el contrario, rastrear los mecanismos mediante de los cuales las versiones del significado de la ciudad se materializan en prácticas y relaciones que, cotidianamente, marcan el ritmo de la relación que se entabla entre los habitantes. La tesis que sustenta esta aproximación radica en el supuesto de que el espacio público esta constituido *a priori* desde el discurso. Y que los lugares que ocupan, las funciones que ejercen y las dinámicas que siguen públicamente los habitantes de Quito pueden deducirse, en cierta medida, de aquello que se piensa acerca de la ciudad, de sus anhelos y de sus carencias, de sus orgullos y de sus vergüenzas plasmados en pequeñas capsulas de discernimiento que circulan a través de los medios y su influencia, a través de frases e imágenes que atraviesan la gama de la discusión pública y de aquellos *lapses* que revelan más de lo que pretenden.

El método semiológico no pretende agotar la explicación de la dinámica de la dotación de sentido de *Quito*, pretende, desestructurar ciertas ideas concebidas, para dar cabida al horizonte siempre fecundo del pensamiento de lo común. Nos permite, formalmente, una aproximación a lo específico de la ciudad mediante problemáticas dirigidas a los sentidos elaborados por Quito acerca de sí mismo.

A continuación, anotaremos la interpretación que hemos aplicado a una colección de ideas, imágenes, recorridos y acciones que cumplen la función de “mitos” en la opinión común de la ciudad. Este acercamiento al discernimiento de la comunidad pretende deducir el lugar que ocupan las reflexiones acerca del espacio público en los supuestos que le dan origen.

La Capital y provincia

El *mito*, según Barthes, es una suerte de “cápsula” que encierra parte del discernimiento de una sociedad bajo la obviedad del lenguaje. Es una opinión cristalizada en: una palabra, una dicotomía o una imagen que busca invisibilizar y naturalizar convenciones que, si bien son el resultado histórico de construcciones sociales, se presentan como verdades evidentes, como certezas naturales. La sociedad se aproxima a la realidad por medio del “sentido común” que no es más, desde esta línea de pensamiento, que el cúmulo de estos “clichés” y “prejuicios” a los que Barthes ha denominado *mitos*. Estos recursos simbólicos cumplen una función mecánica que permite que ciertos contingentes sociales obtengan una lectura automática de la realidad sin ningún filtro

crítico. Para dar cuenta de la estructura del mito, Barthes, se basa en un sistema de análisis que descompone los fenómenos en las fases del proceso dialéctico. En un primer momento esta descomposición opera al nivel lingüístico. En el pensamiento de Saussure, por ejemplo, el lenguaje se descompone en: el *significante* que es la imagen acústica; el *significado* que es el consenso abstracto que tenemos sobre esta imagen (el concepto; la lengua) y el *signo* que es la relación que se entabla entre las dos etapas anteriores. El lenguaje entonces se encuentra poblado por signos que, a manera de síntesis, son la cara visible de una conjunción de procesos. Para Barthes este proceso dialéctico se encuentra también presente en el pensamiento de Sartre, en donde, la *obra* (signo) es el resultado de la relación que se entabla entre la *crisis original del sujeto* (significado) y el *discurso literario* (significante). El mito no se construye, sin embargo, en base a estos tres elementos, pues si bien sigue la misma estructura dialéctica, utiliza los signos como materia prima. En otras palabras, el mito, dispone de los signos contruidos ya por el lenguaje para su aparición. El mito es una segunda ronda dialéctica en la cual los términos que ya han sido dotados de una síntesis lingüística, entran nuevamente a fusionarse entre ellos y nos dan como resultado, no tan sólo una relación entre el significado y el significante, sino una conjunción entre un signo y otro signo —que si bien juegan a su vez papeles análogos a los de significado y significante— se encuentran dotados, en esta segunda ronda, de fuertes atribuciones sociales.

El mito no es, entonces, la versión inocente e ingenua de la verdad lingüística, es la positividad de construcciones históricas que, si bien no se presentan como palabras simples (pues han seguido varios procesos de depuración lingüística), surgen bajo su misma formula y son aprehendidas por la *burguesía*¹⁵ en un solo movimiento irreflexivo.

El mito es, desde esta perspectiva, la banalidad encarnada en la dotación de significados sociales a la conjunción de signos lingüísticos. Dicho de otra manera, es una serie de frases contruidas, de clichés y reflexiones que —en cápsula— representan el discernimiento de una sociedad. Este discernimiento no se basa en un ejercicio socio-intelectual de relación con la realidad, sino en una apropiación mecánica de opiniones y artificios, que sedimentados en el *sentido común*, se presentan bajo la evidencia de la lengua. En la sociedad el mito se esconde en su estructura, puesto que su forma

¹⁵ Para Barthes la *burguesía* es una porción social histórica que reclama valores universales y se atribuye el derecho de la clasificación de la sociedad. Habla en primera persona en términos míticos atemporales. Y su desarrollo se acompaña de un proceso paralelo de depuración dialéctica que, según el autor, ha desembocado en un regreso triunfal del esencialismo.

mimética permite que la relación que nosotros entablamos con él sea, justamente, aquella que entablaríamos con la obviedad de la palabra. Las múltiples depuraciones dialécticas que dan origen a un mito no pueden ponerse de manifiesto, ya que su estructura resultante no difiere de su estructura primigenia¹⁶.

Quito es una ciudad que puede interpretarse desde la *mitología* de sus habitantes, ya que muchos de los procesos sociales que operan en su interior han desembocado en estas imágenes cotidianas, en estas “opiniones consagradas” que, aunque son las evidencias de la opinión común, son de la misma forma, las claves para descifrar el puesto del espacio público en el imaginario de la ciudad y por ende el de la dinámica social que comporta.

La dicotomía “La Capital / provincia” con la cual se sitúa simbólicamente a Quito dentro del Ecuador, desde esta perspectiva, es mítica. Puesto que revela una convención social e histórica creada por la ciudad y entablada entre sí misma y el resto del país bajo la forma de una división política-administrativa. Mejor dicho, detrás de la división político-administrativa y empleando un lenguaje técnico que se pretende objetivo e imparcial se esconde un mito que nada tiene que ver con la aproximación geográfica del territorio. Desde una mirada interpretativa “La Capital” tiene connotaciones positivas, ya que su significante encierra nociones de *progreso*, *modernidad* y *cambio*. “provincia”, al contrario, se relaciona mejor con ideas como *precariedad*, *atraso* y *pobreza*. Sería más fácil perseguir las razones por las cuales el significado de Quito se asocia con nociones de desarrollo, buscando exorcizar sus lazos con lo primitivo, empero, debemos ir más lejos en el análisis y descubrir la función insospechada de este mito. Para este propósito es preciso preguntarnos: ¿por qué *Quito* plantea esta división para relacionarse con el resto del país? ¿porqué la relación con su entorno se entabla por medio del halago y del denuesto?

Comenzaremos anotando que la dicotomía es una de las figuras lingüísticas que mejor ilustra la brecha inherente a la relación del lenguaje con la “realidad”. Sería tortuoso hablar aquí de las problemáticas que la filosofía ha planteado alrededor del lenguaje, nos bastara con definir a la dicotomía como una oposición de contrarios en la que cada noción se define en función de su opuesto. El “calor” no posee más significado que el de ser lo opuesto al “frío”, lo que significa que el contenido positivo del “calor” comporta aquello que no es “frío” y que, a la inversa, aquello que es “frío” es

¹⁶ Roland Barthes, *Mythologies*, Éditions du Seuil, Paris, 2009

positivamente la ausencia de “calor”. Esta relación nos muestra un juego de espejos, una Cinta de Moebius en la que las caras, aparentemente opuestas, resultan ser la misma en estadios diferentes de representación. “La Capital” sin “provincia” carece de sentido, carece de “realidad”. La dicotomía es un discurso auto-contenido en su propia lógica, es la unidad más pequeña de la ideología debido a que: al enfrentar dos nociones, dos posiciones, dos perspectivas, etc. plantea generalmente una representación maniquea de la realidad en donde una idea se descompone en dos caras enfrentadas la una en contra de la otra.

La dicotomía dice poco o nada acerca de la realidad, sin embargo, revela mucho acerca de la relación que crea. El nexo entre sus antípodas encierra un marco moral que prepara la lectura del fenómeno que supuestamente representa. En el caso de “La Capital / provincia” el lazo que enfrenta las dos nociones contiene un reservorio mítico inconmensurable que puede rastrearse en dicotomías que van desde “ciudad / campo”; pasando por “modernidad / precariedad”; hasta “civilización / barbarie” uno de los mitos más antiguos de la cultura occidental.

Ahora bien, ¿porqué *Quito* utiliza esta dicotomía para afirmar su puesto en el imaginario de sus habitantes? ¿qué consecuencias tiene esta muestra de discernimiento común en el espacio público? La respuesta no es sencilla puesto que no buscamos aquí rasgos psicológicos que expliquen la lectura maniquea del país desde los individuos, buscamos relaciones políticas y estructuras sociales que den cuenta de la ciudad en dimensiones simbólicas, en aquello que la urbe representa para sus habitantes y por ende en la forma que toma cuando se materializa en relaciones y en estructuras sociales. Una buena pista, para abordar esta problemática, es la que evidencia que la noción de “provincia” no incluye a todo el resto del país. De hecho, *Quito* conoce una vecindad que no agota el territorio nacional. La Costa por ejemplo, difícilmente entra en la categoría de “provincia”, incluso si todo un arsenal mítico está especialmente dedicado desde la simbología quiteña a esta porción del país. La ciudad de Guayaquil tampoco recibe este título ya que al representar a la *Némesis* de Quito en el imaginario, es simplemente ignorada por la dicotomía. Entonces ¿en el imaginario de la opinión común quiteña qué es “provincia”?

La “provincia” refiere al campo; al conjunto de costumbres “primitivas” y a todo aquello que se ha exotizado bajo la figura de lo “folclórico”. La “provincia” es aquello que denuncia el puesto que ocupa el lazo anudado entre el campo y la ciudad en la construcción constante de su identidad.

La matriz histórica colonial que define el pasado de nuestro país, delimita también su devenir, ya que la discriminación que opera esta dicotomía ante lo cotidiano, ante lo campesino, ante lo indígena, etc. se torna visible en esta división. Tanto en las proyecciones de la ciudad actual como en las de las ciudades coloniales y republicanas, “provincia” es la parte reprimida y repudiada de la urbe; la “incultura de la gente” y el gusto popular. Deberíamos proseguir el análisis con la búsqueda del posible quiebre histórico que dio origen a la dicotomía, sin embargo, no existe. La “provincia” siempre estuvo ahí, constituye el núcleo traumático de la ciudad, aquello que se encuentra al otro extremo del progreso y que, mediante una constante huida, dibuja el devenir civilizado. La “provincia” es el *síntoma lacaniano*, es la distancia que separa a “La Capital” de sí misma. Es la brecha que impide que el círculo de la perfección se cierre y de origen a la ciudad cosmopolita, metropolitana, culta, artística, etc.

Quito es el constante triunfo de “provincia” que se convierte en “La Capital”. La dicotomía muestra simbólicamente el discernimiento de la ciudad, en donde, “La Capital” es ante todo una posición, es el lugar más alejado posible de la “provincia”. Ciertas maneras reniegan del calificativo y preforman el sustrato social. Prácticas como el acento y la comida se “higienizan” en la constante huida que comporta esta lectura de la sociedad. El espacio público recrea esta dicotomía, ya que en la medida en que todo esta sujeto de ser “provincia” opta por la supresión del sustrato común, a favor de una sociedad privada y exclusiva no sólo en términos económicos sino también culturales. La discriminación en Quito no opera en contra de un contingente social definido, opera en contra de la parte susceptible de recordar a la “provincia” que potencialmente tiene cada uno de sus habitantes. Esta discriminación introspectiva resulta nefasta para las relaciones sociales ya que trastoca el espacio público en un espacio jerarquizado e ineficaz. Las dinámicas sociales, se marcan entonces, por una movilidad conflictiva en los sustratos sociales. No evidenciamos aquí a grupos de personas enfrentadas, sino a personas enfrentadas consigo mismas bajo la figura de una identidad fragmentada.

La campaña por la paz de Michelle Oquendo Sánchez

La política es, para Jacques Rancière, una relación que se lleva a cabo en la representación estética de la sociedad. Ante la evidencia de una brecha existente entre la realidad y el discurso que da cuenta de ella, el autor propone, situar la lucha política en

este escenario. La idea de comunidad tiene que ser expresada necesariamente mediante el lenguaje, y al ser el lenguaje el mínimo común que se comparte entre los sustratos sociales, define posiciones de mando y de obediencia, sitúa a los cuerpos en funciones específicas y; propone una versión discursiva de la sociedad que, aunque abstracta, cala en la organización real y en el funcionamiento de la sociedad. El recuento de la sociedad mediante el lenguaje tiene, sin embargo, ciertos dogmas que lo vuelven efectivo. El primero presupone que en el *círculo de la palabra* existen dos tipos de personas, aquellas que tienen conocimiento y discurso y aquellas que tienen tan sólo voz nuda y cotidiana. Un grupo siempre esboza su versión discursiva de la sociedad en detrimento de otros grupos que, bajo esta clasificación, quedan invisibilizados¹⁷. Para ilustrar esta argumentación analizaremos un ejemplo que descubre relaciones conflictivas al seno de la representación de la sociedad.

“La campaña por la paz de Michelle Oquendo Sánchez” es una iniciativa que tomó la emisora de radio “Visión” en la ciudad de Quito, a partir del asesinato del ejecutivo Francisco Espinoza Álvarez en la vía que conecta al norte de la ciudad con el valle de Cumbayá y Tumbaco. Radio Visión es, como veremos a continuación, una emisora que reclama la representación de la “clase media ilustrada”¹⁸. Su trabajo editorial gira en torno a denunciar los excesos y desaciertos de la administración gubernamental, al tiempo, que ofrece programas de tinte cultural y artístico. La iniciativa, que surgió ante esta irrupción de violencia en la cotidianeidad de la ciudad, consiste en pequeños mensajes que, en la voz de: niños, profesionales, artistas, deportistas, etc. se pasan al aire con la enunciación de pequeños compromisos por la paz. Así, tenemos por ejemplo que: María, una niña de 12 años, se compromete por la paz a no pelear con su hermanito y a obedecer a sus padres; Juan, artista de 35 años, se compromete por la paz a mostrarse más tolerante con su familia y a respetar a los peatones mientras conduce. La lista sigue, de la misma manera, pasando por las voces de psiquiatras, abogados, ciclistas, poetas, médicos, entre otros, que asumen pequeñas responsabilidades, en su día a día, para apoyar a la consecución de la paz.

¹⁷ Jacques Rancière, *El tiempo de la igualdad*, Herder, Barcelona, 2011

¹⁸ Nombre que evidencia la construcción estética que una porción de la sociedad quiteña ha proyectado sobre toda la comunidad. Clase media al ser un concepto de la social-democracia de posguerras en Europa, refiere a una comunidad mayoritariamente homogénea en términos económicos que presupone que la pobreza y que la riqueza se encuentran en los percentiles más alejados de la sociedad. Este apelativo refiere a una ciudad homogénea económicamente y además se ha cultivado en las máximas del conocimiento y arte que se han planteado desde la Ilustración.

Esta campaña resulta interesante para pensar la publicidad en Quito por dos razones principalmente. La primera; que desde la línea de Rancière, en donde se plantea la noción de *policía* como “la actividad que organiza la reunión de los seres humanos en una comunidad y que ordena la sociedad en términos de funciones, de lugares y títulos que deben ocuparse”¹⁹; nos presenta a la emisora de radio como un agente calificado para clasificar a la sociedad. Un *portavoz* que, una vez situado en el circuito de la palabra, nombra los límites simbólicos de la ciudad. La segunda razón refiere al mito liberal por excelencia que recubre y fundamenta esta campaña. El mito de la comunidad democrática.

Radio Visión inyecta en el imaginario quiteño la figura de la “clase media ilustrada” a través de una versión discursiva que muestra una porción de la sociedad compuesta por personas que, en base a su sensibilidad y competencia profesional, reclaman para sí el monopolio del sentido común. La legitimación de este discurso y del *recuento de la sociedad* que implica, se fundamenta en la evidencia mediante la cual la opinión común se representa esta porción social que en, base al cultivo de su discernimiento, enuncia la topografía oficial de la ciudad. La radio como portavoz, en este caso policial, emite sus juicios, acerca de lo “común”, bajo la figura legitimada de la opinión ilustrada. Y en vista de la construcción de este derecho, sus conclusiones y aproximaciones a la realidad sufren lo que Rancière ha denominado la *enfermedad de la escritura*²⁰. Esto quiere decir que su discurso está avalado *a priori* por la estructura que lo enuncia. Ya no enfrentamos aquí a la *palabra viva* que por medio de las operaciones del sentido común lucha por objetivarse, tratamos con la objetivación de lo común que se ha legitimado antes de enunciarse. “La campaña por la paz” es efectiva en la medida en que viene garantizada por el puesto que ocupan sus promotores en la repartición simbólica de la ciudad. Esta estática presente en el discurso policial de la *parte que tiene parte* en el pensamiento de Rancière, o, desde Barthes, en la *burguesía* que reclama valores universales en términos míticos atemporales. Ha desembocado en un regreso triunfal del esencialismo y en una configuración simbólica de la ciudad que vuelve estéril el espacio público.

En otros términos, la radio no representa una voz aislada, representa el eco del discernimiento de una porción de la comunidad que reclama para sí el derecho de la clasificación social. Los procesos performativos bajo los cuales el discurso de la

¹⁹ Jacques Rancière, *El tiempo de la igualdad*, Herder, Barcelona, 2011, Pág. 74

²⁰ *Ibíd.* Pág. 71

emisora –que enuncia la existencia de una clase media ilustrada– se percibe por la opinión común como evidente, van desde: la autoridad que el nombre y la profesión de los locutores infunde en la sociedad mediante la red de relaciones políticas específica de la ciudad; hasta los procesos comunes a todas las dinámicas de los “mass-media”.

Tenemos, entonces, que la radio crea una versión de la sociedad que es asimilada por grandes porciones de la comunidad como evidente y verdadera. La clasificación nunca se cuestiona como una construcción histórica sino que se entiende como una fiel representación de *lo real*. Esta representación enuncia un discurso que ya no precisa de una argumentación dinámica puesto que es asimilado, en un solo movimiento irreflexivo, por la opinión común.

Ahora bien, en el caso de Quito, como en el de todas las comunidades, los contenidos de lo “políticamente correcto” no responden necesariamente a un proceso intelectual de aproximación a la realidad, al contrario, son grupos semánticos que varían en función del tiempo y de la acogida que reciben, por parte de ciertos *portavoces* claves en la comunidad, quienes se conforman en los estandartes del sentido común.

Según Barthes, estas construcciones, invisibilizadas bajo la obviedad del lenguaje, componen no tan sólo la lengua cotidiana sino, también, grandes porciones de supuestos históricos, ideales políticos y estructuras morales. En Quito, Rancière nos permite interpretar el papel decisivo que tienen quienes reclaman el derecho de la clasificación de la sociedad, en este caso: la emisora “Radio Visión”. Barthes por otro lado, nos brinda las herramientas necesarias para desarticular los mitos que pueblan la infinita amalgama de supuestos con los cuales la opinión común se representa la realidad. Desde esta línea, nuestro interés se centra en la develación del mito que esconde la “campana por la paz” y; en la comprensión de los efectos que ocasiona, en la comunidad, el que se lleve a cabo por un *portavoz* autorizado en el *circuito de la palabra*.

“La campaña por la paz de Michelle Oquendo Sánchez”, es lo que Barthes llama una *vacuna*, “la inmunización del imaginario colectivo por medio de la inyección de un mal reconocido”²¹. Dicho de otra manera, la reacción de la opinión común de la ciudad ante un hecho violento resulta en la más primitiva de las simbolizaciones, la liberal.

La violencia, es presentada aquí, como el resultado de la mala disposición individual para adoptar la voluntad moral de actuar en pos de la paz. Esta simbolización presupone la noción liberal de la sociedad, en donde cada individuo está suspendido en un sustrato

²¹ Roland Barthes, *Mythologies*, Éditions du Seuil, Paris, 2001, Pág. 225

infinito que, al no tener bordes, depende únicamente de la agregación aritmética (y no geométrica) de las voluntades. La sociedad individual carece de forma pues su abstracción no puede leer más que combinaciones binarias de la realidad.

Cualquier aproximación teórica a la violencia presupone la representación de una sociedad orgánica en donde las dinámicas son estructurales. La violencia tiene, necesariamente, un contexto histórico y geográfico y, sin embargo, se presenta por medio de esta campaña como una opción.

La campaña por la paz no tiene una conexión lógica con el verdadero fenómeno de la violencia, al contrario de sus intenciones, agrava el conflicto pues neutraliza cualquier iniciativa común de acción o reflexión, al seno de la comunidad, al brindar la ilusión de ocuparse públicamente de estos acontecimientos. La ideología liberal, encargada de exacerbar la noción del individuo, nunca comportó una construcción seria de la noción de la sociedad. Por lo tanto, la imagen infinita del sustrato que sostiene al individuo liberal, no es más que el excedente necesario de un discurso que nunca se ocupó de representar nada más que al sujeto como unidad. La *sociedad* como noción, es un efecto no deseado de la doctrina liberal pues es un presupuesto accesorio que resulta incompleto y necesariamente contradictorio con la imagen del *individuo*. A nivel teórico e ideológico, sólo existe *individuo* en detrimento de *sociedad*. Entonces ¿qué significa que la emisora encargada de garantizar la existencia de la “clase media ilustrada” en Quito y de tener autoridad en la clasificación policial de la comunidad, maneje una representación tan primitiva de la sociedad? En primer lugar, es importante anotar que no enfrentamos aquí a un manejo cínico de las representaciones sociales en los medios, enfrentamos los resultados de la fragmentación que ha seguido rampante la ciudad de Quito y la desembocadura necesaria en la privacidad como sublimación del espacio público por parte de *los que tienen parte*. Asistimos al espectáculo de la letra inmóvil, de la ley y de los límites como reemplazos del razonamiento. Sin embargo, esta versión representativa de la sociedad es dañina pues fomenta, sin ni siquiera saberlo, la brecha que entablan los ciudadanos entre ellos y nos muestra un panorama pesimista para la ciudad de Quito. Rancière afirma que “el paradigma sociológico se creó en reacción contra la democracia. Siguiendo la convicción de que el cuerpo social estaba roto, desecho por una palabra que circula de manera ilegítima, este paradigma se constituyó mediante la idea de repensar el tejido social con la intención de volver a encontrar una suerte de unidad del individuo y de la colectividad a partir de la creencia que expresa el

vínculo de la comunidad”²². La sociología, a falta de un cuerpo articulado que practique el razonamiento de manera pública, debe profundizar la búsqueda y neutralización de estos *portavoces* que por medio de su ingenuidad ofrecen una clasificación ineficaz y fragmentaria de la comunidad.

Cumbayá, Señor, Cumbayá

El valle de Cumbayá presenta un escenario privilegiado para entender el paradigma de crecimiento urbano que esta siguiendo actualmente la ciudad de Quito y que probablemente ha seguido desde los inicios de los años setenta. Resulta interesante, ya que condensa en una imagen, o mejor dicho en un recorrido, muchos presupuestos que, basados en convenciones sociales, rigen la disposición del espacio y dictan las prácticas que en él se realizan. Podríamos abordar el fenómeno desde la perspectiva que muestra al valle como el destino de todo un contingente social que, en base a su capacidad económica, ha buscado un lugar alejado de la ciudad, que cumpla con todos los requisitos que implican las maneras modernas de habitación. Cumbayá se puede interpretar, entonces, desde la promesa de la *Villa Saboya*, en donde el automóvil, la privacidad y el aislamiento conceden la comodidad en su grado más sofisticado. Sin embargo, si miramos con atención, descubriremos en la disposición y en el uso de los lugares que componen el valle, una problemática más interesante. ¿Cómo el estrato con más poder adquisitivo de la ciudad se representa lo público? En palabras de Rancière ¿cómo *la parte de los que tienen parte* en el recuento de la sociedad esboza lo común? ¿qué nos dice la situación de los lugares en Cumbayá acerca de su vida pública? Para intentar responder a estas preguntas, es necesario anotar que desde esta perspectiva, Cumbayá, resulta útil para nuestros propósitos por ser el polo más nuevo de expansión urbana de la ciudad y; no solamente por albergar una porción social calificada como “alta”. La disposición y el uso que se ha destinado a los diferentes lugares que componen la parte habitada del valle, lleva sedimentado el discernimiento con el cual se ha afrontado el problema de lo público. Aquello que resume la relación que los habitantes entablan entre sí, está plasmado arquitectónicamente en los recorridos y en los espacios que se han destinado para cada actividad. Muchas veces, cuando se habla de Quito y; especialmente de las zonas residenciales, se pone el acento en la

²² Jacques Rancière, *El tiempo de la igualdad*, Herder, Barcelona, 2011, Pág. 59

desigualdad económica que se hace patente en los contrastes presentes en la cohabitación de grupos sociales con diferentes poderes adquisitivos. Empero, en este caso quisiera llamar la atención sobre indicadores distintos que si bien, muestran de igual manera una realidad desigual, lo hacen en dimensiones poco exploradas pero fundamentales para representar las dinámicas de una comunidad. Los lugares en Cumbayá se pueden agrupar en dos grandes conjuntos, por un lado, a manera del tronco de un árbol, tenemos la vía de acceso al valle que esta circundada por comercios, restaurantes, supermercados, ferreterías, gasolinera, etc. Y por el otro, como grandes ramas, existen conjuntos de urbanizaciones privadas, casas, edificios, etc. Aquello que podemos interpretar de esta disposición de los lugares es que el espacio visible del valle se reserva al aprovisionamiento de la vida privada. En otras palabras, el consumo juega un papel protagónico en la vida común del valle y fuera de compartir estos grandes galpones de provisiones, muy poco queda reservado para los habitantes hacia la autentica vida pública. La diferencia entre la esfera pública y la privada es cualitativa ya que lo doméstico se encarga de perpetuar la vida. La labor del hombre obedece a la lucha perenne en contra de las constricciones propias del ciclo vital y la necesidad es la eterna tensión inherente al hecho mismo de estar vivo. La esfera pública, por el contrario, es el espacio que permite el acontecimiento de lo social, es la esfera en donde los ciclos naturales se rompen y la libertad de la persuasión y el razonamiento se da. Cumbayá desde esta línea de pensamiento no provee lugares destinados a la espontaneidad necesaria para que sus habitantes se relacionen entre sí. El gran tronco de comercio que guía hacia las urbanizaciones y que puede confundirse con espacios sociales dicta, desde los planos, el título crónico de cliente que llevan los habitantes del valle. Es curioso que sea justamente un canal entre galpones de provisiones aquello que guía al visitante hacia los espacios de vivienda, puesto que este modelo se reproduce muchas veces en las carreteras del país, en donde es la vía y su tránsito aquello que da lugar a pequeños poblados dedicados al comercio de víveres y demás artículos necesarios para, en el primer caso, adentrarse en el campo o en el litoral y en el caso de Cumbayá para vivir en una comunidad completamente privada. Los dos ejemplos tienen en común la austeridad que presupone la vida sin un entramado social cotidiano y ambos comparten la precariedad de la actividad pública, que limitada al consumo de alimentos, medicinas, vestimenta, herramientas, etc. concede un espacio marginal a la relación entre los hombres. En otras palabras y sin recurrir a metáforas, no existe diferencia lógica entre la compra de un botellón de agua en El Progreso en Santa

Elena y la de una botella de champagne en el *delicatessen* de Cumbayá. Formalmente la relación entablada con el espacio común, como mero lugar de distribución, es análoga. Ahora bien, la habitación de las ramas de Cumbayá instaure toda una moral alrededor de la propiedad. La noción de “inseguridad” es, ante todo, una construcción semántica que precede a cualquier acto delictivo. Pues de la misma manera en la que los celos solo pueden confirmarse pues no responden a la traición sino a las dinámicas del deseo, la inseguridad instaure un ambiente de paranoia en el cual la justificación de cualquier acto siempre esta conjugada en tiempos hipotéticos. Las ramas de vivienda se enfocan patológicamente en la privacidad. Por ejemplo, no es que Cumbayá carezca de parques o de canchas deportivas, simplemente resulta que estos espacios están atravesados por una versión tan distorsionada de la seguridad y una exacerbación tal de la propiedad, que cualquier posibilidad de vida social resulta estéril. El valle de Cumbayá esconde, tras la aparente patencia de la comodidad, las relaciones estructurales que condenan la cotidianeidad de sus habitantes al eterno retorno de los ciclos domésticos. La posibilidad del momento social como aquello que transgrede la fatalidad de los ciclos de vida y la ineluctable dinámica laboral, se encuentra de entrada negada por la disposición del espacio. Por otro lado, la ilusión que suscita la aproximación cuantitativa a la noción de “calidad de vida” parece sugerirnos que el espacio que lo público ocupa en el día a día de las personas es accesorio y se ve, de cierta manera, satisfecho en las practicas de consumo. No pretendo por esto afirmar que no existan momentos sociales en Cumbayá, lo cual resultaría absurdo, simplemente busco enfatizar el hecho de que espacialmente las relaciones específicamente humanas están supeditadas a lógicas de consumo que no pueden, estructuralmente, suplir necesidades sociales. La comodidad no es más que una forma sofisticada de supervivencia. De hecho, indicadores como la soledad y el anonimato abren ante nuestra problemática una nueva aproximación hacia la vida en común, hacia el espacio público y hacia la “calidad de vida”. No se trata aquí de medir económicamente un contingente social en base a la seguridad de su supervivencia, se trata de enfocar aquellos campos que -inconmensurables ante la mirada cuantitativa- son en último término aquello que tenemos de específicamente humano. Cumbayá comprende una versión utilitaria de la vida, comprende, también, una aproximación liberal de la sociedad y desconoce, en su recorrido, el papel fundamental y específico del espacio público.

Patrimonio y turismo

El 8 de septiembre de 1978, la ciudad de Quito, junto con las Islas Galápagos, fueron declarados por la UNESCO “patrimonio cultural de la humanidad” y “patrimonio natural de la humanidad” respectivamente. El centro histórico de la ciudad se ha considerado “el casco colonial más grande y mejor preservado de Latinoamérica” y la situación geográfica del valle que alberga a Quito, junto con atractivos históricos y culturales, le han valido el tan preciado título. Ahora bien, ¿qué relación tiene esta presea con el espacio público? Comenzaremos anotando que la declaración de la ciudad como un bien preciado, no tan sólo para sus habitantes sino para el conjunto de la humanidad, reconoce, por medio de una organización internacional, el valor intrínseco de la ciudad. Reconoce, también, que el conjunto de edificaciones y dinámicas sociales, que se han plasmado en Quito a través de la historia, resulta valioso para la memoria colectiva de sus habitantes, del país y del mundo entero. Este título, sin embargo, pone en evidencia que la responsabilidad del mantenimiento arquitectónico y cultural de la urbe rebasa las decisiones locales ya que instaura una legislatura que regula el devenir espontáneo de Quito. Muestra de esto es que en la página virtual del Ministerio de Patrimonio exista una sección destinada a “preguntas frecuentes” en donde se detallan procesos a seguir en caso de tener dudas con respecto a las acciones que se pueden llevar a cabo alrededor de los “bienes patrimoniales”. Preguntas del tipo “¿Qué debo hacer si tengo un bien patrimonial?, o, ¿puedo comercializar un bien patrimonial?”²³ encuentran respuestas normativas enmarcadas en las regulaciones internacionales. Esto significa que las decisiones acerca del espacio, que se ha declarado patrimonio, son compartidas por los habitantes de la comunidad que lo ocupa y por cánones internacionales de desarrollo y de conservación urbana. En el caso de Quito, está híbrida matriz de decisión desembocó, en el mandato del Alcalde Paco Moncayo, en una interpretación coercitiva de las leyes que desconoció los usos cotidianos del centro histórico y mediante procesos de gentrificación desplazó a comerciantes ambulantes, expendedores de alimentos y locales comerciales, favoreciendo reappropriaciones “culturales” y turísticas del espacio. El título “Quito, patrimonio cultural de la humanidad” es la versión técnica y apostillada de apelativos del tipo “Quito, carita de Dios” que antaño buscaban, en una imagen, representar el valor de la ciudad para propios y extraños, solidificando sentimientos de identidad por un lado y despertando

²³ <http://ministeriopatrimonio.ezn.ec/es/que-es-el-patrimonio>

interés y curiosidad por el otro. Los procesos mediante los cuales esta representación de la ciudad se asimiló en Quito, pusieron de manifiesto el discernimiento que pretende la prevalencia del espacio arquitectónico por sobre las prácticas culturales y las dinámicas sociales de sus ocupantes. Podríamos discurrir acerca del papel que juega la cotidianeidad desnuda y sin adornos de los habitantes del centro histórico en el significado de Quito, sin embargo, será mejor deducirlo de los cambios simbólicos que comporta la titulación patrimonial y turística del espacio. El patrimonio, en nuestro medio, se ha caracterizado por insertar a los lugares que inviste en una dimensión estática que reniega la vida diaria de sus ocupantes. La majestuosidad de las iglesias del centro, las calles que las circundan, los museos y las grandes casas históricas, cumplen un papel en la identidad de la ciudad, empero, en base a la mirada patrimonial, lo hacen desde una dimensión emblemática y ya no cotidiana. El turismo hace lo mismo pero en lugar de canonizar los espacios, los mercantiliza. Esto quiere decir dos cosas: en primer lugar, una persona no puede relacionarse con el espacio patrimonial sino bajo la relación de la contemplación y en segundo, tampoco puede relacionarse con el espacio turístico de otra manera que no sea la del consumo. Esto no implica que no exista dinámica social en estos espacios; implica que bajo la construcción estética de la sociedad que se ha llevado a cabo bajo estas premisas: los lazos cotidianos establecidos por los habitantes entre sí, los lugares en donde se relacionan, comen, se conocen, se enamoran, etc. se invisibilizan debido a que resultan indiferentes ante los supuestos que dictan el devenir de la ciudad. Esta extirpación quirúrgica sufrida por los lugares al ser removidos de su contexto mundano, revela una incompreensión de la constitución misma de la ciudad. Dicho de otra manera, la utópica pretensión de poblar los lugares con personas sensibles ante la importancia cultural e histórica del espacio y; la burda tendencia a llenarlo de turistas, denotan el rechazo de la patencia de las prácticas sociales propias de la ciudad. Esta perspectiva, producto de las taras presentes en nuestra matriz histórica, recrea la práctica que, en los inicios del siglo XX, llevaba a cabo la revista “Quito a la vista” en donde los indígenas eran borrados mediante técnicas de revelado de las fotos que se presentaban²⁴. Aquello que acontece cíclicamente en la ciudad y que se marca por los ya problemáticos tiempos laborales, se esconde tras la búsqueda frenética de la metrópolis, de la capital, de la cosmópolis y demás términos rimbombantes que denotan no solamente el esfuerzo por constituir una ciudad ficticia en el imaginario social sino la

²⁴ <http://antropologiavisual2010.blogspot.com>

incomprensión de las estructuras formales que dan origen a la comunidad en su dimensión tanto práctica como simbólica. Si bien toda representación social es en último termino una disposición estética de las partes que la componen, en el caso de Quito, esta construcción (y por lo tanto su acontecimiento) carece de elementos imprescindibles para cerrar el círculo de su representación. Ya no es el indígena a quien se ha borrado del mapa, es a toda la esfera pública cotidiana que, bajo la ilusión del desarrollo privado, desconoce las diferencias insalvables entre las dos esferas. En otras palabras, la sensibilidad para la contemplación y el discernimiento artístico y “cultural” que supone el destinatario de la ciudad simbólica que se plantea Quito, precisa de un entramado social dinámico y saludable que pueda permear estas experiencias y darles sentido. Huelga decir que el entramado social saludable merece más atención que la cúpula ficticia cultivada. Las pretensiones implícitas en estos discursos no son discriminantes, son incongruentes ya que los destinatarios del espacio público resultan siempre difusos, siempre ausentes y su llegada se espera como se espera a Godot, en el aletargamiento infinito del anhelo.

El currículum vitae de Hillary Hahn

Pocas esferas de la acción humana guardan relaciones tan férreas como las entabladas entre el arte y la necesidad. Los ciclos de supervivencia están, ante la actividad artística, siempre satisfechos. Puesto que, es prerrogativa de la interpelación estética la existencia de una conciencia liberada del ritmo acuciante del hombre en tanto ser vivo. El arte, sin embargo, no responde a una actividad suntuaria, ni a una esfera dedicada al disfrute solamente. Al contrario de lo que se puede pensar, el arte es, principalmente, conocimiento. Conocimiento, empero, liberado de las premisas inamovibles de la ciencia, que gracias a su constitución, nos relaciona con el mundo desde un arsenal infinito de representaciones. Cada obra plantea su propio marco discursivo y es el espectador, mediante sus emociones, quien completa la experiencia y da sentido al acontecimiento. El arte, ante todo, es un momento y precisa de la interpelación para llevar a cabo su propósito. La obra, siempre está incompleta, y tan sólo mediante la mirada conmovida del espectador, logra consumir su designio.

La cultura, por otra parte, tiene a grandes rasgos, dos acepciones en dos dimensiones distintas: aquella que refiere a todo el conjunto de la actividad humana, en oposición al acontecer natural y; en otra escala, la que relaciona a ciertas prácticas sociales con grados de sofisticación, de cultivo. Ahora bien, la actividad artística -por su requisito- constituye la esfera culta por excelencia. Al proveer experiencias que escapan a la satisfacción de los meros sentidos y; al presuponer la ruptura con los tiempos de Sísifo que marcan la condición del hombre. El arte, representa una esfera diferenciada que escapando al ritmo cotidiano, nos conecta emotivamente con el mundo, y se constituye cómo la actividad más culta, la más humana. Dicho esto, ¿qué relación tienen estas premisas con el espacio público en Quito? ¿qué puesto ocupa el arte y la cultura en la ciudad imaginaria y concreta?

Pues, la respuesta no es sencilla. Precisa de especial cautela debido a que muchas veces estas problemáticas se abordan desde una perspectiva moral que plantea un dilema que pone el acento en el acceso a la “cultura”. Normalmente, el tema gira en torno a preguntarse quien tiene la posibilidad de relacionarse con el arte y quien no. Quien posee el capital económico y simbólico para permitir el acontecimiento artístico y quien, en función de sus ingresos y de su educación, se ve relegado al ostracismo y a la ignorancia. En este caso quisiera matizar la pregunta y; quisiera llamar la atención sobre el puesto indiscutido y dogmático que ocupa el arte, la “cultura”, la contemplación y la sensibilidad en la construcción del significado de Quito y por ende en la función que se le dedica desde la planeación del espacio público.

Para este propósito, es importante diferenciar del momento artístico, los usos sociales y políticos que se le pueden destinar. La relación entre la obra y el espectador, no exonera al arte de ser un elemento activo en la distinción social. Tampoco, la estructura interna del momento artístico, presupone garantía moral de ningún tipo. Por un lado tenemos el arte y por otro, su concreción en contextos históricos y geográficos definidos.

En el caso de Quito, es común que todo lo relacionado al arte, a la cultura, a la contemplación y a la sensibilidad se asocie con nociones “humanas” de crecimiento. El paradigma que la ciudad maneja en la actualidad y el discernimiento que podemos inferir de algunos de sus *portavoces*, sugiere que a la

par del progreso utilitario, tecnológico y frío; se encuentra uno más espiritual, más humano y más correcto, el arte y la cultura.

Quito tiene una privilegiada relación con el arte, espacios como: la Casa de la Música, el Teatro Sucre, el cine Ocho y Medio, sus museos, etc. no pudieron haber acontecido en ningún otro lugar del país. El proceso histórico que conformó las élites de la ciudad, también permitió que para ellas el arte ocupara un papel protagónico dentro de sus maneras cognoscitivas, tanto en su formación crítica como en sus dinámicas de distinción. Lo que nos interesa, sin embargo, es delimitar el papel que, actualmente, juega el arte en la dotación de significado de Quito. Para este propósito, debemos citar un evento que ilustra, bastante bien, la intención que el discernimiento de la ciudad le confiere al arte.

El 15 de septiembre de 2012 se presentó, en el Teatro Nacional Sucre, la violinista de élite mundial Hillary Hahn. El concierto se desarrolló sin más percances que unos pocos aplausos a destiempo y el sonido escandaloso de un celular. No obstante, aquello que me interesa es el artículo elaborado en torno a la visita de la violinista. En su edición conmemorativa por la celebración de los 125 años del Teatro Sucre y a manera de publicidad, su revista presentó una breve reseña de quien era Hillary Hahn y del concierto en el cual iba a presentarse. El artículo, tras dos líneas de escasa presentación, reza simplemente que la carrera de Hillary:

“viene avalada por el reconocimiento internacional de 2 premios Grammy, Diapason D’or of the year (Preis der deutschen Schallplattenkritik) otorgado por la crítica alemana, Classic FM, Gramophone Artist of the Year (2008), entre otros (...) ha trabajado con la Orquesta Sinfónica de Baltimor, Orquesta Filarmónica Radio France, de Netherlands Radio, La NDR Radiofilarmonie de Hannover, la Royal Scottish National Orchesta, Camerata Salzburg y Pittsburgh, así como con las orquestas (...)”²⁵

El texto continúa en una enumeración monótona de los lugares en los que la violinista ha “trabajado” y que “avalan” la *gestión* de su concierto en el Teatro Nacional Sucre. Esta presentación, que carece de sintaxis gramatical, muestra una curiosa aproximación de tinte laboral, incluso administrativo, al fenómeno por medio del cual la ciudad planea un espectáculo artístico. Llama la atención que una de las oraciones esté repetida, en alemán y luego en español, como buscando en la exotividad del idioma rasgos de elegancia y majestuosidad asociados siempre al

²⁵ <http://www.teatrosucre.org/revista/2012/septiembre2012/index.html>

respeto que influye el desconocimiento. El sinónimo que se entabla entre la autoridad de *letra muerta* presente en la lista de premios y orquestas y; la ausencia de una sola reflexión hacia la artista o hacia las singularidades de su interpretación. Sólo pueden decirnos que, en el mejor de los casos, la ciudad no se relaciona con el arte tan casualmente como se relata en las emisoras de Radio, en los periódicos, en las agendas culturales y en la opinión común. Entonces ¿qué papel juega el arte en el significado de Quito? ¿porqué esta búsqueda frenética por lo *cultural* y lo *artístico*? La respuesta a estas preguntas es necesariamente interpretativa, sin embargo, nos permitirá desarrollar ciertas líneas de reflexión acerca del espacio público en Quito. En primer lugar es importante anotar que, lamentablemente, lo artístico se ha dogmatizado en materia de administración estatal como un componente indiscutible en los espacios públicos. El arte forma parte de la aproximación “políticamente correcta” al *ocio de diseño* desde la planificación para la ciudad. Esto quiere decir que: la dimensión cotidiana del espacio público no se diferencia de la dimensión ritual del arte. Al contrario se ponen las dos en el mismo nivel y en el caso de Quito se toma partido por la que se muestra más “cultura”. El error radica en la incomprensión del papel diferenciado que en la vida social juega cada una de las esferas y; pone de manifiesto la poca estima que se tiene por el día a día de sus habitantes. Esta mezcla de dimensiones, por ejemplo, da por resultado que Quito tenga un bulevar contemplativo (rasgo que seguramente compartimos tan sólo con Florencia en Italia) y carezca de comida popular de calidad. En segundo lugar, esta arremetida cultural, tiene por objeto el de moldear para el futuro el gusto de la ciudad. Se busca refinar por medio del arte el porvenir de Quito, lo cual también, deja al descubierto una “voluntad civilizadora” que a manera de una evangelización secular desconoce la vida cotidiana patente en las practicas de la ciudad. Esta canonización del arte y la mala comprensión del sustrato de la vida social, implica la errónea idea de que la “cultura” es una sola y debe ser importada a toda costa. La ciudad, desde su administración y entusiasmo en relación a este tema, se yergue como un espejo desfasado de las élites, recreando una zalamera oda al arte y un perenne denuesto a la vida marcada por la necesidad. No hay relación lógica entre el arte y la vida cotidiana, entre la “cultura” y la cotidianeidad. Al contrario, la cotidianeidad de la ciudad si comporta una cultura específica, que en el caso de Quito esta reservada a

las veredas que lindan las hostiles vías y que representan en el imaginario de la ciudad un excedente de mal gusto, un mal momentáneo, un espacio de transición. Las esferas de la vida diaria y el arte son antónimas necesariamente, cada una ocupa un lugar específico y la presencia de una no comporta lógicamente la de la otra. Sin embargo, la consolidación de la vida laboral y cotidiana como: un espacio público basado no en ideales sino en las prácticas que se han sedimentado en la ciudad a lo largo de los años. Da por resultado el fortalecimiento del tejido social que, si esta bien servido en sus necesidades más básicas, talvez algún día tenga la oportunidad de desarrollar un discernimiento artístico que rompa la esfera privada y, como la cereza que adorna el pastel; muestre la salud de la ciudad pública.

El Quito que queremos

“El Quito que queremos” es la frase que ha sido escogida por la alcaldía para presentar, en los medios de comunicación, la gestión que su administración ha llevado a cabo desde el 1 de agosto de 2009. Lejos de buscar una figura que satisfaga la necesidad que tiene la opinión común de destinar todos los denuestos sociales hacia la autoridad, la alcaldía nos interesa en la medida en que ha condensado en su eslogan una idea que circunda los discursos que preforman la ciudad. Dentro de la lucha estética por la clasificación de la sociedad, el espacio público está en Quito, siempre conjugado en tiempos futuros. Esto se debe, en parte, a que la acción administrativa de la ciudad busca legitimarse, a través de una perspectiva utópica, en las nociones clásicas de progreso y desarrollo que han caracterizado los discursos políticos, no tan sólo del país, sino del paradigma liberal en la política. Sin embargo, en “El Quito que queremos” inferimos parte del papel que ocupan las prácticas cotidianas de la urbe en el imaginario social. En primer lugar, el eslogan, muestra una discontinuidad entre la ciudad actual y la ciudad futura. Entre la ciudad patente y la ciudad soñada. Al signar todas las iniciativas culturales y administrativas, esta frase, sugiere que el Quito que tenemos no es precisamente el Quito que queremos. Esta idea, por simple que pueda parecer, descubre la brecha que la ciudad establece simbólicamente con relación al espacio público. La vara que mide a la ciudad futura es la carencia de la ciudad actual, por lo tanto, la cotidianeidad ocupa un lugar vacío, que en el discernimiento que otorga

significado a Quito, se transforma, en el mejor de los casos, en un lugar hipotético. El Quito que tenemos está marginalizado desde el discurso, ya que desde este punto de vista, las dinámicas sociales siempre resultan excedentarias, temporales e inacabadas. Los habitantes de la ciudad resultan, de la misma forma, objeto de una voluntad de cambio injustificada. La relación que establece la comunidad con sí misma, esta invisibilizada bajo la forma trastocada de la promesa, aquello que día a día se ha sedimentado alrededor de sus maneras y acciones se desconoce ante la opción ficticia del “cambio”. La brecha que se ha instaurado en el discurso sobre lo público en Quito no busca la transformación del espacio ni la optimización de su manejo solamente, pretende la reconfiguración de sus ciudadanos, bajo el supuesto de que la relación que establecen con su entorno y entre sí mismos, es perfectible. La imagen de Quito como una perenne utopía suprime el presente y niega la posibilidad del acontecimiento social ya que desde una perspectiva desfasada lo sitúa en el futuro. *La parte de aquellos que tienen parte* en el recuento de la sociedad, desconoce no tan solo a un contingente social, sino a toda una esfera de la acción humana. En Quito, entonces, la discriminación resulta difusa ya que plantea la imagen de un ciudadano abstracto, un ciudadano sensible y cosmopolita que se relaciona con lo común desde la contemplación y ya no desde los usos cotidianos del espacio. Huelga decir que la esfera contemplativa y la esfera de reproducción vital son cualitativamente distintas y no pueden reemplazarse entre sí. No tratamos aquí con una lucha entre contingentes sociales, lo que esta realmente en juego, es la lucha entre dos tipos de ciudadano: el primero, cotidiano, se invisibiliza en las reflexiones sobre el espacio público, ya que, no ocupa un lugar en el discurso. Y el segundo, se anhela, atravesado por la voluntad civilizadora que, en la dotación de significados de la ciudad, pretende un cambio holístico en la sociedad. Este cambio, sin embargo, es imposible ya que presupone un refinamiento (o mejor dicho un reemplazo) de la cultura, al tiempo, que niega la existencia de sustratos imprescindibles para su aparición y reproducción en el seno de la comunidad. Dicho de otra manera, la ciudad patente en los márgenes del discurso, aquella que se desarrolla en los reductos kafkianos que han sido destinados a la vida social, se presupone como una competencia más de la vida privada; y en lugar de destinar reflexiones hacia su constitución desde la ciudad, se presume como característica exclusiva del individuo. Empero, el espacio público precisa de una construcción dinámica que asigne un papel protagónico a las funciones diarias que la comunidad plantea en torno a la necesidad. Este sustrato, si es firme, consolida tejidos

sociales, indispensables en cualquier presunción de vida pública. “El Quito que queremos” busca un cambio alquímico de los significados de la ciudad. Resume la disección quirúrgica que se opera, desde la dotación de sentido, a los tiempos diarios. El tiempo laboral se presenta estructuralmente como ajeno al trabajador, el ritmo acuciante de la cotidianeidad se muestra privado y el ocio, que se deduce de la resta de los dos primeros al tiempo total, es susceptible, desde el discurso, de “sofisticaciones” y “refinamientos”. Esta clasificación lógica del tiempo cotidiano, no da cuenta de la realidad de la ciudad, empero, moldea su devenir dejando intersticios (veredas, comedores, discotecas y karaokes) que a dentelladas son ocupados por la comunidad en la necesidad ineluctable de la relación social. “El Quito que queremos” persigue sensibilidad y mundo, olvidando, cotidianeidad y afecto. El aletargamiento infinito del espacio público como promesa comporta una sublimación de las necesidades sociales en prácticas de consumo. La vida pública se difumina en la preparación eterna para el destello social. Los gimnasios, los almacenes de ropa, la cultura gourmet y las opciones de consumo; se valen de esta dilatación para entretener a la comunidad con la misma promesa, que al ser inalcanzable, recrea los ciclos insaciables del deseo. El Quito que tenemos existe a pesar de su inasible contenido en el discurso. Y se desarrolla subrepticamente en los márgenes de la vida laboral y privada.

Vida cotidiana y vida excepcional. Espacio público concreto e imaginario

Quito es una ciudad que condensa a su rededor condiciones singulares que matizan el puesto que el espacio público ocupa en la construcción imaginaria y concreta de la urbe. Tras la interpretación de algunos *mitos* hemos podido concluir una serie de características particulares que dan forma a la opinión común que tiene palabra sobre el significado de la ciudad. En primer lugar: Quito, es una ciudad administrativa; esta modalidad torna problemática la representación cotidiana del tiempo pues abstrae los medios de supervivencia a una escala virtual. En segundo lugar: la matriz histórica colonial de la ciudad se recrea en la actualidad. Sin embargo, el giro de tuerca radica en que ya no se discrimina a un contingente social sino a un cúmulo inasible de prácticas, funciones y maneras. En tercer lugar: el espacio público está desfasado en el futuro hipotético de la ciudad, puesto que para el discernimiento que otorga significado a Quito en el presente, no

existen beneficiarios dignos de relacionarse protagónicamente. En cuarto: la representación de Quito recrea todas las taras características en la concepción liberal de la sociedad pues limita la salud de sus habitantes a la mera supervivencia y condena al círculo privado todo el desarrollo de la vida. Las necesidades sociales están, en esta clasificación, supeditadas en formas sublimadas de consumo y; las relaciones de discriminación han mutado en una *mea culpa* que condena a sus habitantes a una relación austera y anónima. El espacio público concreto en Quito resulta, entonces, en una curiosa mezcla: Grandes destellos culturales y artísticos; centros comerciales de categoría mundial y; sitios que brindan servicios dignos de sibaritas, se confunden entre parques abandonados, veredas inexistentes y puestos de comida insalubres. La brecha que el imaginario abre entre la vida cotidiana y la vida intelectual, entre lo común y lo excepcional se plasma en Quito de manera sorprendente. La primera esfera esta condenada al olvido y la segunda esta condenada a la esterilidad. Tan sólo una comprensión profunda de las relaciones que se entablan entre ambas puede permitir la aparición del momento social. El espacio público es un delicado equilibrio que se establece entre los significados de la ciudad y; su prácticas y funciones. Es la correspondencia de la memoria histórica, del estima y de la identidad que la matriz metafísica de la ciudad establece con la vida cotidiana, con el humor y con la comida. Es el día a día respaldado en construcciones abstractas. Es la ampliación de la noción de comunidad y la constante mutación de presupuestos y superación de practicas discriminantes. Quito ha llevado y lleva a cabo una dotación de significados que minan la posibilidad del espacio público. Ante esta fragmentación rampante, una mirada detenida a estos procesos resulta urgente para pensar la posibilidad de una comunidad, de una ciudad.

El espacio público en Quito. Una aproximación genealógica a la cotidianeidad de la ciudad

El presente capítulo está inscrito en la segunda parte de la investigación: “El espacio público en la ciudad de Quito. Distinción social y exclusión simbólica”. En busca de tratar problemáticas que puedan dar cuenta del espacio público en tanto constituye un complejo acontecimiento cotidiano, esta parte del documento, que aquí introducimos, persigue: la investigación y el desarrollo de conceptos relativos a la condición del hombre en las situaciones contemporáneas y urbanas de vida; y el análisis de documentos que, bajo las luces de estos conceptos, testimonien sobre las distintas etapas que ha experimentado Quito a lo largo de su historia. Esta disposición nos permitirá una perspectiva privilegiada sobre el fenómeno del espacio público en Quito, ya que por un lado nos brindará la oportunidad de esbozar herramientas teóricas que den cuenta de la realidad de la situación que deparan inherentemente las ciudades contemporáneas para las personas; y por otro, nos permitirá situar a Quito en otra época, en donde la opinión pública erigía otros temas de interés; y en donde los contenidos actuales que pueblan la discusión acerca del espacio público, se verían relativizados y banalizados por el simple hecho de encontrar contrastados los suyos, con los campos semánticos que en otro tiempo, significaban las relaciones de la ciudad. Aquello que pretendemos es un acercamiento a los matices propios y singulares que toma el espacio público en Quito, además de la creación de un sistema que nos permita significar los procesos a los que esta noción está sujeta.

En la primera parte de esta investigación, habíamos ensayado una aproximación semiológica hacia ciertas: nociones, imágenes y opiniones que llevan, en su estructura lingüística, sedimentos del proceso social de significación de las relaciones de la ciudad consigo misma. Aquello que buscábamos eran convenciones tacitas que acarrea inherentemente el lenguaje, que tras un ejercicio de interpretación, pueden resultar claves para comprender las dinámicas que adopta el espacio público en la ciudad. En aquella parte, habíamos anotado que, para nuestros propósitos investigativos, la noción de “espacio público”, más que identificada con una definición formal: clara, cerrada y concisa; referiría a un grupo de relaciones, de problemáticas y de líneas de reflexión que bajo esta noción, podían anudarse, intelectualmente, en torno a la ciudad y a las condiciones cotidianas de su acontecer.

En esta segunda parte, todavía consideramos que la noción de espacio público muestra, para propósitos académicos, su lado más fecundo cuando es abordada desde una perspectiva que evidencia su descomposición analítica en una multiplicidad de fenómenos. Estos fenómenos que, en su imbricación, dan origen al día a día de cualquier colectividad, se presentan indiferenciados en la realidad, pero pueden ser abordados desde modelos teóricos. Es por esta razón que en lugar de deducir los conceptos, que llenan las categorías abiertas por las problemáticas que giran en torno a la noción de espacio público, de las intuiciones que despertaba la interpretación de formas de objetivación del proceso social en el lenguaje y en la arquitectura, o en la opinión común, como habíamos ensayado en la primera parte. En esta etapa del documento, buscaremos perspectivas sobre el acontecimiento del espacio público de Quito desde una rejilla formada por los conceptos presentes en el pensamiento de un ensayo clásico acerca de la metrópolis. Y desde uno de los planes urbanísticos más influyentes en la dirección y caracterización del crecimiento que ha seguido la ciudad de Quito. En pocas palabras, este trabajo, propone diferenciar y desarrollar los conceptos presentes en el ensayo “La metrópolis y la vida mental” de Georg Simmel; y aplicarlos en la lectura del Plan Regulador para Quito realizado por el arquitecto urbanista Guillermo Jones Odriozola.

Los conceptos empleados en el ensayo de Simmel se produjeron en Berlín a comienzos del siglo XX, y se consideran como clásicos puesto que inauguran, y agotan en cierta medida, la discusión acerca de la nueva metrópolis y la relación que entabla con el ser humano, los retos que le antepone, las libertades que le concede y los sacrificios que le reclama. En una ciudad tan compleja y extensa como Quito, que entra dentro de categorías metropolitanas por su condición de capital de la nación, por el radio de su influencia, que trasgrede sus propias fronteras, y porque “su vida interna baña con sus olas los lugares más apartados de la arena nacional o internacional”²⁶. El hecho de que actualmente conceptos difusos, vacuos, rimbombantes y tautológicos como el de la “movilidad” se hayan fetichizado y gocen del monopolio de la discusión pública acerca de la ciudad, resulta muy triste y desesperanzador para una posible ciudad que en el futuro se vuelva genuinamente más pública. Es por esta razón que la red categorial que está presente en un ensayo clásico, en este caso en el pensamiento de Simmel, resulta especialmente interesante porque abre perspectivas muchas veces insuperadas para

²⁶ Georg Simmel, La metrópolis y la vida mental, en: Sociología 1, Revista de Occidente, Madrid, 1977, Pág. 27

observar ampliamente, en nuestro caso, la realidad de Quito, en tanto ciudad, metrópolis, capital, etc.

El Plan Ordenador de Quito realizado en 1942 por el arquitecto Jones Odriozola por su parte, se cuenta entre uno de los más influyentes en la expansión de Quito, y en la forma en la que la ciudad creció a partir de la segunda mitad del siglo XX. Su implementación fundó los complejos en donde funcionan, hasta el día de hoy, la Universidad Central y la Asamblea Nacional, previó el espacio para el parque de la Carolina y el Estadio Atahualpa pero, asimismo, inauguró la noción “de una circunscripción diferenciada como ‘Centro histórico’, y su base teórica “instaura un proceso de segregación espacial y residencial”²⁷ que solo se ha agudizado y dramatizado hasta nuestros días. Es importante anotar aquí, que para la época en la que se formuló el Plan, los conceptos de modernidad, de movimiento, de diafanidad, de individualidad, etc. No eran patrimonio exclusivo de especialistas, al contrario, constituían parte de las convenciones que se esgrimían en el discernimiento popular, de ese entonces, sobre la ciudad, y sobre su porvenir. El Plan sin embargo, y el pensamiento de su autor, son un eco veraz de estas convenciones y resultan tanto más atractivos, cuanto más descubren su pertenencia a toda una época. Muchos de sus conceptos, no son rigurosos ni sistemáticos, aunque si claramente indiscutidos por el estrellato, del que gozaban en ese entonces, en la opinión común.

En lo que refiere a nuestro objeto de estudio, es decir en términos generales: al espacio público en Quito, aquello que perseguimos es que nuestro análisis logre dotar su representación con las particularidades y las singularidades que le son propias y que caracterizan periódicamente su acontecimiento. En este sentido, el hecho de que optemos por utilizar algunos de los conceptos del ensayo de Simmel, para leer la realidad de Quito, nos permite, de entrada, plantear una primera problemática: ¿qué tanto de la sintomatología de la ciudad, en cuestiones de espacio público, es común a las características que presenta Quito y a las que presentan las metrópolis contemporáneas? ¿qué tanto es exclusivo a Quito y a su propia historia?. En esta dirección, el “Plan Regulador para Quito” formulado por Jones Odriozola, y toda la literatura que se elaboró a su alrededor (ante-proyectos, recomendaciones y revisiones, artículos de prensa, etc.), también nos permite observar a la ciudad en otra época, nos muestra la forma en la que se inauguraron cambios paradigmáticos en cuestiones urbanísticas, pero

²⁷ Dirección de planificación del Distrito Metropolitano de Quito, Plan de Ordenamiento Urbano de Quito: Proceso urbano. Un análisis histórico, Quito, 1991, Pág. 86

sobretudo nos ayuda, de cierta manera, a aislar y desprender por contraste, aquello que en el Quito contemporáneo resulta singular y único en cuestiones de espacio público. Finalmente, como habíamos dicho, este trabajo está inscrito en la segunda parte de la investigación: “El espacio público en la ciudad de Quito. Distinción social y exclusión simbólica”. Por lo tanto, muchas de las problemáticas que han guiado esta nueva etapa de investigación, surgieron en la primera etapa de este trabajo. Es por esta razón, que uno de los objetivos de este documento es, en último término, servir como un referente temporal y categorial que pueda triangularse con las otras partes de la investigación y apoyar, así, a delimitar y, de cierta manera, enriquecer el ámbito de la discusión del espacio público en Quito.

La modernidad y sus primeros destellos en Quito

Las ciudades modernas, metropolitanas, tienen en común una serie de rasgos y características que las diferencian de sociedades más pequeñas, y de versiones de urbes históricamente anteriores. El siglo XX en Europa inauguraba, no tan sólo, nuevas formas de ciudades, producto de una expansión demográfica, y una especialización profesional, nunca antes vista; Sino también, la presencia de una nueva especie de habitante de la ciudad: El urbanita. Quien se caracteriza, como afirma Simmel desde un punto de vista sociológico, por haber sido llamado a romper, en concordancia con el pensamiento ilustrado del siglo XVII, con “todas las ataduras que parten del Estado, de la religión, de la moral y de la economía”²⁸ y por haber experimentado, en el siglo XIX, una sofisticada especialización del trabajo acompañada de una continua demanda de libertad. Georg Simmel escribe en 1903 su trabajo más conocido y difundido, titulado: “La metrópolis y la vida mental”. En él se pregunta acerca de la configuración de la persona en las entonces nuevas ciudades metropolitanas y ensaya un trabajo que se propone: “buscar el significado interno de la vida moderna y sus productos o, dicho sea en otras palabras, acerca del alma de la cultura (...), busca resolver la ecuación que las estructuras como las metrópolis proponen entre los contenidos individuales y supraindividuales de vida”.²⁹

²⁸ Georg Simmel, La metrópolis y la vida mental, En: Antología de Sociología Urbana, Universidad Autónoma de México, México D.F., 1988, Pág. 47

²⁹ Ibíd, Pág. 47

En el Quito de esos años también se sentía la fiebre de la modernidad, existía una profundización del proceso de transición al capitalismo, y gracias al ferrocarril y a las obras viales, se había consolidado, en el Ecuador, un mercado nacional. Las urbes más grandes del país, Guayaquil y Quito se encontraban más integradas que nunca y se desataron importantes migraciones desde el campo hacia las ciudades. La exposición Nacional de 1892 llevada a cabo bajo el gobierno del Presidente Antonio Flores, por Francisco Andrade Marín presidente, en ese entonces, del Concejo Cantonal, se cuenta como un hito en la evolución de la ciudad hacia la modernidad: “del mismo modo que se da por inaugurada la era industrial en Europa con la Exposición de 1851, en Quito se inaugura casi medio siglo más tarde la modernidad y la dependencia tecnológica”.³⁰ Esta exposición tuvo lugar en el parque de La Alameda y buscaba, mediante concursos de fotografía, mecánica, carpintería, sastrería, entre otras labores artesanales, presentar el moderno espíritu industrial que deparaba el futuro del país. Motivada por el mismo deseo, se había extendido una invitación a la inauguración, a un grupo de delegaciones norteamericanas para que exhibieran sus maquinas y enseñaran el modo de usarlas. Paradójicamente, en aquel entonces, Andrade Marín afirmaba en el discurso de inauguración de la exposición que el Ecuador: “no tiene como los más opulentos Estados, la clase proletaria, ni su triste consecuencia, las huelgas que hoy afligen a las primeras naciones de Europa”.³¹ Si nos preguntamos por los posibles puntos de quiebre que introdujeron a Quito en las dinámicas urbanas modernas, podemos anotar que la época garciana y la época liberal tienen en común la búsqueda incansable de la modernidad del Ecuador, de finales del siglo XIX e inicios del XX, cifrada en proyectos que buscan, cada uno a su manera, la promesa del progreso. La primera, en pos de consolidar el Estado oligárquico terrateniente en base a las exportaciones de cacao, buscó centralizar el poder estatal por medio de una alianza entre las facciones de la clase dominante. Brindó un gran impulso a la banca y emprendió la construcción de obras públicas de manera planificada. La segunda, que se cuenta como la etapa de consolidación del Estado Nacional en el Ecuador, operó tras la Revolución Liberal un cambio político – ideológico sin precedentes en el país, y apuntando a ideales de progreso y modernidad, desmontó el predominio de la oligarquía clerical – reaccionaria

³⁰ Dirección de planificación del Municipio de Quito, Un análisis histórico. Proceso urbano, Quito, 1991, Pág. 52

³¹ Francisco Andrade Marín, Discurso en la inauguración de la exposición, En: Dirección de planificación del Municipio de Quito, Un análisis histórico. Proceso urbano, Quito, 1991, Pág. 52

e instituyó en su lugar a la burguesía.³² En concordancia con los ideales más altos del liberalismo, muchos han tildado a la Revolución Liberal de “transformación frustrada” o de “una traición al credo liberal” sin embargo, en palabras de Enrique Ayala: “La revolución halló sus límites en los de su principal protagonista. Es decir, que estuvo determinada por los intereses de la burguesía que no necesitaba arremeter contra la estructura latifundista de la Sierra, ni podía abolir el poder regional terrateniente”.³³ Hemos anotado estas breves reseñas pues, con el propósito de relacionar a la ciudad de Quito con los procesos que dan origen y configuran a la ciudad metropolitana, podemos concluir que los primeros atisbos de modernidad en el país tuvieron dos protagonistas: la ciudad de Quito como escenario, por un lado, y las clases dominantes estructuradas en grupos de poder económico, por otro.

Fue durante el segundo periodo de su gobierno, cuando García Moreno logró llevar a cabo la construcción de grandes obras públicas. Al ser la ciudad de Quito el símbolo del proyecto centralizador de la época, el gobierno contó entre los logros de su administración, la construcción de “una penitenciaría imponente y grandiosa, un observatorio astronómico que será el ornato más brillante de la capital”.³⁴ Sin embargo, en esos años la característica de la ciudad es que la dinámica de su vida cotidiana está signada por la convivencia de clases y usos al interior de los edificios. El día a día, en Quito, estaba aún marcado por los rasgos culturales enfrentados de sus habitantes. Lo cual desembocaba en un complejo sistema, en el cual, los intereses culturales se legitimaban cotidianamente.³⁵ Entonces, para los propósitos de nuestro análisis, ¿podemos hablar de modernidad en Quito en la época garciana? Seguramente, desde ciertas perspectivas, pero: en lo que concierne a la persona y a los cambios que evidencia Simmel en este nuevo hábitat; faltarían todavía algunas décadas para que Quito ingresara, de una vez por todas, en los procesos que se desprenden de la vida metropolitana. En la última década del siglo XIX, en Quito, “no había un cuidado del aspecto exterior de los edificios, ya que la casa no era símbolo individual, sino parte de un conjunto estructurado en el que las familias se identificaban desde el exterior con una

³² Enrique Ayala Mora, Resumen de Historia del Ecuador, Corporación Editora Nacional, Quito, 2005, Pág. 87

³³ *ibíd.* Pág. 88

³⁴ Gabriel García Moreno, Discurso al congreso 1875, En: Dirección de planificación del Municipio de Quito, Un análisis histórico. Proceso urbano, Quito, 1991, Pág. 46

³⁵ Dirección de planificación del Municipio de Quito, Un análisis histórico. Proceso urbano, Quito, 1991, Pág. 49

‘puerta’ más que con un objeto volumétrico”.³⁶ Esta imagen nos da una idea del desarrollo de los, para aquel entonces, incipientes procesos de individualización. No asistíamos aún a la experiencia de la ciudad atomizada; costumbres y usos tradicionales se mezclaban al interior de las casas y las relaciones con el campo aún eran patentes y protagónicas.

La Revolución Liberal liderada por el General Eloy Alfaro, también encontró en Quito el sustrato para llevar a cabo cambios que evidenciaban la voluntad modernizante del gobierno de aquel entonces. El plan del Distrito Metropolitano de Quito de 1991, anota que durante este periodo, en la ciudad aparece con fuerza “la avenida”, el coche toma prioridad y toda la ciudad se envuelve con un nuevo paradigma del movimiento. El recién inaugurado ferrocarril: introduce nociones de robustez, de transparencia y, sobretudo, de movimiento en las formas de concebir las obras públicas. De aquí surgen las estructuras metálicas que importadas desde Europa, dieron origen a sitios como la Plaza del Mercado Sur, que, siendo una versión miniatura de *Les Halles Centrales* de Paris, introducía por primera vez el comercio en un lugar cerrado, desplazando así la tradicional figura de la plaza, encarnada por el protagonismo indiscutido, hasta ese entonces, de la Plaza de la Independencia. El Palacio de la Exposición, actualmente la sede del Ministerio de Defensa, y el Sanatorio Rocafuerte también datan de esta época. Ahora bien, como hemos visto, ambos paradigmas cuentan dentro de sus obras algunos intentos por instaurar un espíritu moderno en la ciudad de Quito. Sin embargo, y en vista de que a los ojos de los planificadores urbanos de la década de los 40, la ciudad “no poseía todos los elementos que su jerarquía requería”, tomaremos como hito de la modernidad, o mejor dicho, como hito del Quito metropolitano, al Plan regulador de la ciudad de Quito de 1942.

La metrópolis, sus problemáticas; y el espacio que ocupan en el Anteproyecto de Guillermo Jones Odriozola para el Plan Regulador de Quito de 1942

En un estudio sobre la “construcción de lo estético” en Kierkegaard, Teodoro Adorno desarrolla una diferenciación entre poesía y filosofía. En este ejercicio, que nace ante la evidencia de que la crítica de Kierkegaard, muchas veces había situado su pensamiento en el plano de lo poético -desplazando así, el punto desde el cual se abordaban los

³⁶ Ibíd. Pág. 48

análisis de las problemáticas que el filósofo apóstol había desarrollado en su obra-, Adorno, propone una primera diferencia entre las dos ramas de significación de la realidad: “Ni la manifestación de la subjetividad del pensador, ni la pura unidad y coherencia de la obra en sí misma deciden sobre su carácter como filosofía, sino solo esto: si lo real entra en los conceptos, se acredita en ellos y los fundamenta razonablemente”³⁷. Salvando ciertas distancias, esta diferencia puede aplicarse homológicamente al caso de la relación que se entabla entre: la arquitectura urbanística y las aproximaciones que desde las ciencias sociales se esgrimen para significar la realidad social. La rama del pensamiento que reflexiona acerca de la proyección arquitectónica de una urbe, en su calidad de “conjunto de reglas y leyes por las que pasa tamizado y destilado el impulso inherente de las ciudades hacia el provenir”³⁸ constituye un ejercicio creador, comprende una actividad heurística que relaciona diagnósticos y propone soluciones, al mismo tiempo que funda un orden e inaugura una lógica que han de seguir, a paso lento, las ciudades a través de su historia. A diferencia de las ciencias sociales, en donde la realidad social constituye un objeto nunca agotado, del cual tan solo podemos extraer, por medio de diversas metodologías, destellos y perfiles de su funcionamiento y dimensión. En la urbanística, la teoría del sistema social se desplaza de ser el punto protagónico de la reflexión; y cede su lugar a un proceso arduo de planificación y proyección que debe necesariamente, o mejor dicho, formalmente, tomar por sentada alguna versión conceptual del sistema social, entre otros muchos campos que requieren su atención. Ahora bien, en el caso de la sociología, cualquier intento por significar las relaciones sociales por fuera de lo que ellas mismas evidencian desde la luz que nos brindan los conceptos y los métodos teóricos, puede acarrear prejuicios ocultos al mismo investigador, y al ser el lenguaje el vehículo que funciona como sustrato de estos análisis, Bourdieu afirma que el sociólogo, en sus proyecciones, siempre está tentado hacia el *profetismo* y hacia *la sociología ingenua y espontánea*³⁹. En la arquitectura urbanística por otra parte, en donde “los planes reguladores de las ciudades que pueden ser múltiples y variados, deben en algún momento apostar por una idea y plasmarla en las proyecciones singulares que se desprenden de las características

³⁷ Teodoro Adorno, Kierkegaard. Construcción de lo estético, Ediciones Akal, Madrid, 2006, Pág. 9

³⁸ Emilio Harth-Terre, Informe sobre el Plan Regulador para la Ciudad de Quito, En: Gaceta Municipal de 1942, Quito, Pág. 145

³⁹ Pierre Bourdieu, El oficio del Sociólogo, Siglo XXI editores, Madrid, 2001, Pág. 42

de una ciudad específica”⁴⁰, la línea que divide el diagnóstico, y la creación y la proyección (que implica ineluctablemente una teoría del sistema social, ya sea esta académica o extraída de la opinión común) de la ciudad, no puede ser nunca abordada como *profética*, pues, esta delgada línea, es la arena en donde el urbanista desarrolla su genio y vocación. En resumen, podemos decir que la teoría del sistema social es el *terminus ad quem* de la sociología, y el *terminus ad quo* de la urbanística.

En el primer caso, la realidad social se significa por medio de las relaciones de las problemáticas y los conceptos que se desarrollan en el lenguaje, y se plasman en la escritura; y en el segundo, se significa por la formulación explícita de una respuesta material ante las problemáticas que suscita el proceso urbano, y dentro de este, a las que suscita la teoría del sistema social específica que esta a disposición formal del urbanista. Simmel en su desesperanzado ensayo acerca de la metrópolis, analiza algunos supuestos presentes en la ideología de lo *moderno* y recorre algunos de los efectos más significativos que comporta su naturalización en la vida cotidiana. Nos guía a través de las nuevas condiciones de vida que evidencia en este tipo de unidades políticas y antepone al individuo a las fuerzas que tensionan su existir. Jones Odriozola, por su lado, preforma desde la urbanística aquello que permitió que Quito: ingresara en una dinámica moderna de habitación urbana, se confirmara como la capital del Estado ecuatoriano, diferenciara las distintas funciones que facilitarían su transición al capitalismo, y permitiría, finalmente, que Quito “cumpla perennemente las funciones cinéticas de la gran metrópoli”⁴¹. Este análisis persigue la teoría del sistema social, la lógica subrepticia, que está presente en el pensamiento de Odriozola sobre Quito, y que está plasmada en: el extenso anteproyecto presentado ante el Municipio en 1942, y en muchas de las direcciones que ha tomado Quito con respecto a la habitación de sus calles, a la significación de sus relaciones y, en definitiva, a todo aquello que como espacio público regresa, confirmando las intuiciones de Simmel, y las voluntades de Odriozola, cotidianamente, como la condición del habitante de la metrópolis.

En un primer análisis, podemos afirmar que la noción de metrópolis para el pensamiento del hombre y de la cultura, siempre ha sido ambigua. Por una lado, designa un escenario nunca antes experimentado por el hombre antropológico, le demanda obligaciones al tiempo que le concede una libertad que no hubiera sido posible en

⁴⁰ Emilio Harth-Terre, Informe sobre el Plan Regulador para la Ciudad de Quito, En: Gaceta Municipal de 1942, Quito, Pág. 135

⁴¹ *Ibíd.* Pág. 145

ningún otro conglomerado humano. Por otro lado, introduce a sus habitantes en la vorágine de una serie de fenómenos y procesos que condicionan la vida a los ritmos vertiginosos de la economía monetaria, la supremacía del calendario y del reloj, agudizan procesos de distinción⁴², predisponen a los urbanitas a una actitud de reserva y antipatía, y sobretodo junto con el desarrollo de los modelos democráticos, introducen, no tanto al individuo en un nuevo paradigma de habitación urbano, sino enfrentan al hombre con la elaboración de la individualidad misma. Es por esta razón que películas como la elaborada por el director alemán Fritz Lang en 1929, satirizan la imagen de la metrópolis. En ella se denuncian los procesos de enajenación que sufre la vida de las personas bajo los supuestos de la economía monetaria e industrial, y se pone de manifiesto la fatal, aunque histórica, distribución de la sociedad en una grilla perfectamente distribuida de funciones y jerarquías. Kafka, Huxley, Orwell, todos autores que describen con recelo estas nuevas formas de habitar el mundo. Según Simmel, el odio acendrado que los intelectuales experimentan con respecto a la metrópolis, como es el caso de Nietzsche y Ruskin, se debe a que las ciudades modernas transforman al mundo en un problema matemático. “Su odio es comprensible en estos términos, para ellos la vida tenía valor únicamente en aquella existencia no programada que no puede ser definida con precisión de la misma manera para todos”⁴³. Es curioso que el mismo Odriozola, un defensor acérrimo de la modernidad en sus presupuestos, introduzca el ante-proyecto de su Plan Regulador de Quito con cierta precaución; o en vista de su posición, con cierta ambigüedad; no hacia la labor que le depara la planificación de la ciudad, sino hacia la modernidad misma y hacia las condiciones que inherentemente acarrea: para el urbanista uruguayo Quito es, al momento de su primera visita en 1941, “una ciudad pura, a la que aún no han llegado con toda la fuerza de su alteración diversos fenómenos de vida moderna, en su transmutación de elementos, de costumbres, y que así ha conservado sus principales cualidades intrínsecas”⁴⁴. Decimos que resulta curioso, o incluso irónico, pues es el texto que sigue a esta introducción, justamente el que preforma con toda fuerza los supuestos: sobre la naturaleza, sobre el individuo, sobre los estamentos sociales, que permitieron que Quito pierda esta “pureza”, con respecto a lo moderno, a la que refiere Odriozola.

⁴² Ver: Anexo 1

⁴³ Georg Simmel, La metrópolis y la vida mental, en: Sociología 1, Revista de Occidente, Madrid, 1977, Pág. 51

⁴⁴ Guillermo Jones Odriozola, Ante-Proyecto del Plan Regulador de la Ciudad de Quito, Gaceta Municipal de Quito, 1942, Pág. 93

Pero, ¿qué es exactamente aquello que hace de la metrópolis el objeto de las amargas perspectivas de estos autores? Según Simmel, el tipo de individualidad propio de estas ciudades, está configurado, de entrada, por una “intensificación del estímulo nervioso” lo cual aleja a las personas de su propia personalidad y las condena a una reserva permanente. Para el filósofo, que había concebido el ensayo, al que nos hemos referido desde el inicio de este documento, como una reflexión que: “no partiera de la economía ni desde la política, sino desde la cultura y desde la naciente psicología”⁴⁵; Las metrópolis presentan, ante el hombre, un escenario tan complejo y cambiante que demandan de él una mutación, una evolución, una adaptación psicológica a este nuevo contexto.

“Con el cruce de cada calle, con el ritmo y diversidad de las esferas económica, ocupacional y social, la ciudad logra un profundo contraste con la vida aldeana y rural, por lo que se refiere a los estímulos sensoriales de la vida psíquica”.⁴⁶ Es pertinente que en este punto hagamos dos aclaraciones: si bien es cierto que Simmel utiliza en su ensayo referencia a la psicología, los temas que trata, están inscritos en los cambios paradigmáticos que ha experimentado la *ciudad* desde el siglo XX. Y que, si bien fueron abordados por autores e intelectuales desde la literatura, hasta la arquitectura, bajo la temática de la modernidad y las condiciones de vida, poco a poco, este debate, se fue decolorando hacia las problemáticas que giran en torno a la “globalización” y persiste hasta nuestros días secularizado, en toda clase de discusiones y posturas. Por lo tanto, incluso si el texto ha sido formulado en términos psicológicos, su testimonio es invaluable para una aproximación sociológica, no solamente hacia el Plan de Ordenamiento, como nos hemos propuesto, sino hacia la evidencia de estas actitudes y características, tan bien delimitadas por Simmel, en nuestro día a día, y en las dinámicas de nuestra ciudad actual.

En segundo lugar, es importante anotar que el ensayo de Simmel busca situar a la habitación humana en dos estadios diferenciados: el urbano, nuevo, paradigmático; y el rural, tradicional, armónico, más acorde con las máximas y anhelos del hombre. Y, si bien, esta categorización nos puede resultar simple, puesto que el hombre ha experimentado muchas más formas de organización política que las que implica la idea

⁴⁵ Ibid. Pág. 47

⁴⁶ Georg Simmel, La metrópolis y la vida mental, en: Sociología 1, Revista de Occidente, Madrid, 1977, Pág. 49

enfrentada de la aldea y la metrópolis; una transición, entre la vida rural y metropolitana, se aplica muy bien al caso de Quito y específicamente al contexto en el que se gestó el Plan Regulador de Odriozola. No en un sentido cronológico, ni en el cambio holístico de la ciudad, que presupondría el paso de ser una aldea a ser una metrópolis. Sino ante dos evidencias: el punto de interés que suscita, para nuestro análisis, el hecho de que la ciudad de Quito se haya configurado, a lo largo de su historia, por sucesivos procesos de migración desde el campo a la ciudad, que datan de los primeros años de la colonia⁴⁷. Y por la ruptura que el Plan Regulador operó en la relación que Quito había entablado tradicionalmente con el campo. Quienes participaron de estas diásporas campesinas, al igual que quien se encuentra bajo la figura del “recién llegado” (que habíamos empleado en la primera parte de esta investigación), sintieron de primera mano, los contrastes que les presentaban los dos escenarios y que son desarrollados por Simmel como resumimos a continuación.

Para iniciar, el autor acentúa, una vez más, el “carácter intelectualista de la vida psíquica en la metrópolis, en contraposición con el de los pueblos y pequeñas ciudades, que descansan mucho más en relaciones emocionales profundas”.⁴⁸

En la topografía de la psiquis elaborada por Simmel, las capas más profundas del alma corresponden a la *emoción*, y aquellas que son: “conscientes, transparentes y altas” albergan el *intelecto*. Es por esta razón que las personas que se han desarrollado en unidades urbanas más pequeñas, encuentran anclas en la metrópolis solamente en los escasos lazos emocionales que pueden desprender de ella. El hombre metropolitano, por su parte, “desarrolla una especie de órgano protector que lo protege contra aquellas corrientes y discrepancias de su medio que amenazan con desubicarlo; en vez de actuar con el corazón, lo hace con el entendimiento”.⁴⁹ Este tipo de inteligencia, indispensable para que el hombre pueda mantener su unidad en el caudal metropolitano, esta “forma de preservar la vida subjetiva ante el poder avasallador de la vida urbana”⁵⁰ desemboca en lo que el autor ha denominado como: la “actitud *blasée*” que como afirma, tiene la misma génesis que el florecimiento de lo intelectual en la metrópolis. “Al igual que una vida de goce desenfrenado trae como consecuencia la indiferencia, por excitar los nervios durante demasiado tiempo provocando sus reacciones más fuertes hasta que,

⁴⁷ Dirección de planificación del Municipio de Quito, Un análisis histórico. Proceso urbano, Quito, 1991, Pág. 25

⁴⁸ Georg Simmel, La metrópolis y la vida mental, en: Sociología 1, Revista de Occidente, Madrid, 1977, Pág. 48

⁴⁹ *Ibíd.* Pág. 49

⁵⁰ *Ibíd.* Pág. 50

finalmente, se vuelven incapaces de reacción alguna, así también las impresiones más inofensivas, debido a la velocidad y contraposición de sus cambios, obligan a respuestas tan poderosas, desgarran los nervios de manera tan brutal que los obligan a entregar la última reserva de sus fuerzas y, al quedarse en el mismo ambiente, ya no tienen tiempo para acumular otras nuevas. Esto es precisamente lo que conforma esta actitud *blasée*”⁵¹. El autor acota que la actitud *blasée* es también un fiel reflejo de la economía monetaria internalizada, ningún objeto merece más atención que otro, ya que toda la realidad puede, de cierta forma, en la arena metropolitana, reducirse a la equivalencia pecuniaria. Pero regresaremos a las condiciones que comporta la individualidad, más adelante.

En vista de la dicotomía que se establece entre la vida rural y la vida metropolitana, no podemos olvidar que la historia de Quito es indisociable de la historia del campo; y de la relación que la ciudad siempre mantuvo con sus anejos. Para finales del siglo XIX, la ciudad se proyectaba ya con fuerza hacia la modernidad, se habían producido oficios y labores sin precedentes y “aunque estas actividades deben ser calificadas como urbanas, dependen en gran parte del campo o suponen algún tipo de relación con el campo y con la gente del campo (...) En Quito, la vida de la ciudad se encuentra condicionada por las relaciones que se generan con el agro: no solo con el sistema de hacienda (los señores de la campiña lo son también en la ciudad) sino de las comunidades indígenas aledañas, y con el peonaje urbano - rural”.⁵²

A este respecto, el Plan Regulador de Quito de 1942, instituye una noción que para la opinión común actual podría resultar políticamente correcta, y de avanzada. Sin embargo, para la época resultaría, seguramente, excéntrica en el sentido de que traía a colación algo que nunca se había resuelto como un tema de interés edilicio: la naturaleza y su relación con la ciudad. Para introducir la noción de “verde” que está presente a lo largo de todo el Plan Regulador, el urbanista Odriozola cita a un filósofo chino llamado Lin Yutang quien, en algunos párrafos, compara: al ocio en el tiempo, con el espacio vacío de un cuarto. Afirma que no es el espacio útil, sino el que queda libre y despejado, aquello que permite que un cuarto sea habitado. De la misma forma en la que son las horas de ocio aquello que hace soportable la vida. Esta reflexión, más la evidencia que surge de los cálculos de porcentajes *per capita* propios del urbanismo,

⁵¹ Ibíd. Pág. 52

⁵² Dirección de planificación del Municipio de Quito, Un análisis histórico. Proceso urbano, Quito, 1991, Pág. 26

descubren que la cantidad de espacio verde en la ciudad no era proporcional a la cantidad de habitantes que tenía, ni que tendría. Si consideramos que para la época Quito tenía aproximadamente 170000 habitantes, y ostenta, desde siempre, el título de ser una de las ciudades más altas de los Andes, no debería sorprendernos que la problemática del espacio verde resultase extraña; pero por eso mismo, neológica y atractiva; no por la conveniencia de los parques, sino porque hasta ese entonces la ciudad de Quito, coronando todo el campo de la Sierra, mantenía una relación simbiótica con la naturaleza, o en todo caso se proyectaba hacia ella tradicionalmente. En un sentido opuesto, líneas de reflexión son exploradas por Odriozola para sentar el partido arquitectónico de todo un sistema de parques y de *park – ways*, que, además de dotar a la ciudad de la cantidad de “verde” que precisa, logrará “facilidad y belleza del paseo por los puntos de interés de la urbe. Subiendo a las cotas más altas para observar el panorama: los nevados y las zonas más distantes de la cordillera”⁵³. Esta analogía establecida entre el espacio libre del cuarto, y el espacio libre de la ciudad, descubre para nuestro análisis algo más interesante que el espacio vacío, que los parques. Descubre la concepción que tienen los planificadores acerca de la ciudad, y que se representa justamente como un cuarto, cerrada sobre sí misma, proyectada hacia el interior. La naturaleza ya no es aquí el sinónimo de los límites que, en *dégradé* conectan a la ciudad con el resto del mundo, tampoco es la figura de la cornucopia, ni la de lo indómito. La naturaleza se vuelve textura urbanística, se torna cosmética, calculada, atomizada, finita, casi un recurso más en la paleta del arquitecto, por decirlo así. Las vías, las *park – ways*, instauran los límites del cuarto, fuera de su recorrido se agota la realidad, la ciudad se torna por primera vez hacia su núcleo y, en un forzado símil con las ciudades metropolitanas europeas, se considera como una unidad, suspendida en la contemplación de su cultura y de sus tesoros. En el Plan Regulador se prevén parques para el Panecillo, para el Ichimbia, se prevé de la misma forma recorridos por las laderas orientales del Pichincha, y todos aquellos que conectan a la ciudad entre sus centros (según el plan: deportivo, de gobierno, de cultura, histórico, entre otros), sin embargo se sacrifican, de la misma forma, perspectivas y se adoptan otras, como la importante figura, para el Plan Regulador, del “paseante”, en la que nos detendremos posteriormente.

⁵³ Guillermo Jones Odriozola, Ante-Proyecto del Plan Regulador de la Ciudad de Quito, Gaceta Municipal de Quito, 1942, Pág. 119

Ahora bien, habíamos dicho que el sujeto metropolitano se ve aquejado por una actitud que se desprende de su entorno y que la economía monetaria domina la metrópolis, tanto así que “no podemos decir si la mentalidad intelectualizante promovió a la economía monetaria o si, por el contrario, fue esta última la que determinó la mentalidad intelectualizante”⁵⁴. En la metrópolis, afirma Simmel, se cumple el ideal de las ciencias naturales, que no es otro que transformar al mundo en un problema aritmético. “A través de la naturaleza calculadora del dinero se ha logrado que las relaciones entre todos los elementos componentes de la vida del hombre adquieran una nueva precisión, una certeza en la definición de las identidades y de las diferencias; y una falta de ambigüedad en los pactos, tratos, compromisos y contratos”⁵⁵. Nada hay más cercano al deseo de Odriozola, que en su afán por liberar a la urbe de su calidad de “ciudad de conquista” y dotarla de todos los “elementos modernos que una ciudad de su categoría requiere”, ha cifrado todos los supuestos estamentos sociales, y todas las supuestas actividades del hombre en una colección de centros, de servicios, de jardines, de cines, etc. etc.

En lo que refiere a la distribución social en zonas de la ciudad, este plan es famoso por haber instituido una ciudad dividida, a grandes rasgos, en tres partes: Hacia el Sur, el plan proyecta la instauración de la zona industrial, ya que para ese entonces, la estación del ferrocarril llegaba hacia el límite sur de Quito, y los barrios obreros, que también estaban conformándose para ese entonces. La circunscripción diferenciada del “Centro Histórico” albergaría, según las proyecciones urbanísticas, el centro administrativo de Gobierno. En la ciudad colonial, el que se encargaría de gobernar la urbe, en la Plaza de la Independencia, y en el estrecho que se forma entre las laderas del Ichimbia y las de San Juan, el centro de Gobierno nacional. Finalmente, la zona que se encuentra hacia el norte de la ciudad, se destinaría a un sistema residencial holgado y a todo un sistema de vías que permitirían la creación de “barrios jardines”. Habíamos dicho que la urbanística siempre comporta una teoría del sistema social. En este caso, la imagen de la sociedad es representada por Odriozola como contenida en tres grandes conjuntos: capitalistas, empleados y obreros. A este respecto, Odriozola afirma que el porvenir de las ciudades, y del país en ese entonces, se distribuiría en estos contingentes. Es más, el

⁵⁴ Georg Simmel, La metrópolis y la vida mental, en: Sociología 1, Revista de Occidente, Madrid, 1977, Pág. 49

⁵⁵ Ibid. Pág. 57

anteproyecto lleva a cabo una serie de cálculos estadísticos para determinar las dinámicas de crecimiento de Quito. Estos cálculos permitieron que los planificadores infirieran que la ciudad de Quito hubiera hipotéticamente alcanzado su pico de crecimiento en ese entonces. A este respecto, el anteproyecto anota: “el progresivo aumento experimentado por el índice de crecimiento de la ciudad de Quito y el en verdad elevado valor alcanzado los últimos años, lo que nos hace pensar en la posibilidad de que la urbe alrededor de 1940 alcanzó seguramente el máximo índice de crecimiento al que llegan todas las ciudades en alguna época de su desarrollo histórico”⁵⁶. Estas conclusiones, más la división social de la ciudad, más la taxonomía de los servicios destinados a las personas en función de su titulación estamental, más toda una tendencia presente a lo largo del anteproyecto del Plan regulador, esbozan a Quito como una ciudad acabada, finita, nuclear y más planificada de lo que se sospecha. Ahora bien, es importante anotar que la división teórica de la sociedad en clases, o estamentos, o contingentes, siempre refiere a una construcción teórica, en la realidad no podemos evidenciar los intersticios que separan a la una de la otra. La sociedad presentada como el conjunto de: la clase alta, la media y la baja, por ejemplo, es un ejercicio lógico, no desprende de ninguna forma una verdad ontológica. A los barrios obreros se les concedía cercanía con sus lugares de trabajo, su habitación formaría un sistema con la zona industrial. Los empleados vivirían en las inmediaciones del Centro Cívico de Gobierno, y tendrían a su disposición cines, cafeterías, clubs deportivos, jardines y paseos. Finalmente la zona residencial estaría compuesta por vivienda de alta calidad y contornearía el Centro Deportivo, que incluye, en el ante-proyecto, un hipódromo, una cancha de polo, piscinas de natación, canchas para varios deportes, etc. Es importante, anotar que este plan reitera la figura del *club*, refiere constantemente a deportes como el golf y se guía, en ciertas líneas, por certezas extraídas más de los procesos de distinción⁵⁷ que se mantenían en Montevideo, en donde la modernidad ya había tocado suelo fecundo, que de las necesidades del Quito de aquel entonces⁵⁸. La escuela arquitectónica uruguaya es conocida por tener a su disposición todos los recursos modernos. Si nos fijamos con atención, veremos, con vértigo, la figura de la

⁵⁶ Guillermo Jones Odriozola, Ante-Proyecto del Plan Regulador de la Ciudad de Quito, Gaceta Municipal de Quito, 1942, Pág. 104

⁵⁷ Ver: Anexo 1

⁵⁸ Muchos de los oficios, y toda clase de misivas, que se habían mandado durante la ejecución del “Plan de mínima”, entre la oficina del Proyecto para el Plan Regulador y las entidades públicas, iban dirigidas al encargado del Departamento de Higienización de Quito. La ciudad aún luchaba contra la insalubridad que desprendían algunas quebradas, la red de servicios básicos no abarcaba todo el perímetro de la urbe.

ciudad cercenada, repartida quirúrgicamente en jerarquías y funciones, en espacios y diversiones. No se proyecta sobre la ciudad compleja, tan sólo un sistema de castas diferenciado, en donde cada una configura a sus elementos a una dinámica precisa, sino se proyecta también la materia misma en la que consistirá la vida metropolitana. La cultura entendida como estática, patrimonial se destina al Centro Histórico, en base del acervo artístico que contienen sus edificios. Para los obreros se prevé el deporte y el colchón de parques que permitirá su vecindad con la zona industrial. Para el empleado, se disponen pasatiempos, paseos, recorridos. En resumidas cuentas, se configura el contenido de la vida en función de servicios. Si bien es cierto que, a primera vista, esta proyección, o esta intromisión de la planificación en todos los aspectos del habitar el mundo, desemboca necesariamente en el cruce de: horarios, con actividades, con la zona diferenciada en función del papel que las personas desempeñan en la urbe. También, es cierto que esta intelectualización de todos los aspectos a los que nos hemos referido, es justamente una prerrogativa de la metrópolis. De esto concluimos con Simmel que: “los mismos factores que se conjugan para otorgarle exactitud y precisión detalladísimas a la forma de vida metropolitana son también los que han conjurado logrando una estructura de lo más impersonal”.⁵⁹

Ahora bien, a continuación analizaremos las dos figuras que motivaron este análisis, figuras que conforman protagónicamente las aspiraciones del plan y que no sólo se han confirmado en la ciudad actual, sino que se han instituido e invisibilizado en la cotidianeidad de sus habitantes, a tal punto, “que en ningún lugar se llega a sentir tanto la soledad y la desubicación como entre la multitud metropolitana. Ya que aquí como en otras situaciones no resulta necesario que la libertad del hombre se vea reflejada en su vida emocional o en su confort”⁶⁰. Estas figuras son la del “paseante”; y la fuerte y predictiva imagen del “hombre célula”.

Junto con la deficiente proyección que de su bagaje, extrae Odriozola para significar la composición de la sociedad, se encuentra, como suspendida por encima de estas condiciones, la figura recién inaugurada del individuo. Quien no está sujeto, desde una aproximación formal, a su rol social, ni a sus coordenadas en la ciudad. Creemos en este punto, que podemos afirmar con certeza que Quito encuentra en estas construcciones, el inicio del proceso de individualización que, rampante, ha seguido hasta nuestros días. Previendo los atractivos ineluctables de esta concepción, que junto con algunas formas

⁵⁹ Ibid. Pág. 55

⁶⁰ Ibid. Pág. 53

de la cultura occidental, resultan de cierta manera irresistibles ante las barreras identitarias que les puede oponer cualquier colectividad cultural distinta; Odriozola anota: “sentábamos como condición de base para toda actuación humana tendiente a formalizar o regular la sede del conglomerado humano, que esta actuación debería de corresponderse absolutamente con el querer de las gentes. Actuar aprovechando su sentido para sacar mayor partido de los hechos y de las futuras cristalizaciones, en una palabra COMPONER⁶¹, y entre los factores más importantes de esta composición, la aspiración del hombre - célula”⁶².

Pero ¿que es el hombre – célula? No es sino el hombre metropolitano flotante en una ciudad impersonal. Es el supuesto equivoco y dogmático de la democracia. Equivoco puesto que muestra a la sociedad como una suma aritmética de voluntades, y por lo tanto las ciudades también se presentan como planas, como la agregación sucesiva de un individuo al costado del otro. Sin embargo, la sociedad, y las ciudades son geométricas, así como lo es la pirámide de gobierno que instaura la jerarquía de poder, más allá de la promesa ideológica de la representación democrática liberal.

Empero, en ese entonces la metáfora remitía a una apuesta por la habitación de la ciudad. La metrópolis presentaba una ecuación irresuelta que, a los ojos de los planificadores, solo deparaba progreso y modernidad, ambos conceptos enunciados, aunque escasamente desarrollados, puesto que gozaban de un carácter indiscutible en la discusión de la época. Si bien es cierto, que la figura del hombre – célula no tiene mucho más espacio en el Plan que, prácticamente, su enunciación. Los párrafos, en las que esta inscrita, son muy significativos en cuanto a la concepción del individuo se refiere. Pero incluso más significativo, es el hecho de que estas apariciones, que son exactamente cuatro, estén dispuestas de manera equidistante, a lo largo de todo el documento, a 10 páginas la una de la otra. Mostrando evidentemente que el hombre – célula forma parte de los recursos conceptuales que utiliza Odriozola para fundamentar el partido que toma su Plan. Odriozola anota: “la célula del conglomerado llega a formar una masa, una totalidad, una realidad compleja, pero esa masa siente y piensa a través de su célula que es el individuo”⁶³.

⁶¹ Las mayúsculas son del autor. Y para propósitos semiológicos, denotan un fuerte signo de convicción.

⁶² Guillermo Jones Odriozola, Ante-Proyecto del Plan Regulador de la Ciudad de Quito, Gaceta Municipal de Quito, 1942, Pág. 110

⁶³ Guillermo Jones Odriozola, Ante-Proyecto del Plan Regulador de la Ciudad de Quito, Gaceta Municipal de Quito, 1942, Pág. 95

Podemos decir que la aspiración de Odriozola es el lamento de Simmel. Podemos decir que Odriozola delimitó las condiciones que permitieron que Quito configurara a sus habitantes en las condiciones austeras que hoy evidenciamos en el espacio público, los enfrente con la individualidad que luego, acompañada con la ideología del consumo (la cual ya se encontraba incipiente en los reclamos de grandes tiendas, y cines, y restaurantes, del Plan), desembocaría en un proceso irreversible de atomización social. Para finalizar, la última mención del hombre – célula, en el plan, es quizá la más interesante puesto que es la única parte de todo el Plan que se corresponde exactamente con el objeto de Simmel, a saber, las condiciones de vida del hombre – célula, del urbanita, del individuo. Al hablar de los planes económicos del Plan en función de la revalorización que comportaría su implementación, Odriozola enuncia que: “La célula humana obtendrá, con la ejecución del Plan Regulador, dos clases de beneficios: los beneficios generales, comunes a todos los habitantes y que se derivan de los nuevos parques, las nuevas avenidas, ensanches, la mayor salubridad, y los beneficios particulares que se producen por la mejora que las disposiciones generales del Plan Regulador causan en las propiedades territoriales que el individuo posee”⁶⁴. Ya hemos discurrecido, con los conceptos de Simmel, acerca de los efectos negativos que el hombre – célula experimentará en la urbe metropolitana. Sólo nos queda por decir que hay un sentido ambiguo en términos valorativos acerca de esta noción en Odriozola, no se pregunta si es beneficiosa o nociva, tan solo quiere implementarla en Quito a toda costa. Ahora bien, en lo que respecta a la figura del “paseante”, su campo semántico nos conduce a las mismas reflexiones a las que nos ha llevado la noción de hombre – célula, son conceptos que apuntalan la figura individual en los recorridos y facilidades de la nueva ciudad. A este respecto, el Plan anota: “Tan pronto viene el paseante por las altas cotas que junto al futuro Parque Nacional (Laderas orientales del Pichincha) le permiten la visión extraordinaria de los lejanos picos nevados, o ha atravesado los prados florales de un Centro Deportivo que junto a los valores de la paleta y formas de naturaleza, le ofrece la plástica de las concepciones del individuo”.⁶⁵

En la literatura kierkegariana, la figura del paseante, el *flâneur*, corresponde al estadio estético de la vida. En un sistema concebido por el filósofo como una sucesión entre el estadio estético, el ético y el religioso, el *flâneur* se caracteriza por relacionarse con el mundo tan solo mediante su propia hermeticidad, no ve en el mundo más sentido que el

⁶⁴ Ibid. Pág. 131

⁶⁵ Ibid. Pág. 129

que le proporciona el flujo constante de experiencias estéticas. Sus acciones no responden más que al placer, y de los tres estadios, es el más solipsista.⁶⁶

Para finalizar, es importante anotar que la metrópolis es también la sede de la más sofisticada libertad del hombre. “De la misma manera que en los tiempos feudales el hombre libre era el que se encontraba bajo la jurisdicción legal general a un país, esto es, bajo la ley de una órbita social más amplia, mientras que el siervo era aquel cuyos derechos se derivaban del estrecho círculo de la asociación feudal y era excluido de la órbita más amplia. Así también el hombre metropolitano es libre en un sentido espiritualizado y refinado, en contraste con la mezquindad y los prejuicios que atan al hombre de pueblo chico”⁶⁷. Esta libertad metropolitana sin embargo refiere a un conjunto de condiciones que acompañaron el crecimiento de las ciudades: desde estadios más primitivos de conglomeración humana, hasta sus estados metropolitanos. En Quito, uno de los problemas más patentes en la concepción del Plan, es el que muestra que, tras su implementación, la ciudad adoptó muchas características metropolitanas, sin haber seguido procesos de consolidación ni de paulatino crecimiento y sedimento de las épocas. Si a esto le sumamos el hecho de que el Ecuador estaba por ingresar en el paradigma económico que se desprendería del “Boom petrolero”, entenderemos que estas líneas directrices sirvieron de plataforma para un crecimiento desatado, completamente acorde a las necesidades del capital y de la metrópolis misma en sus crecimientos exponenciales característicos.⁶⁸ Entonces, ¿existe libertad metropolitana en Quito? Sí, sublimada en la noción nunca superada del movimiento sin objeto, la “movilidad”. Cifrada en las dinámicas del consumo.

⁶⁶ Soren Kierkegaard, *In vino veritas*, Alianza editorial, Madrid, 2009, Pág. 37

⁶⁷ Georg Simmel, *La metrópolis y la vida mental*, en: *Sociología I*, Revista de Occidente, Madrid, 1977, Pág. 58

⁶⁸ Ver Anexo N° 4

Conclusiones

De cierta manera sentimos que la humanidad tiende a despojarse de sus riquezas, que las culturas tienen más substancia cuando se proyectan hacia su pasado. Pero cuando hablamos del lenguaje también nos sorprende esta abundancia de palabras. Más abundantes mientras más observamos al pasado. Como si el hombre hubiera tenido más herramientas para hacer frente al mundo en aquellas épocas. No me refiero a los gritos en el cielo que desprende la globalización y tampoco al debate de la hegemonía cultural. Me refiero a que de cierta manera lo humano, aquello que viene depurándose a través de la historia, encuentra más recursos en su pasado; presenta, mejor dicho, una especie de unidad entre sus componentes de relación con la realidad. Todo aquello que ha sufrido procesos de enajenación, de secularización, de colonización, de democratización, etc. nos refiere como a una suerte de veta primigenia que va lavando y erosionando el río de la civilización. La abundancia está hacia atrás, se la ve en la unidad. No hablamos del Génesis solamente, hablamos del curioso proceso que implica la civilización humana. ¿No será, acaso, que la línea está mal planteada; y como el destello de una estrella que se extinguió hace miles de años, la humanidad en su aparente porvenir, no hace más que abandonar un sentido, que no es fin sino principio? El lenguaje es convencional, es su núcleo el abundante, ¿nombró a todas las cosas al mismo tiempo? ¿cómo abarco todo desde el inicio? ¿no seremos una colonia abandonada ya a nuestra suerte? Como un huerto que tras haber saciado el hambre de la temporada, se abandona a los embates de la maleza. ¿No será que la ilusión de movimiento hacia el futuro, es en realidad el vértigo de la caída? Cayendo hacia atrás y hacia atrás en el sinsentido.

Bibliografía

- Teodoro Adorno, Kierkegaard. Construcción de lo estético, Ediciones Akal, Madrid, 2006.
- Enrique Ayala Mora, Resumen de Historia del Ecuador, Corporación Editora Nacional, Quito, 2005.
- Roland Barthes, Mythologies, Éditions du Seuil, Paris, 2009.
- Pierre Bourdieu, El oficio del Sociólogo, Siglo XXI editores, Madrid, 2001.
- Claude Coste, Barthes, Éditions Points, Paris, 2010.
- Dirección de planificación del Distrito Metropolitano de Quito, Plan de Ordenamiento Urbano de Quito: Proceso urbano. Un análisis histórico, Quito, 1991.
- Michel Foucault, Las palabras y las cosas, Siglo XXI, Bs. As., 1968
- Sigmund Freud, Una dificultad en el psicoanálisis, Obras completas, Volumen XVII, Amorrortu editores, Bs. As., 1992.
- Pierre Guiraud, La Semiología, Siglo XXI editores, México D.F., 1986.
- Soren Kierkegaard, In vino veritas, Alianza editorial, Madrid, 2009.
- Les grandes notions de la philosophie, Ellipses, Paris, 2002.
- Gérard Miller, Presentación de Lacan, Manantial, Bs. As., 1993.
- Guillermo Jones Odriozola, Ante-Proyecto del Plan Regulador de la Ciudad de Quito, Gaceta Municipal de Quito, 1942.
- Jacques Rancière, El tiempo de la igualdad, Herder, Barcelona, 2011.
- Jacques Rancière, El desacuerdo, Nueva Visión, Bs. As. 2010.
- Georg Simmel, La metrópolis y la vida mental, en: Sociología 1, Revista de Occidente, Madrid, 1977.
- Baruch de Spinoza, ética, Editorial Porrúa, México D.F., 2007
- Miguel de Unamuno, Del sentimiento trágico de la vida, Longseller, Bs. As., 2004

Anexo 1

Problemática y objeto en “La distinción” de Pierre Bourdieu

Si bien la investigación de Pierre Bourdieu acerca de las bases sociales del gusto es muy amplia y abarca varias dimensiones de pensamiento, me parece útil anotar algunas reflexiones que se encuentran en los primeros capítulos y que si bien han sido metodológicamente diseñadas para este trabajo, son un buen referente de una perspectiva teórica que se ha construido prudencialmente en busca de minimizar el impacto que los prejuicios comunes tienen sobre los resultados de cualquier investigación.

El objeto de la investigación de Bourdieu es el “gusto”, y al ser esta una noción difusa y arbitraria por definición, el autor nos propone una perspectiva social a su desarrollo y perpetuación. En otras palabras, Bourdieu realiza un minucioso análisis de la relación que se establece entre el contexto de una porción social y la forma en la que adquiere y construye su juicio sobre el gusto. Para Bourdieu “la suprema manifestación del discernimiento” es este juicio, pues no solo revela la inteligencia de su autor pero sobretodo su sensibilidad.

Ahora bien, lo que incumbe a nuestra investigación es justamente la forma en la que Bourdieu logra delimitar su objeto de estudio. Por medio de lo él llama una “comprensión del juego en su conjunto” busca aislar lo sociológico presente en esta relación del gusto con la topografía de la sociedad. Según el autor la tradición teórica ha pecado de esencialista pues basándose en una supuesta jerarquía natural del gusto ha enfrentado a los contingentes sociales en desigualdad de condiciones. La narración y elaboración del pensamiento al respecto ha sido abordada desde porciones ilustradas que condenan el gusto de porciones ignorantes, sin embargo Bourdieu plantea que este enfrentamiento se desarrolla en dos dimensiones simultaneas y paralelas. “Los doctos no pueden aceptar la verdad de los mundanos si no renuncian a llegar a comprender su propia verdad: y lo mismo ocurre con sus adversarios”⁶⁹. Esto desemboca en un juego de espejos que tiene por resultado dos posiciones antagónicas irreconciliables. Bourdieu, entonces, no nos plantea una clasificación del gusto, lo que hace es echar una mirada hacia la relación en sí misma, la relación de un contingente social con su juicio del gusto. Según Rancière el enfrentamiento mismo es la problemática a abordar, lo social se juega en el mundo simbólico y las pugnas se desarrollan por medio de la

⁶⁹ Pierre Bourdieu, “La distinción”, Santillana, Madrid, 1998, Pág. 10

irrupción de una versión de la realidad en el horizonte intelectual de otra. Tenemos entonces que la problemática de “La distinción” se podría resumir a grandes trazos y para los propósitos de nuestra investigación, bajo la pregunta: ¿qué forma adquiere la relación de los contingentes sociales con su juicio del gusto?

Esta problemática tiene como ventaja la atención que se plantea en torno a la relación y el cuidado con el que escapa a la estigmatización por parte del propio autor hacia las clases populares.

Recursos metodológicos de “La distinción” en la investigación “Quito y el espacio público”

Si bien la investigación de Bourdieu dista del objeto de nuestra investigación, me parece útil tomar en cuenta el marco metodológico que plantea. Al ser el nuestro un trabajo sobre la relación que entabla el ciudadano quiteño con su entorno en calidad de espacio público, deberíamos plantear el énfasis de nuestras reflexiones en la naturaleza de esta relación. Una vez que hayamos definido los límites de “espacio público” y los de “ciudadano quiteño” la dinámica de esta relación nos dará el sustrato para observar los procesos de discriminación, reproducción, intercambio, distinción, etc. Que se llevan a cabo en la publicidad de una ciudad.

Bourdieu elabora para su investigación, la clasificación de la sociedad en contingentes diferenciados por el capital escolar, la edad, el sexo, el capital escolar de su familia y entorno, su ubicación, etc. Y los relaciona con variables independientes como el deporte que practican, la ropa que usan, como reaccionan ante una obra pictórica, etc. Como ya hemos visto esta correlación no tiene una explicación netamente estadística sino pone el acento en la estructura de la relación.

Si bien la elaboración de estas categorías resulta difícil por la cantidad de variables y datos que manejan, me parece importante definir y delimitar una categoría que represente al contingente(s) que pretendemos analizar, tomando algunos de los métodos que utiliza Bourdieu, esto nos permitirá escapar a prejuicios que pueden permanecer inadvertidos en nuestra elaboración de la categoría y nos brindará métodos de calidad para su delimitación.

En resumen propongo dos cosas: *aislar la relación del contingente social con el espacio público*, (en busca de detectar los procesos que ahí se llevan a cabo sin que confusiones

que ya han sido superadas por autores como Bourdieu empañen nuestras conclusiones) y *delimitar el contingente social* que investigaremos.

El espacio público y el proyecto identitario

El espacio que la ciudad dedica a “lo público”, esta atravesado por políticas concretas que guían el desarrollo del proceso urbano. Estas políticas comúnmente tienen una raíz arquitectónica y se piensan desde conceptos como la movilidad, la seguridad, el ornato, etc. Pero dejan la perspectiva sociológica de lado. La relación simbólica que debería tener lugar en estos espacios, no se toma en cuenta ni en su planificación ni en su mantenimiento. En su lugar practicas discriminatorias y abusivas se invisibilizan bajo la cotidiana idea de lo privado, tenemos así que discotecas, restaurantes y demás servicios que cumplen una función social básica dentro de la ciudad, se permiten políticas ancladas en procesos de distinción nocivos para el verdadero desarrollo de una urbe.

Ahora bien, el proyecto identitario de la ciudad tiene estrecha relación con el espacio destinado a lo público. Aquello que esta contemplado como “cultura”, todo lo correcto y lo incorrecto, lo bueno y lo malo (lo cholo / no cholo; lo provinciano / capitalino; Lo civilizado / bárbaro; etc.) esta presente en la construcción del proyecto identitario, que en el caso quiteño es especialmente problemático. Me parece que nuestra investigación debe tomar en cuenta esta importante arista para comprender la “verdad” de los contingentes enfrentados en la disputa por el espacio publico. La segregación y la discriminación tienen sus bases en este proyecto tácito que guía no tan solo el comportamiento del ciudadano promedio pero incita al desarrollo de procesos de distinción nefastos en el caso quiteño, constituye también un canon identitario difuso y problemático y finalmente delimita el espacio publico y su horizonte.

Anexo 2

La estructura del mito en Barthes

Para dar cuenta de la estructura del mito, Barthes, se basa en un sistema de análisis que descompone los fenómenos en las fases del proceso dialéctico. En un primer momento esta descomposición opera al nivel lingüístico. En el pensamiento de Saussure, por ejemplo, el lenguaje se descompone en: el *significante* que es la imagen acústica; el *significado* que es el consenso abstracto que tenemos sobre esta imagen (el concepto; la lengua) y el *signo* que es la relación que se entabla entre las dos etapas anteriores. El lenguaje entonces se encuentra poblado por signos, que, a manera de síntesis, son la cara visible de una conjunción de procesos. Para Barthes este proceso dialéctico se encuentra también presente en el pensamiento de Sartre, en donde, la *obra* (signo) es el resultado de la relación que se entabla entre la *crisis original del sujeto* (significado) y el *discurso literario* (significante). Sin embargo, el mito no se construye en base a estos tres elementos, pues si bien sigue la misma estructura dialéctica, utiliza los signos como materia prima. En otras palabras, el mito, dispone de los signos contruidos ya por el lenguaje para su aparición. El mito es una segunda ronda dialéctica en la cual los términos que ya han sido dotados de una síntesis lingüística, entran nuevamente a fusionarse entre ellos y nos dan como resultado, no tan sólo una relación entre el significado y el significante, mas una conjunción entre un signo y otro signo –que si bien juegan a su vez el papeles análogos a los de significado y significante- se encuentran dotados en esta segunda ronda de fuertes atribuciones sociales.

El mito no es, entonces, la versión inocente e ingenua de la verdad lingüística, es la positividad de construcciones sociales que, si bien no se presentan como palabras simples (pues han seguido varios procesos de depuración lingüística), surgen bajo su misma formula y son aprehendidas por la *burguesía* en un solo movimiento irreflexivo.

El mito es, desde esta perspectiva, la banalidad encarnada en la dotación de significados sociales a la conjunción de signos lingüísticos. En otras palabras, es una serie de frases contruidas, de clichés y reflexiones que –en cápsula- representan el discernimiento de una sociedad. Este discernimiento no se basa en un ejercicio socio-intelectual de relación con la realidad, sino en una apropiación mecánica de opiniones y artificios, que sedimentados en el *sentido común*, se presentan bajo la evidencia de la lengua. En la sociedad el mito se esconde en su estructura, puesto que, su forma mimética permite

que la relación, que nosotros entablamos con él, sea justamente bajo la obviedad de la palabra. Las múltiples depuraciones dialécticas que dan origen a un mito, no pueden ponerse de manifiesto ya que su estructura resultante no difiere de su estructura primigenia.

En base a estas afirmaciones, Barthes, presenta a la semiología como una ciencia que, si bien incompleta, merece la atención de otras ramas del pensamiento, ya que da cuenta de fenómenos que escapan al formalismo tradicional.

El trabajo del semiólogo es, según el autor, el desciframiento y la constante búsqueda de estas construcciones invisibles que componen, no tan sólo, la lengua cotidiana sino también grandes porciones de supuestos históricos, ideales políticos y estructuras morales.

Algunos mitos develados por Barthes

Sentido común: Amalgama infinita de mitos con la que la burguesía construye su discernimiento y su relación con la realidad. Según el autor el mito radica en la justeza y temple que supuestamente inviste esta facultad. El sentido común reclama privilegios sobre la etérea y pretenciosa intelectualidad, que a su vista, se aleja de la realidad y de la patencia del mundo cotidiano.

Burguesía : Porción social histórica que reclama valores universales y se atribuye el derecho de la clasificación de la sociedad. Habla en primera persona en términos míticos atemporales. Y su desarrollo se acompaña de un proceso paralelo de depuración dialéctica que, según el autor, ha desembocado en un regreso triunfal del esencialismo.

Población; hombre de la calle: Construcciones míticas que dan cuenta de una supuesta homogeneidad social en la cual la pasividad prima sobre las relaciones políticas. La burguesía universaliza sus demandas a nombre del “hombre común” y se presenta como el portavoz de la “población” en general. Incluso si estas palabras no designan a contingentes reales sino al resultado de procesos de invisibilización lingüística, la relación que entablamos estructuralmente con ellas es la misma que entablamos con cualquier hecho evidente.

Anexo 3

La razón del desacuerdo según Jacques Rancière

La noción común de Estado representa la unidad de todas las porciones de la sociedad, la suma de sus partes y el gobierno de las mismas. La representación política en democracia no es más, desde esta perspectiva, que la suma de los encargados por cada una de estas porciones para manifestar los intereses de sus representados. El gobierno democrático presupone una concepción positiva de la sociedad en la cual cada porción se consolida en función de la voluntad privada de cada uno de sus integrantes. La política desde esta óptica no es más que el sustrato en donde los representantes de los contingentes sociales discuten y actúan en base a un sistema de contrapeso de poderes en el que manifiestan la voluntad de la porción que representan. La democracia considera que la sociedad está dividida en contingentes concretos de personas que por la expresión de su voluntad individual se han unido bajo la figura de un representante que en su nombre se enfrenta a otros representantes de contingentes análogos. Sin embargo, aquello que escapa a los límites de la reflexión liberal es justamente la naturaleza de este sustrato, las reglas mediante las cuales se lleva a cabo el juego de la representación y el idioma en el cual se trata esta discusión. Entonces, ¿cuál es la naturaleza del vínculo político?, ¿en qué radica la positividad de la comunidad? y ¿cuáles son estos contingentes enfrentados?

Rancière propone pensar la política en el nudo que se establece entre dos mundos de sentido, en primer lugar el mundo de quienes profesan el orden social como un contingente integral que se divide en porciones concretas de personas que precisan de la administración de sus funciones. Este mundo de sentido establecido presupone una composición definida de actores que constituyen las enervaciones de un organismo, un cuerpo heterogéneo en sus partes que cumple y se rige por leyes ancladas en el funcionamiento íntegro de la sociedad. Este anclaje propone una clasificación de la comunidad basada en la detención del *logos* por parte de quienes gobiernan y la sumisión y la obediencia de quienes participan con sus funciones de ella, sin embargo, esta obediencia es tan solo posible si las funciones son reclamadas por el *logos* en su estaticidad. El *logos* se pretende como verdadero y reconoce en las expresiones de su contradicción la *phoné*, la voz que no profesa más que el signo pulsional de la existencia.

La política sin embargo se lleva a cabo en un mundo artificial en el cual el terreno de lucha se establece en modos de representación, los discursos no se enfrentan en un mundo concreto al que representan, lo hacen en argumentaciones y demostraciones que buscan en primer lugar el establecimiento del sustrato común. Quienes detentan el *logos* lo emplean, para comenzar, en el contenido de la clasificación social. La delimitación de las porciones sociales y sus respectivas funciones son ya un campo de lucha político, no son la muestra abstracta de una porción concreta, pero la expresión y creación de contingentes imaginados. La política es el nexo que se establece en la colisión entre dos mundos de sentido y entre dos versiones de la clasificación social. El desacuerdo radica ahí, en la inherencia de la distorsión que une a quienes detentan el *logos* y a quienes no detentan más que la *phoné*. Empero, aquellos a los que se les atribuye la *phoné*, reclaman el *logos* y se muestran partícipes del mismo sustrato proponiendo su propia clasificación y trasgrediendo la obediencia que les corresponde bajo el orden establecido. La comunidad así sufre una distorsión en la cual una de sus partes orgánicas reclama un replanteo de su constitución y de su función. La comunidad no es entonces la agrupación de contingentes concretos de personas con funciones específicas, pero la positividad de la relación de disyunciones discursivas acerca de sí misma. La política no resulta de la suma de las instituciones que administran este cuerpo social, pero de las relaciones distorsionadas que surgen en los intersticios de la lucha por la posesión del *logos*. Ahora bien, es importante anotar que los contingentes sociales no presuponen la representación de lo concreto, justamente es este distanciamiento del discurso con lo real lo que permite la existencia de la denuncia de la privación de la “parte de quienes no tienen parte”. En otras palabras, los contingentes no se yerguen por sí solos como el símbolo de su actualidad, lo hacen gracias a sujetos universalizantes que proponen una clasificación argumentativa y demostrativa, lógica y teatral de una nueva clasificación social basada en la evidencia de la igualdad original.

El desacuerdo es la sustancia de la política, es aquello que se torna positivo en la negación de la comunidad única, es la fragmentación de la representación de la sociedad en las paradojas del lenguaje. La política es la fórmula del desacuerdo y el desacuerdo su único contenido.

Arquipolítica, parapolítica y metapolítica

Rancière distingue tres tipos de visión con los cuales la filosofía política ha intentado resolver la distorsión fundante de la comunidad.

La arquipolítica cuyo representante es Platón, opta por plantear un orden cósmico del Estado en el cual cada miembro cumple su función y participa de la sociedad en tanto engranaje activo de la misma. La sensibilización integral del *arkhé* en la comunidad, funda la jerarquía que asegura su movimiento. En el proyecto platónico de la comunidad la distorsión se desplaza fuera de esta y se funda una sociedad sin divisiones en la cual la ley no rige en tanto coerción pero en tanto humor. La búsqueda de la geometría perfecta lleva a Platón a tratar la ley como la naturaleza del *ethos*, el espíritu de la ley es el “soplo vital que anima la sociedad” es el discernimiento común del bien y el mal que constituye no tanto el límite de la acción subjetiva pero la constitución y contenido de todo su movimiento. El ciudadano se guía por la interpelación de la historia común y no por el peso de la ley. Para Platón y para la arquipolítica la virtud común no es la libertad (propiedad impropia del *demos*) pero la *sophrosyne* que refiere a la sumisión y a la obediencia como prerrogativas de temperamento del organismo social. Podemos aquí realizar una analogía entre la noción de movimiento en Schmitt y el humor de la comunidad en Platón, en ambos casos la ley no está definida por su trasgresión pues no existe escisión entre la acción común y sus límites, tan solo un movimiento inercial fundado en la interpelación que la *arkhé* opera sobre la comunidad integral. En resumen, la arquipolítica plantea un solo contingente sin fracturas internas que desplaza la distorsión y el desacuerdo a sus límites externos.

La parapolítica por su parte está representada en el pensamiento de Aristóteles y busca introducir la distorsión dentro de la comunidad, para Aristóteles la igualdad engendra política pues es justamente porque hay iguales que unos mandan sobre otros. Sin embargo la parapolítica busca por medio de la prudencia un gobierno que permita la participación virtual de las porciones sociales en pugna dentro del *telos* comunitario. Aristóteles no introduce la fuerza bruta del *demos* dentro del Estado, introduce las precauciones necesarias para que este *demos* no se manifieste. La parapolítica propone la realización eterna de la distorsión, busca la neutralización del desacuerdo en una inclusión que lo invisibiliza. La parapolítica opera el arte del mando, la dominación de la distorsión por medio de su cumplimiento. La prudencia como virtud común de los

gobiernos permite que la *politeiai* se acerque a la *politeia* por el mero intento abstracto de justificarse en el equilibrio.

La parapolítica también tiene su versión moderna, Rancière atribuye a Hobbes el intento más elaborado de representar el orden policial como un dispositivo desprovisto de contenido específico (arquipolítica) que plantea una fórmula límite para la vida en comunidad. El Estado como un órgano supraindividual rector de las pulsiones individuales, transforma a la ley de un humor colectivo a un concepto límite en el cual el acto libre del ciudadano está ya previsto. La interpelación se transforma en coerción y la ley delimita el marco de acción de la sociedad en su conjunto. La comunidad así contiene el *demos* sin padecer su litigio.

La metapolítica ve, según el autor, en Marx su más sofisticada expresión. La distorsión en este caso es abordada en su totalidad e instituye la certeza de la política. Para la metapolítica la “cuenta errónea” desenmascara la política y evidencia su falsedad. La verdad a la que llega Marx es la de contrastar una “sociedad real” con una “falsa política” sin embargo esta verdad no refiere a una mala representación de las partes pero a una imposibilidad de acercar la distancia entre el “ideal identificado con la figuración rousseauiana y la realidad concebida en términos hobbesianos”⁷⁰. La verdad de la metapolítica es la falsedad de la política, es la mirada genealógica que Marx dirige al discurso policial de la sociedad y la denuncia de su banalidad. La metapolítica busca mediante la evidencia científica de la falsedad de la política, la aparición de la realidad de la sociedad.

Es por eso que el autor ve en dos conceptos de Marx una ruptura innovadora. La “ideología” por un lado, que representa la distancia inherente entre las palabras y las cosas, el discurso que oculta en sus arreglos la realidad del obrero y el concepto de “clase” que no hace referencia a un contingente concreto pero a la cuenta de los que no tienen parte, a la argumentación teatral que un tercero hace entre la relación del orden policial y de las partes que no están comprendidas en él. El proletariado no es entonces una víctima universal, pero el producto de una lógica/metáfora universalizable.

⁷⁰ Jacques Rancière, *El desacuerdo*, Nueva Visión, Bs. As. 2010, Pág. 108

Policía y Política

Rancière diferencia dos ramas dentro de la acepción común de “política” la policía y la política.

La policía hace referencia al Estado como un ente integral y estático, que al no tener fracturas internas funciona como un organismo del cual cada miembro es una enervación con una función definida. La jerarquía en el orden policial esta dictada y la actividad “política” limitada a la administración.

La política por su parte representa esas irrupciones de otros mundos de sentido, otras clasificaciones que interrumpen el orden policial. Se halla en los intersticios del organismo y entre los organismos y se constituye como positividad en la negatividad de la distorsión. La revolución es política porque irrumpe con su propio lenguaje el orden establecido. El gobierno es policial porque no pone en duda el orden, establecido, ni la jerarquía ni la ley, lo que hace es asegurar su perpetuación por medio de la coerción.

Demos y Proletariado

Aquello que el *demos* y el proletariado tienen en común es que ninguno de los dos designa un contingente social concreto, designan la reivindicación en la cuenta errónea de la política. El *demos* “no es el pueblo ideal de los textos fundadores, ni el pueblo real de los talleres y los barrios”⁷¹, es un tercer pueblo, el pueblo imaginado por aquel sujeto universalizante que puede tomar la distancia necesaria del orden policial y denunciar la evidencia de la falta de la parte de los que no tienen parte. El *demos* es la irrupción del argumento igualitario en la lógica policial, es aquello que cierra el círculo de la comunidad y origina el nudo político. Es la *phoné* reclamando *logos* desde la construcción dramática y lógica de un tercero. El *demos* no es el pueblo que toma conciencia de sí mismo y se alza en contra del orden establecido, es el discurso que un testigo crea sobre los incontables y presenta con el respaldo de su imagen ante el mundo de sentido vigente.

El proletariado de la misma manera no refiere a los obreros reales pero a la argumentación y producción estética que los toma en cuenta. El *demos* y el proletariado

⁷¹ Jacques Rancière, *El desacuerdo*, Nueva Visión, Bs. As. 2010, Pág. 114

develan la falsedad de la política al infinito pues demuestran la cuenta errónea y enfocan la distorsión como prueba científica.

Anexo 4

Entrevista al Arquitecto Guillermo Jones Odriozola, sobre El Plan Regulador de Quito de 1942

Arquitecto Walter Domingo

Julio 25 de 1991, Punta del Este. Uruguay

Walter Domingo- Guillermo: el profesor Ramón Gutiérrez, Director del Instituto de Investigaciones de Historia de la Arquitectura y del Urbanismo con sede en Resistencia, Argentina, me solicitó que te entrevistara para obtener información directa sobre tu actividad en Quito vinculada a la formulación del Plan Regulador, considerando que se trata de un hecho cultural importante.

Es interesante comenzar explicando cual era tu actividad entonces y cómo se produjo tu vinculación con la Municipalidad de Quito.

Guillermo Jones Odriozola- Me recibí el 23 de octubre de 1937 y en febrero de 1938, con el arquitecto Mario Payssé Reyes, iniciamos el concurso del Gran Premio de la Facultad de Arquitectura. Luego de la primera prueba se auto-eliminó uno de los concursantes y seguimos Mario Payssé y yo hasta la penúltima prueba que para mí, fue la más difícil porque en un conjunto de edificios, el tema no lo recuerdo, obligaba a definir un símbolo. Don Julio Vilamajó decía "... cuando Ud. haga arquitectura está bien que piense en el funcionalismo, en los materiales de construcción, orientación, etc, pero nunca olvide el símbolo, porque ello es lo fundamental en su arquitectura. Lo va a poner en el monumento, en la casa, en las oficinas, en el edificio de exposiciones, donde va a aparecer como un valor de esos que no se descomponen nunca, de esos que están desde el principio al fin en el órgano arquitectónico.

En este tema, Payssé resultó eliminado, todas las pruebas eran eliminatorias y yo quedé sólo para la prueba final, cuyo tema fue: "El palacio de la confraternidad universal".

Obtenido el gran premio, debí programar el viaje de estudios. Todos los viajes de los Grandes Premios hasta entonces habían sido hacia Europa. Yo deseaba volver a Europa, mi mujer era inglesa y entonces pedí a la facultad un año de plazo para estudiar el viaje, lo cual la Facultad me lo concedió. Pero a comienzos del 41, la cosa en Europa se ponía

cada vez más fea y entonces presenté a la Facultad un plan para hacer mi viaje a través de América y con el sentido de seguir la evolución de la arquitectura en América, es decir períodos precolombinos, periodos de la conquista, período de la colonización hasta llegar a la época contemporánea. La Facultad aprobó mi plan y el 13 de marzo de 1941 salí de viaje con el arquitecto Octavio de los Campos. Pensaba visitar desde Buenos Aires, el norte argentino, Bolivia, Perú, Ecuador y Colombia, algún país centroamericano como Guatemala, irme a México y Estados Unidos. Tenía además que pensar en trabajar en algún lado porque la plata que me daba la Facultad no iba a alcanzar para ese viaje. En la época de estudiante yo trabajé en dos estudios de arquitectura, en De los Campos, Puente, Tournier. Fui muy amigo del primero y en el estudio de don Julio Vilamajó, aquí desde que inicié mis cursos de arquitectura y aún después.

Visitamos: el norte argentino, La Paz, Puno, Cuzco, Macchu Picchu, Lima, de donde De Los Campos regresó a Montevideo. Allí tomé un barco que me dejó en Guayaquil.

Ahora bien, yo conocí a un ecuatoriano que era el Dr. José Gabriel Navarro, que en el año 1937 había venido a Uruguay en un viaje por el sur y dictaba conferencias sobre el arte colonial de Quito. En ese entonces la Facultad de Arquitectura organizaba un viaje de alumnos del último año, que se hizo a Brasil con el Decano profesor Mauricio Cravotto y Américo Ricaldoni. La Facultad arregló para que don José Gabriel Navarro integra esa delegación uruguaya de estudiantes.

Llevamos trabajos del taller Garré. A la vuelta del viaje yo quedé con una relación con el Dr. Navarro y desde Lima le escribí una carta indicando la fecha en que llegaría a Quito. Cuando llego a Ecuador, sucede que José Gabriel Navarro había escrito una serie de libros sobre arquitectura colonial, libros muy descriptivos con malas fotografías y donde no aparecía lo esencial que Don Julio llamaba símbolo, el fundamento de la arquitectura.

Me dije: acá ,esto no está historiado en ningún lugar del mundo, nadie sabe nada de Quito ni de Ecuador, yo aquí pido permiso a mi Facultad y aquí me quedo y hago una documentación como debe ser de Quito. Pedí permiso para quedarme seis meses y me establecí.

Lo primero que hice fue contactarme con la Municipalidad, con la Universidad y con la Embajada Británica. ¿Por qué con la embajada Británica?. Estábamos en el año 1941 y yo había dado conferencias en Lima, en el Instituto Peruano Británico de cultura sobre la Inglaterra que había visto en 1938.

Di tres o cuatro conferencias sobre planificación regional y urbana, tome contactos con ingenieros, porque no había arquitectos. Eran todos ingenieros ecuatorianos que, como la gente tenía que vivir y no lo podían hacer en los puentes ni en las carreteras, hacían casas, en las cuales copiaban detalles de los edificios coloniales, como por ejemplo grandes rosetas encima de las puertas todas elaboradas... ahora sí, con una labor artesanal de la madera, de la cerámica, con una pintura que eran cosas realmente extraordinarias, que no se encontraban en ningún otro lado. Además los nativos de distintos sectores de Ecuador, en telas haciendo ya alfombras, ponchos chales, etc., eran muy buenos, pero que les faltaba el sentido estético evolucionado que debían haber tenido desde la época de la conquista. Se habían quedado con los ejemplos de la conquista. Lo que se hacía en Quito en ese momento no era arquitectura, eran casas, eran lugares para vivir, que ni siquiera tenía aquel carácter primitivo, puro, hermoso de lo que habían hecho los nativos de Ecuador, como los de Perú, Bolivia, norte argentino y que tampoco tenían lo que los colonizadores habían desarrollado.

Me encuentro con una ciudad donde el español que había venido a colonizar se había encontrado con lo siguiente: con que él había abandonado una España o una Europa o un norte de África, porque gran parte de los obreros, que no venían como obreros sino como futuros colonizadores o soldados, eran árabes, de las zonas del norte de África. Esa gente venía a hacer lo que sabían y podían hacer y por ello me encuentro con una riqueza excepcional. porque ellos venían libres en su forma de hacer ... no tenían el control del regidor, del llamado arquitecto de la corona... esa gente estaba libre y así eran las casas que yo había visto en la Paz, en el Cuzco, hechas por españoles. Pero en Quito esto tenía una floración tal, tenía una belleza tan enorme, que me encuentro en un edificio como el claustro de San Francisco que tenía, salvando la distancia que puede haber con una obra que representa centenares de años de cultura como el Palacio Pitti, pero San Francisco es el palacio Pitti de la América Latina, y tenía una iglesia como la Compañía, donde todo era una labor de artesanía, de arabesco total y completo y estaba la Merced, estaba Santo Domingo y estaba el Tejar y todo era así.

Yo me entusiasmo, me pongo a meter mano, empiezo a dar conferencias sobre arquitectura, sobre planificación, sobre lo que había que hacer en Quito, etc., y surge allí la persona, el Ingeniero Eduardo Polit Moreno.

Cuando a fin de año estoy preparando mis petates para mandarme mudar, yo había llegado a Quito en mayo del 41, y en julio 41 llegó mi esposa con nuestra pequeña hija... nuestros contactos en Quito eran pintores, escultores tallistas de madera,

ingenieros, mucha gente que se dedicaba a cosas de arte, pero había gentes de importancia allí: una era una familia cuya señora Olga Fisch tiene hasta el día de hoy una de las casas más importantes de artículos de arte para el hogar. Se llama Folclore y sus alfombras son tan fabulosas hechas con la base de sus diseños propios en sus talleres por obreros indígenas con las lanas teñidas de acuerdo a los ancestrales métodos y tipos de teñidos que usaban en la época pre incásica, que en ciertos salones de encuentros de las Naciones Unidas, esas alfombras son las que cubren todo el suelo. Otras personas importantes eran Osvaldo Guayasamín, pintor que recién empezaba a sacar sus pinceles a luz, el ingeniero Eduardo Polit Moreno... y había un pintor holandés Schoröeder muy interesante, un pintor norteamericano Lloyd Woolf, muy bohemio.

Cuando estamos a punto de irnos, el Concejo Municipal de Quito me ofrece la posibilidad de hacer el Plan Regulador de la Ciudad, nuevamente pido permiso a la facultad, que me lo concede, para quedarme el plazo necesario. También consulté con mi padre, el arquitecto Alfredo Jones Brown, que me envió un telegrama así: "aunque no ganes un peso, hazlo". Mientras tanto visitamos Colombia, una serie de lugares como Popayán, Cali y tuvimos contacto con una firma de arquitectos Cuellar, Serrano y Gómez. Regresamos a Ecuador y más o menos en Marzo de 1942 inicié el estudio de la planificación de Quito.

La Municipalidad me pide que prepare un borrador de contrato que redacto con algún asesoramiento de Montevideo y el arancel de honorarios de la Sociedad de Arquitectos de Uruguay. La Municipalidad me pone todo el personal y una oficina. Al principio el personal era: un excelente ingeniero, Eduardo Naranjo; un excelente dibujante Jaime Valencia y un chofer. Así estudiamos el anteproyecto de planificación, pero hay algunas otras cosas interesantes. Se reúne en Santiago de Chile un Congreso Panamericano de Arquitectos y la Municipalidad de Quito no tenía nada para presentar. Preparo yo, que me sentía incorporado a la sociedad ecuatoriana, una documentación fotográfica de la arquitectura colonial como no había una colección semejante, sobre la cual se hizo una exposición de cincuenta ampliaciones de sesenta por sesenta, que son llevadas a Chile por el Alcalde. Es la primera vez que una exposición de mis fotografías sale al exterior, y disculpa la falsa modestia eran estupendamente buenas, tanto que luego van a tener un resultado del cual hablaré más adelante.

W. D. - Guillermo Jones Odriozola sigue diciendo cómo se vincula con personalidades de otros países, sobre todo norteamericanos que, al llegar a visitar Quito, son

contactados con él para que los guíe; así conoce a Francis Henry Taylor, Director del Museo Metropolitano de Nueva York, que a su regreso a Estados Unidos obtiene al mes una invitación a Guillermo Jones Odriozola para que visite los Estados Unidos, invitación conjunta de las fundaciones Carnegie, Rockefeller y Guggenheim. En ese viaje entrevistó a varios arquitectos, entre ellos Antonio Raymond, Philip Goodwin, William Lescaze, Walter Gropius, Eliel Saarinen.

Antes de salir de viaje había entregado el anteproyecto y volvió para encarar el proyecto definitivo. Aquí le pedimos a Guillermo Jones Odriozola que exponga una conceptualización de su proyecto e indicación de los antecedentes que pudieran haber influido en su obra.

G. J. O. - Con Mario Payssé en 1938 habíamos visitado en Europa el taller de Le Corbusier, en Inglaterra el grupo Tecton, en Hilversum la obra de Dudok, África del Norte y aquellas tres ciudades que Mussolini construyó cerca de Roma, Littoria, Sabaudia y Pontinia, habíamos visitado zonas de reconstrucción después de la primera guerra mundial en Francia, Holanda y Bélgica y más o menos habíamos pensado algunas cosas. Pero nos encontramos con una ciudad como Quito que tenía una inmensa riqueza colonial, que había que preservarla, costare lo que costare, y un paisaje increíble fabuloso, una calidad de cielo y de suelo únicos, porque era un valle verde, productivo, trepado en los Andes a 2850 metros de altura sobre el nivel del mar, con el Pichincha ahí al lado, con la quebrada de Guápulo que bajaba al pueblito de Guápulo, y luego eso más adelante desembocaba sobre el valle del Guayabamba donde corría un río que iba a desembocar al Océano Pacífico y allá lejos, lejos... en el horizonte se veían el Cayambe con sus cumbres enteramente nevadas, el Pichincha al pie del cual estaba Quito, que en lo que ellos llamaban el invierno también amanecía con sus cimas nevadas, pero Quito tenía una particularidad muy linda que se asocia en mucho a lo demás español de América. Tenía los barrios y yo acababa de recibir como regalo los trabajos de planificación de Abercrombie sobre Inglaterra, la reconstrucción que ya estaban planificando los ingleses para cuando volviera la paz. Estudié esos trabajos y llegué a la conclusión de que había que darle a cada barrio la sensación de ser una unidad, es decir, una unidad con su escuela, iglesia había por todas partes de modo que no había que preocuparse por construir ninguna más, mercados principales había por muchos lados, pero no había tantas escuelas, no había tantos centros de barrio, no había vías que cruzaran la garganta que se formaba en el cruce de ciertos sectores de la ciudad, como

por ejemplo entre la ciudad antigua hacia el sur, hacia la vía de ferrocarril y la zona industrial y hacia el norte que es la parte residencial más importante...de la zona de la Carolina, en donde el estadio Atahualpa, que es un crimen como lo hicieron, totalmente distinto de todo lo que yo había proyectado como centro deportivo. Había proyectado el estadio basándolo en la colina del Itchimbí que queda hacia el lado este, se desarrolla la colina en altura o sea que se podía haber desarrollado toda la parte de canchas y espacios horizontales abajo y todas las zonas de graderías en la pendiente, como los teatros griegos. En cambio hicieron un estadio como los que se hacen en lugares planos. Me acuerdo que un señor Tous, catalán seguramente, me pidió que le proyectara una casa y le hice una casa incrustada en la montaña y desde hace unos cuantos años es la sede de la embajada argentina en el Ecuador. Todo tenía como espaldar la montaña y al frente el enorme valle La Carolina.

Y yo desarrollé los barrios...había aprendido algunas cosas en la visita por el norte de África. Allá había cosas muy lindas, por ejemplo, la Casaba era el cerro que quedaba en la parte más vieja de la ciudad y que estaba dedicado puramente a la gente árabe. Cada barrio, circunscribiéndolo a una determinada cantidad de personas, que no me acuerdo si eran barrios de alrededor de cinco mil personas... no me acuerdo bien. En esos barrios ya aprovechaba las calles para bordearlos con pequeñas avenidas parques de modo que en esas avenidas parques yo pudiera ubicar elementos necesarios, por ejemplo, había escuelas que debían ir en todos los barrios, pero había ciertos elementos como liceos. Cada barrio no podía tener un liceo pero sí la concurrencia de dos, tres o cuatro barrios podían darle ubicación de un liceo y luego aún de una ciudad universitaria en determinada ubicación y ciertas otras cosas.

Creé una cosa que fue muy linda y que después la echaron a perder. Había un monumento y lo hay hoy aún, que es precioso, el monumento a Bolívar que se hizo al final de la avenida viene de la parte de la Carolina, de la parte del norte hacia la ciudad vieja y ese monumento tiene como figura final del avance de esas tropas que van poco menos que en el aire, la figura de Bolívar sobre un caballo que tiene el *élan* completo del hombre que va precipitado en el espacio. Y entonces, yo creé allí un gran centro, el centro de gobierno con el edificio presidencial, con los ministerios, con avenidas que circundaban todo esto, con los patios y los jardines y las fuentes que te daban el espacio donde se busca la proporción del individuo con el volumen para darle la escala para que el hombre no se sienta abochornado por ninguno de los elementos, ni por el espacio libre ni por el volumen construido. Don Julio Vilamajó, a quien le mande fotografías, yo

le mandaba fotografías de todo lo que estaba haciendo cada poco tiempo, me escribió una frase muy linda a propósito de ese centro. Me escribió: Usted ha creado el nudo que desanuda. Porque era el nudo lo que yo había hecho allí, pero el nudo desanudaba todo el tránsito y creaba espacios y había incursiones de elementos que ya estaban hechos, como la iglesita de San Blas que medio se metía dentro de un parquecito, etc.

Entonces la creación de todo el anteproyecto de Quito se desarrolla sobre la base de la arquitectura barrial haciendo que la penetración del tránsito en los barrios sea difícil, sea fácil únicamente para el tipo que viene al barrio, pero no crear barrios atravesados por calles, porque entonces deja de tener un sentido de que el chico pueda estar jugando en la vereda o lo que sea o que está jugando aún mismo en la calle.

No, no se podía dar el lujo de hacer ciertas cosas en Quito. No hay que olvidarse que Quito en aquella época no se habían descubierto las minas de petróleo que tienen ahora. Entonces habían que adaptarse a todo eso. Ahora lo que tu te imaginas fue la lucha que tuve que tener contra la gente conservadora que porque iban a tocar una casa, no una casa antigua, sino una casa vieja que se estaba cayendo.

Al ver a Quito, al recorrerlo...yo creo que las ciudades por lo menos hasta mi época deben entrar en el arquitecto por las suelas de los zapatos, no es solamente con fotografías aéreas, ni clichés, ni planos, hay que recorrerlas, hay que mirarlás desde el punto de vista que la ve la gente, porque la ciudad es el pueblo y el pueblo no anda siempre ni en aviones ni en automóviles ultra rápidos. Anda a pie, el tipo que disfruta de la ciudad anda a pie.

Entonces allá tu veías una ciudad con sus barrios perfectamente caracterizados, pero que estaban mal separados entre sí porque todo se atravesaba de la misma manera. Entonces lo que yo traté de crear fue zonas, que los barrios fueran zonas tranquilas. Además intenté organizar dentro de la parte antigua y eso fue como esquema de la organización económico social constructiva del plan.

Intenté organizar a los propietarios por manzanas, es decir que en vez de tener un fulanito que tenía una casita que dentro de veinte años la iban a echar abajo porque aquello estaba tomando cada vez mayores valores, que se unieran. En Quito lo que tiene gran valor es la arquitectura religiosa, tan es así que Bolívar llega una vez a decir lo siguiente: que habían tres lugares que eran absolutamente distintos en su Gran Colombia, Venezuela era un cuartel, Colombia era una universidad y Ecuador era un convento. Es decir, la arquitectura civil en Quito de la época colonial se reduce a muy pocas casas de verdadero valor arquitectónico. Entonces en la ciudad vieja había mucha

porquería que había que eliminar.

Se levantan claro está contra mí, tú no te imaginas, que hasta la presidente del Concejo tenía que ir armado a ciertas reuniones porque había peligro de que hubiera un conato de asesinato contra él. Y el Dr. Humberto Albornoz, Presidente del Concejo era el más firme defensor del Proyecto junto con quien antes que él desempeñaba la presidencia de la comisión de arquitectura y construcción, que era el ingeniero Eduardo Polit Moreno. El Dr. Albornoz del partido liberal, el Ing. Polit Moreno del partido Conservador, es decir, partido de gobierno y partido de oposición estaban empujando el mismo proyecto.

Yo trato de organizar en la ciudad pequeñas cooperativas de propietarios para que las manzanas, que el edificio de cada manzana fuera un edificio o un grupo de edificios pero todo concebido con una sola organización espacial y plástica, es decir, rodeado de jardines, rodeado de fuentes, con los espacios debidos, con las alturas debidas, con las organizaciones de comunicaciones debidas, y un día llego a poner una frase que recuerdo que el Presidente del Concejo me pida que la corrija, que es cuando indico que los intereses colectivos deben primar sobre los intereses particulares. Eso ya les pareció demasiado.

Y así se organiza toda la planificación del Plan Regulador de Quito. Se organiza todo eso, yo me voy a Estados Unidos y a la vuelta comienzo la obra. Había estado ausente dos meses en los cuales, la oficina ya organizada en forma diferente, porque tenía cerca de 25 funcionarios, del grupo aquel que inicialmente éramos tres. Había varios dibujantes, había dos topógrafos, dos agrimensores, los cadeneros que llevaban las cintas de medir que eran antiguamente cadenas.

Indiscutiblemente cuando uno está realizando un anteproyecto y tiene que pasar al proyecto definitivo, que como yo les decía allá en Quito a los colaboradores y a la gente del Municipio, tenía que ser un proyecto tal que no fuere en realidad una palabra dura, exacta, terminante, indeformable, sino que tendría que ser un proyecto que debiera dar ocasión a medida que el tiempo transcurría a que todas las posibilidades técnicas o de cambios sociales o lo que fuere pudieran introducirse dentro del proyecto sin causar daños al esquema general, es decir, que había que partir de una idea, partir de una filosofía era el pueblo, había que crearle al pueblo lo que el pueblo necesitaba y no tenía, era lo que yo creía que había que organizar en sus barrios, y por medio de la reunión de los barrios, había que hacer el gran barrio o la pequeña región hasta llegar a la extensión donde la ciudad se mete en el campo sin tener cinturón exclusivo como antes se les llamaba a todas aquellas avenidas de circunvalación que te encerraban la

ciudad y si la ciudad engordaba, como los gordos que compran pantalones que no pueden agrandarse, entonces la ciudad empezaba a supurar por todos lados.

La ciudad tenía que permitir las posibilidades de todos los cambios que pudieran sobrevenir en el curso de los años. Ahora sí, llegar a una extensión tal donde los servicios no llegaran a constituir una carga antieconómica para los habitantes de la ciudad.

De esta forma estudiamos todo Quito en el plan ya de desarrollo mayor, creando la ciudad universitaria, creando el centro deportivo, creando la zona industrial, creando el centro de gobierno que Don Julio decía que era el nudo que desanuda y que hay fotografías en el material que te estoy dando, Walter.

Entonces el desarrollo de este proyecto se hizo digamos desde más o menos septiembre del 43 hasta noviembre del 44. Todo el pase del anteproyecto. En el momento en que estábamos ya con los originales del proyecto definitivo, del proyecto definitivo del proyecto nuestro, en nuestro paso por la evolución física de la ciudad de Quito, en momentos en que ya tenemos todo preparado, todos los esquemas, todas las láminas para empezar a presentar en ellos las distintas partes que deben constituir un estudio completo de una planificación física, en ese momento me sobrevienen hemorragias a la vista y yo me quedo prácticamente ciego.

Entonces en ese momento debemos disparar a los Estados Unidos donde después de un pequeño período me envían a John Hopkins en Baltimore y en John Hopkins de Baltimore me quedo durante un mes y medio con desprendimiento de retina en ambos ojos, no había rayos laser en aquella época, además con hemorragias en el vítro, es decir, en una situación fea. Pero la afrontamos de la única manera que se podía afrontar y era poniendo el pecho a las balas.

Además fuimos al John Hopkins porque el médico que estaba al frente del Medical Center de Nueva York me dijo que él no podía hacer absolutamente nada por mí y en cambio que podíamos encontrar quizás algo en John Hopkins. Bueno, pero eso es capítulo para otra historia.

Ahora en Quito pasó lo siguiente: El proyecto que nosotros habíamos elaborado quedó en manos de tres arquitectos uruguayos que estaban en ese momento allí y que se negaron a la presentación final. Como te digo, todas las láminas ya estaban preparadas, lo único que había que hacer era dar en cada lámina la expresión y el colorido para definir las funciones del trabajo, las funciones de tránsito, las funciones de habitación y las funciones culturales. Y luego interpretar en toda la zona antigua de la ciudad, por

medio del color y mostrando lo más que se podía todo lo que yo había proyectado, y digo yo, y perdón que hable así en primera persona, porque yo no tenía ningún otro arquitecto que estuviera colaborando conmigo en el proyecto de Quito.

Había allí un arquitecto uruguayo que estaba colaborando conmigo en obras de arquitectura que teníamos, se llamaba Gilberto Gatto pero no trabajó absolutamente en nada en la parte del plan regulador, y había dos arquitectos que llegaron de paso: eran Alfredo Altamirano y Jorge Bonino, ambos de la facultad de arquitectura de Montevideo, Alfredo Altamirano, Gran Premio. Ellos... yo digo que cuando una cosa se hace bien repercute bien, porque yo los ayudé en Quito introduciéndolos en el ambiente de nuestros amigos que los recibieron muy bien. El pago que ellos me hicieron fue mucho más grande, porque cuando yo me enfermé fueron ellos los que quedaron presentando el trabajo. Gatto no presentó nada, sino que fue el hombre que hizo la firma en lugar mío de la memoria de la planificación y fue el que tuvo que ir al Parlamento porque el proyecto de plan regulador se transformó en ley y él acompañó al Presidente del Concejo al parlamento a presentarlo.

Ahora la planificación de Quito como tú bien sabes, la planificación de cualquier ciudad no se empieza ni se termina en un momento fijo, sino que empieza desde el momento en que se vislumbra la posibilidad de que aquí vamos a levantar una ciudad y se termina cuando... bueno, quizá cuando una bomba atómica liquide todo. Entonces de la planificación de Quito yo soy el responsable y me siento gratamente responsable de eso, y tan es así que habiendo abandonado Quito en 1944, en el año de 1974, es decir treinta años después, la Municipalidad de Quito nos hizo una invitación a mi señora y a mí para que fuéramos a Quito a quedarnos como sus huéspedes durante un mes y a revisar, a ver con ellos lo que había llevado adelante en trabajos de planificación partiendo de aquel plan del año 1944 hasta el momento del año 74 y lo que se había realizado. Al final de ese mes presenté un informe y toda esa documentación, quedó también en Quito.

Ahora, debo decir sí una cosa: del plan que yo había preparado muy pocas cosas se llevaron a cabo y por cierto que no se llevaron adelante las cosas más importantes. ¿Por qué?

Porque al contrario de los centros donde existe una verdadera cultura tradicional que no importa el partido que está o que cambie en el gobierno, pero donde se ha sentado una línea de conducta para dirigir los trazos de la marcha del país o de la región o del departamento o de la ciudad, cambie o no cambie el gobierno, esas líneas con las modificaciones impuestas por el paso del tiempo y no por el paso de los políticos, se

continúan.

En cambio en Quito bastó que cambiara un gobierno municipal a otro gobierno municipal, bastó que entrara un arquitecto fulano X Y Z para cabeza del plan regulador, fuera de todos aquellos que habían quedado y trabajado conmigo, porque la gente que trabajó conmigo y aquí hay material que yo traje para que tú lo tuvieras, Walter, para que tú lo examines, en defensa del plan regulador y que siguieron trabajando después de mi salida necesaria por enfermedad y que quedaron ellos como responsables, siguieron respetando lo que habíamos creado juntos, lo que en ellos se había incrustado como un elemento consciente, no que lo hubieran tomado como un mandato, sino todo lo contrario, sino que lo habían deducido en la misma forma como yo se los iba presentando y cómo lo habíamos visto todos juntos.

Ellos siguieron trabajando, pero llegó un momento en que los arquitectos ecuatorianos surgidos especialmente de la Facultad de Arquitectura de Montevideo, llegaron allá con la mira de destruir lo que había hecho un arquitecto uruguayo, por los años 50 ó 60. No se exactamente si llegaron con esa mira, pero que lo hicieron, lo hicieron .

Nosotros en el año 74 encontramos con que muy poca vigencia se había dado a los planteos que habíamos hecho...salvo uno, Diego Banderas que fue ya con ideas de respeto y me regaló un par de volúmenes que ellos habían hecho sobre la planificación de Quito y sobre los trabajos que estaban haciendo y le puso esta dedicación, más o menos: a fulano de tal, autor del proyecto más poético que he visto sobre Quito.

En líneas fundamentales creo que esa fue la historia de plan regulador de Quito.

Pontificia Universidad Católica del Ecuador
Facultad de Ciencias Humanas
Escuela de Sociología y Ciencias Políticas

Plan de disertación

**Quito en el imaginario social: un acercamiento a la
mitología de la ciudad**

Pablo Lloret
Quito, 2012

Plan de disertación

I Tema:

Quito en el imaginario social: un acercamiento a la mitología de la ciudad.

Pregunta:

¿En qué construcciones simbólicas basa Quito su significado?

Delimitación del tema:

El objeto de mi investigación gira en torno al discernimiento con el cual la ciudad se ha representado ciertos temas relacionados con la idea de comunidad y a los significados que ha otorgado a la noción de Quito. Este discernimiento, que por su estructura escapa a una aprehensión inmediata, está presente en lo que Barthes ha denominado como “mitos” y que no son más que: imágenes, opiniones, recorridos, etc. que han sedimentado, en torno a sí, muestras de aquello que la ciudad piensa acerca de sí misma. Estos mitos son ideas recurrentes en la opinión común que no están enmarcadas necesariamente en un lapso de tiempo ni en un lugar específico. Su temática, sin embargo, girará en esta investigación, en torno de la “ciudad”. Y los mitos se encontrarán en expresiones de la opinión común tales como revistas, postales, costumbres, etc. Los mitos no están constituidos por la expresión de observaciones que siguen una secuencia lógica, al contrario, su sustancia es la de una opinión cristalizada que, camuflada bajo el velo de la costumbre y la obviedad del lenguaje o de la imagen, es asimilada por la comunidad como verdadera y natural.

Tras una mirada genealógica, sin embargo, estas capsulas de discernimiento presentan trazas y huellas de discursos más completos, discursos que dan ineluctable origen a la forma en la que la comunidad se relaciona con su entorno y consigo misma. Si partimos de la premisa que dicta que aquello que acontece en una ciudad, en materia de relaciones sociales, está de entrada delimitado por aquello que la ciudad piensa acerca de sí misma; otorgaremos a estas opiniones repetidas, *ad infinitum*, el papel de ser fuentes de primera mano para, tras un análisis semiológico, entender e interpretar algunas líneas del pensamiento que están presentes en el discernimiento de la ciudad.

II Justificación del tema:

Las ideas que tenemos cuando hablamos de una ciudad, están muchas veces asentadas en presupuestos que han sido contruidos a lo largo de los años por un proceso invisible que, bajo el acuerdo tácito sobre el cual algunos temas son asimilados por la comunidad como verdaderos, dota a: imágenes, oraciones y posturas de cargas sociales bajo la impresión de representar objetivamente la realidad. Una especie de discernimiento general forma una imagen de la ciudad con elementos discursivos acuñados por diferentes actores sociales. Expresiones tales como: “quiteños de cepa”; “buena familia”; “Quito, la carita de Dios”; dicotomías como: “capital – provincia”; “norte – sur”; “metrópolis – cosmópolis” son el reflejo inmediato de los contenidos y límites de la ciudad en el imaginario social. En el caso particular de Quito, estas construcciones simbólicas resultan problemáticas puesto que muchas veces recogen en sus contenidos la impronta de contingentes sociales específicos bajo la impresión de representar a toda la ciudad. Evitando una visión maniquea de estos procesos, mi investigación busca interpretar algunos de estos mitos en tanto constituyen la clave para entender las dinámicas específicas de la ciudad.

Justificación académica:

La semiología es una de las ramas más útiles del pensamiento debido a que, en este campo, las herramientas teóricas están definidas con claridad y su uso se presta para la interpretación de diversos escenarios. A diferencia de lo que ocurre muchas veces con las teorías sociológicas, la semiología es, ante todo, un método que nos permite un acercamiento conciso y directo a nuestro objeto de estudio sin importar el contexto que lo constituya. En otras palabras, considero que resulta interesante aplicar teorías semiológicas al análisis del discurso que plantea el contenido de Quito en el imaginario social, porque las conclusiones que de ahí podemos extraer estarán redactadas desde nuestra realidad más próxima. Académicamente podremos aplicar una mirada genealógica a nuestro contexto sin que esto implique forzar grandes teorías y nos enfrentaremos a un verdadero trabajo de reflexión sobre aquello que constituye nuestro objeto de investigación. Utilizando con rigor un método que se ha probado como un recurso liberador para el pensamiento, evitaremos largas discusiones en torno a

contradicciones epistemológicas y podremos aplicar reglas sencillas a nuestra aproximación a la sociedad quiteña.

Justificación social:

Los mitos que fundan la imagen de Quito no son inofensivos, pues son ellos los que instituyen el orden jerárquico que impera sobre la ciudad. Esta investigación tiene un gran potencial para interesar a la sociedad en la medida en la que recoge y cuestiona una serie de opiniones, ideas preconcebidas y prejuicios que, a más de constituir el *status quo*, son invisibilizadas por su propia estructura. Los mitos son construcciones simbólicas que buscan naturalizarse y negar su lado coyuntural, histórico. La ciudad de Quito es talvez uno de los remanentes más dramáticos de discriminación étnica a nivel mundial. Junto a la Paz en Bolivia, esta ciudad lleva la colonia estigmatizada en cada una de sus prácticas que a su vez están maquilladas con la cotidianeidad y la naturalidad del mito. El interés radica en plantear una mirada genealógica hacia estos fundamentos y develar su carácter artificial, histórico y banal.

Justificación personal:

Me interesa investigar algunas de las opiniones e ideas que forman parte de mi cotidianeidad y si bien estas construcciones siempre me han resultado curiosas, me agradecería contar con un método formal para abordarlas y poder ejercer mis reflexiones dentro de un marco organizado de pensamiento. En mi opinión, parte del malestar que sentimos a diario en esta ciudad se debe no tanto a los problemas de movilidad, ni a los arreglos arquitectónicos, sino a la compleja red de presupuestos, jerarquías y opiniones que se ha entablado entre sus habitantes. Pretendo, también, mediante esta investigación poder aportar al esclarecimiento de las dinámicas sociales de las ciudades ecuatorianas, de las que tan poco se ha hablado y de las cuales hemos aceptado ciegamente un conjunto de clasificaciones, apelativos y opiniones.

III Antecedentes

Si bien se ha escrito mucho acerca de la ciudad de Quito y de los procesos que la atraviesan, estos estudios han tenido siempre un tinte arquitectónico y propositivo. Entre los ensayos que he tenido la oportunidad de leer se cuentan: los procesos neoliberales y su impacto en la privatización de la ciudad como uno de los temas recurrentes; la movilidad y teorías de descentralización, ocupan también lugares protagónicos en el pensamiento contemporáneo de la ciudad. Mi investigación busca reconocer, analizar e interpretar los mitos que atraviesan la opinión común quiteña y que son aprehendidos por esta como verdades indiscutidas. Desde esta perspectiva no existen estudios previos y no se ha aplicado la metodología semiológica al estudio de Quito.

Entre los estudios sobre la ciudad que he tenido la oportunidad de revisar se encuentran algunos escritos de Fernando Carrión quien es el coordinador del “Programa de Estudios de la ciudad de FLACSO”. También he tenido la posibilidad de asistir a dos conversatorios acerca de la ciudad de Quito: el primero se llevo a cabo en el auditorio de la FLACSO y contó con la presencia de tres arquitectos; y el segundo estuvo a manos del Alcalde de la ciudad Augusto Barrera y trató el plan de desarrollo para la ciudad de Quito hasta el año 2020. En estos textos y conferencias tuve la oportunidad de aproximarme al espectro de la ciudad que se maneja actualmente entre los órganos ejecutivos y académicos dedicados al tratamiento de problemáticas urbanas y descubrí que muchos de los mitos, a los cuales me refiero, se reproducen en estos círculos. Fernando Carrión, por ejemplo, afirma en su ensayo “El centro histórico como objeto de deseo”⁷² que “la pobreza opera como el Rey Midas pero al revés, todo lo que topa lo erosiona”^{73*} esta visión de la pobreza refleja una concepción marcada de la sociedad en donde lo arquitectónico prima sobre la realidad social. El alcalde Augusto Barrera, para citar otro ejemplo, desea que “Quito se transforme en una ciudad universitaria como

⁷² Fernando Carrión M, Regeneración y revitalización urbana en las Américas, FLACSO, Quito, 2005

⁷³ *Ibíd.* Pág. 41

* En la época en la que escribí el plan de tesis, no había leído ningún otro artículo de Fernando Carrión, no conocía nada de su trabajo. En el segundo capítulo de esta tesis sin embargo, al buscar bibliografía sobre “Quito metropolitano” encontré un documento elaborado por la Municipalidad en 1991, estando el autor como Director de Planificación, sobre el proceso urbano de Quito, y la información que se encuentra en este documento es una detallada y valiosa aproximación histórica a las mutaciones y crecimientos de la ciudad. Si bien me parece que la crítica arriba expuesta es pertinente; la parte del trabajo sobre Odriozola y especialmente el subcapítulo de esta tesis: “La modernidad y sus primeros destellos en Quito” se han basado en este libro, titulado: “Proceso Urbano. Un análisis histórico”. Me ha parecido correcto mantener el texto original del plan de tesis y hacer esta aclaración.

Boston”⁷⁴ lo cual descubre la visión ingenua y marginal que se dedica a la idea del desarrollo humano en los planes para Quito. Cito estos dos ejemplos pues, si bien sus autores son respectivamente: un reconocido académico y el alcalde de la ciudad, son representaciones claras de opiniones elaboradas al seno de la opinión común y llevan el lastre de sus prejuicios. La opinión no puede regir las directrices que guían el devenir de la ciudad y mi investigación busca justamente rastrear los visos del discernimiento de la ciudad en todo este constructor de: ideas, nociones e imágenes, que pululan sobre la reflexión urbana.

En resumen, no he encontrado antecedentes teóricos en la línea específica que plantea mi investigación. Aquello que se ha escrito y discutido acerca de Quito, se ha planteado en términos preteóricos que basan sus conclusiones en los mitos que pretendo analizar. “El Quito del buen vivir”; “El Quito que queremos es el Quito que hacemos”; “El Rey Midas” son mitos en el sentido barthesiano del término y si en algo estas reflexiones y construcciones anteceden mi investigación es en calidad de materia prima, pues en ellas encuentro las bases dogmáticas de la jerarquización de la sociedad quiteña y los presupuestos que guían su devenir.

IV Marco Teórico

Para la elaboración del análisis de esta investigación, me basaré en la teoría semiológica de Roland Barthes. La noción de “mito”, “mitología” y “sentido común”, entre otras, serán utilizadas bajo las acepciones conferidas por este autor. Para la clasificación de las partes del sistema semiológico utilizaré la teoría de Ferdinand de Saussure y finalmente para un acercamiento a la jerarquización social, a la lucha del sentido como objeto de la política, utilizaré las teorías elaboradas por Jacques Rancière principalmente en sus libros: “El desacuerdo” y “El tiempo de la igualdad”.

Finalmente utilizaré los análisis de Jean-Claude Milner para argumentar la validez epistemológica del método semiológico de Barthes. A continuación un pequeño resumen de la propuesta teórica de Barthes.

⁷⁴ Conferencia llevada a cabo por la Alcaldía de Quito en la PUCE, Abril de 2012

La estructura del mito en Barthes

Para dar cuenta de la estructura del mito, Barthes, se basa en un sistema de análisis que descompone los fenómenos en las fases del proceso dialéctico. En un primer momento esta descomposición opera al nivel lingüístico. En el pensamiento de Saussure, por ejemplo, el lenguaje se descompone en: el significante que es la imagen acústica; el significado que es el consenso abstracto que tenemos sobre esta imagen (el concepto; la lengua) y el signo que es la relación que se entabla entre las dos etapas anteriores. El lenguaje entonces se encuentra poblado por signos, que, a manera de síntesis, son la cara visible de una conjunción de procesos. Para Barthes este proceso dialéctico se encuentra también presente en el pensamiento de Sartre, en donde, la obra (signo) es el resultado de la relación que se entabla entre la crisis original del sujeto (significado) y el discurso literario (significante). Sin embargo, el mito no se construye en base a estos tres elementos, pues si bien sigue la misma estructura dialéctica, utiliza los signos como materia prima. En otras palabras, el mito, dispone de los signos contruidos ya por el lenguaje para su aparición. El mito es una segunda ronda dialéctica en la cual los términos que ya han sido dotados de una síntesis lingüística, entran nuevamente a fusionarse entre ellos y nos dan como resultado, no tan sólo una relación entre el significado y el significante, mas una conjunción entre un signo y otro signo –que si bien juegan a su vez el papeles análogos a los de significado y significante- se encuentran dotados en esta segunda ronda de fuertes atribuciones sociales.

El mito no es, entonces, la versión inocente e ingenua de la verdad lingüística, es la positividad de construcciones sociales que, si bien no se presentan como palabras simples (pues han seguido varios procesos de depuración lingüística), surgen bajo su misma formula y son aprehendidas por la burguesía en un solo movimiento irreflexivo.

El mito es, desde esta perspectiva, la banalidad encarnada en la dotación de significados sociales a la conjunción de signos lingüísticos. En otras palabras, es una serie de frases contruidas, de clichés y reflexiones que –en cápsula- representan el discernimiento de una sociedad. Este discernimiento no se basa en un ejercicio socio-intelectual de relación con la realidad, sino en una apropiación mecánica de opiniones y artificios, que sedimentados en el sentido común, se presentan bajo la evidencia de la lengua. En la sociedad el mito se esconde en su estructura, puesto que, su forma mimética permite que la relación, que nosotros entablamos con él, sea justamente bajo la obviedad de la palabra. Las múltiples depuraciones dialécticas que dan origen a un mito, no pueden ponerse de manifiesto ya que su estructura resultante no difiere de su estructura primigenia.

En base a estas afirmaciones, Barthes, presenta a la semiología como una ciencia que, si bien incompleta, merece la atención de otras ramas del pensamiento, ya que da cuenta de fenómenos que escapan al formalismo tradicional.

El trabajo del semiólogo es, según el autor, el desciframiento y la constante búsqueda de estas construcciones invisibles que componen, no tan sólo, la lengua cotidiana sino también grandes porciones de supuestos históricos, ideales políticos y estructuras morales.

Algunos mitos develados por Barthes

Sentido común: Amalgama infinita de mitos con la que la burguesía construye su discernimiento y su relación con la realidad. Según el autor el mito radica en la justeza y temple que supuestamente inviste esta facultad. El sentido común reclama privilegios sobre la etérea y pretenciosa intelectualidad, que a su vista, se aleja de la realidad y de la patencia del mundo cotidiano.

Burguesía : Porción social histórica que reclama valores universales y se atribuye el derecho de la clasificación de la sociedad. Habla en primera persona en términos míticos atemporales. Y su desarrollo se acompaña de un proceso paralelo de depuración dialéctica que, según el autor, ha desembocado en un regreso triunfal del esencialismo.

Población; hombre de la calle: Construcciones míticas que dan cuenta de una supuesta homogeneidad social en la cual la pasividad prima sobre las relaciones políticas. La burguesía universaliza sus demandas a nombre del “hombre común” y se presenta como el portavoz de la “población” en general. Incluso si estas palabras no designan a contingentes reales sino al resultado de procesos de invisibilización lingüística, la relación que entablamos estructuralmente con ellas es la misma que entablamos con cualquier hecho evidente.

V Marco Metodológico

Para esta investigación utilizare el método fenomenológico. El trabajo consistirá en: el análisis de las publicaciones elaboradas por el Municipio de la Ciudad (Revista Q; El Quiteño), el análisis de ciertas ideas preconstruidas presentes en ciertos programas de radio (Radio Visión por ejemplo representa la voz del Quito ilustrado, de la clase media); El análisis de aquellos editoriales de la prensa que contengan ideas sobre Quito (El Comercio); El análisis de revistas de sociedad (Caras; Cosas) y la interpretación de las líneas de reflexión presentes en las publicaciones especializadas a cerca de Quito (FLACSO; Fernando Carrión; Fabián Corral; Jorge Salvador, entre otros). Esta investigación plantea una visión genealógica de las ideas que circulan entre la opinión común, sin embargo estas ideas no se presentan de forma sistemática, por lo tanto, deben ser detectadas y analizadas. Esto quiere decir que la investigación no será un excursio progresivo acerca de un solo fenómeno, se inscribirá mejor como una colección de miradas sobre aquellas ideas que oculten cotidianamente su carácter mítico y resultara en la aproximación multipolar al discernimiento de la opinión común sobre la ciudad de Quito.

VI Hipótesis

La hipótesis principal de esta investigación es: la existencia de mitos que reproducen la jerarquía social en la ciudad de Quito en la opinión común. Planteo que existen procesos discriminatorios en el discernimiento natural y cotidiano de los habitantes de Quito que están invisibilizados bajo la estructura del “mito”. Propongo una lectura “entre líneas” de aquello que se dice y que se desliza subrepticamente en la opinión de medios, actores ejecutivos y académicos de la ciudad, para probar esta hipótesis.

VII Objetivos

General

Delimitar la imagen que tiene Quito en el imaginario de sus habitantes por medio de la interpretación de algunos de sus mitos

Específicos

- Reconocer procesos de discriminación invisibilizados por la opinión común
- Analizar el orden jerarquizado presente en la ciudad
- Develar las intenciones que operan ciertos mitos

VIII Esquema tentativo

Introducción: Desglose del cuerpo de la disertación (5 páginas).

Capítulo I: El mito (20 páginas).

1. La semiología y sus alcances teóricos.
2. La fenomenología y su pertinencia en el tratamiento de Quito.

Capítulo II: Quito (15 páginas).

1. Contexto histórico.
2. Identidad y comunidad.

Capítulo III: Mitos quiteños (35 páginas).

Análisis de mitos relevantes en la opinión común

Conclusiones: (10 páginas).

Bibliografía: (5 páginas).

Anexos: (10 páginas).

XIX Bibliografía

- Roland Barthes, Mythologies, Éditions du Seuil, Paris, 1957.
- Roland Barthes, Le degré zéro de l'écriture, Éditions du Seuil, Paris, 1972.
- Claude Coste, Barthes, Éditions points, Paris, 2010.
- Jean-Claude Milner, El paso filosófico de Roland Barthes, Amorrortu, Bs. As., 2004.
- Ferdinand de Saussure, Cours linguistique générale, Payot, Paris, 1969.
- Jacques Rancière, El desacuerdo, Herder, Barcelona, 2001.
- Jacques Rancière, El tiempo de la igualdad, Herder, Barcelona, 2011.

X Cronograma

	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Ago.	Sep.	Nov.
Recopilación bibliográfica	X	X						
Lectura	X	X	X	X	X	X		
Desarrollo Capítulo 1				X	X	X		
Desarrollo Capítulo 2					X	X	X	
Desarrollo Capítulo 3		X	X	X	X	X	X	X
Conclusiones								X

